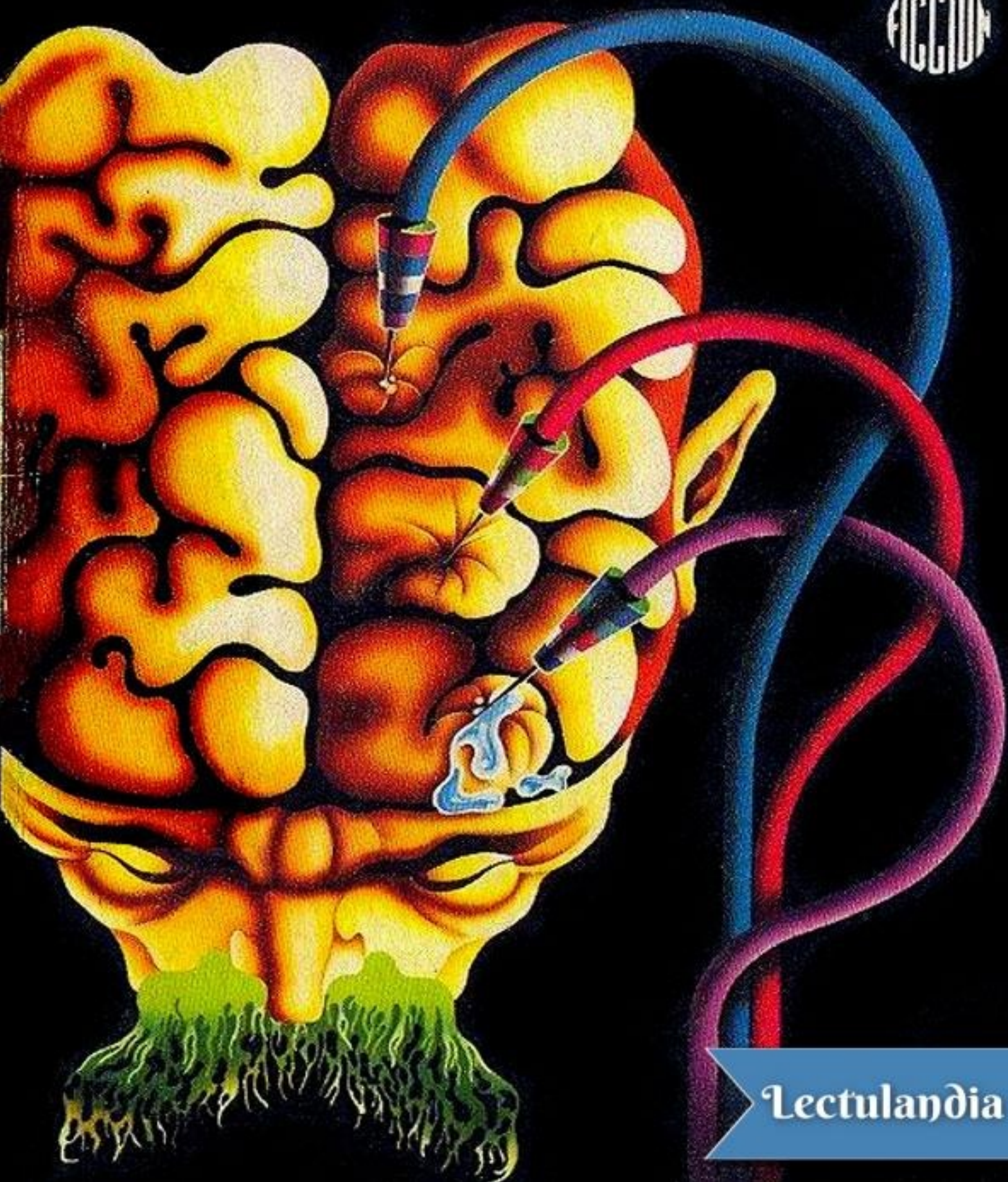


JOHN BOYD
MERCADER DE INTELIGENCIA

SUPER
FICCIÓN



Lectulandia

El propietario de una compañía farmacéutica que está al borde de la quiebra descubre lo que parece ser una droga para aumentar la inteligencia. Pero un porcentaje de los animales con que experimenta mueren a causa del suero. La droga tiene una importancia especial para el inventor porque su hijo, un muchacho de diecisiete años, es subnormal. El nuevo producto puede curarle. ¿Ensayar la droga hasta hacerla segura? No hay tiempo ni dinero. Mas una decisión inesperada va a cambiar de manera irrevocable la vida de todos los habitantes de la Tierra...

Pocos autores han conseguido tratar de una manera plausible la cuestión de la superinteligencia, pues por razones obvias es una de las más difíciles que se plantea la ciencia-ficción. MERCADER DE INTELIGENCIA es sin duda la mejor especulación que se ha escrito sobre ese tema.

Lectulandia

John Boyd

Mercader de inteligencia

Super Ficción - 29

ePUB r1.0

Yorik 15.04.13

Título original: *The I.Q. Merchant*
John Boyd, 1972
Traducción: Diorki
Diseño de portada: Salinas Blanch

Editor digital: Yorik
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

- Capítulo I -

Su mujer, Liza, tenía un persistente problema con la bebida que no se doblegaba ante los más variados tratamientos, desde el de la Asociación de Alcohólicos Anónimos hasta el Zen. Mientras Dorsey conducía cerca ya de su casa, en Pacific Palisades, tocó la bocina del coche para anunciar su llegada y dar tiempo a su mujer para que tratase de disimular el olor a whisky del aliento antes de saludarle.

Liza había recurrido a la ayuda psiquiátrica, pero con la atracción que siempre siente un dipsómano por otro, escogió a un psiquiatra joven y barbudo muy al tanto de las corrientes actuales, cuya empatía por los alcohólicos sobrepasaba la discreción profesional. Impresionado por el encanto y el poder de persuasión de Liza, el doctor la seleccionó como jefe de un grupo de encuentro para la desinhibición de sentimientos. Después de un costoso fin de semana en un hotel donde les habían reservado una piscina cubierta, el grupo de Liza salió feliz, adaptado y borracho, pero el encuentro en la piscina de las orgías convenció a Dorsey de que era más barato comprarle whisky a su mujer. Cuando internaron al psiquiatra en Camarillo por alcoholismo, Liza aceptó el punto de vista de Dorsey.

Dorsey sentía alborotada su úlcera mientras caminaba hacia el portal de la casa con el maletín en la mano. El encargado de la cuenta publicitaria, Alan Page, le había pedido esa tarde doce mil dólares extras para hacer más agresiva la campaña publicitaria del Memorazine. Como la suerte de Productos Farmacéuticos Clayton dependía de este nuevo fármaco, Dorsey había aprobado la petición, pero luego, al llegar la noticia a conocimiento del contable, había recibido de éste un chaparrón de cifras que revelaban un trimestre de invierno sin casi beneficios y unas predicciones todavía peores para el trimestre de primavera.

En resumen, había sido un día más de rutina para el bioquímico-convertido-en-hombre-de-negocios que subía las escaleras del porche. Dorsey estaba cada vez más harto de una vida llena de calmada desesperación, hasta el punto de que la desesperación comenzaba a serle indiferente. Para esa tarde tenía proyectada una actuación como bioquímico que, de una manera o de otra, resolvería sus problemas familiares, haciéndole merecedor de una condecoración o de una celda en Folsom.

Nada más entrar, le llegó el olor a rosbif y comprendió que Berta había sido convenientemente aleccionada para que mimara su estómago. Liza siempre había sido muy intuitiva —por el beso matinal de despedida podía adivinar si le esperaba un día malo— y ahora le saludaba desde el salón.

Había entrado en la casa de los rituales. Liza estaba sentada en el sofá, leyendo, y no levantó la mirada cuando él entró en la habitación.

Rodeando el sofá, Dorsey se inclinó y la besó en el cuello, junto al hombro, mientras su nariz olfateaba un olor a clorofila que intentaba ocultar otro mucho más

profundo a whisky.

Liza cerró el libro sobre su regazo y él leyó el título en voz alta.

—Descubra sus poderes subconscientes. ¿Es interesante?

—Es alentador, Dorsey, y hace que uno se conozca mejor.

Sus ojos estaban ligeramente desenfocados cuando se volvió y le sonrió.

Agradablemente borracha, había estado leyendo un libro para ayudarse en la curación de su hábito.

—No lo leas de un tirón —advirtió él, yendo a su lado—. Si exploras demasiado profundamente y con mucha rapidez tu subconsciente, puede llegar a trastornarte.

—También me ayuda a comprenderte mejor, Dorsey. El autor dice que los hombres con úlcera pertenecen al tipo fuerte y silencioso, que necesitan amor.

—Eso me describe muy bien. ¿Cómo está Marlon?

—Está estudiando. ¿Qué tal día has tenido?

—Algo ulcerado, pero ya se me está pasando —le sonrió—. Dime, Liza, ¿recuerdas si Marlon temía a la oscuridad cuando era pequeño?

—En absoluto, querido. No creo que pudiera imaginar fantasmas o duendes como otros niños.

—Bueno, le llevaré estos dulces y me arreglaré un poco. Subraya el párrafo ese sobre el hombre que necesita amor.

Al dirigirse hacia la escalera dispuesto a cumplir el último ritual de la llegada a casa, tenía esperanzas de que el razonamiento de Liza sobre Marlon no fuera cierto.

Desde la infancia hasta el tercer grado, el proceso de madurez de Marlon había seguido exactamente los módulos del doctor Spock. Solamente al llegar al tercer grado y alcanzar los niveles más altos de sus poderes mentales habían aparecido en Marlon diferencias muy señaladas con sus compañeros de juegos.

Si la hipótesis de Dorsey era correcta, y esa hipótesis se apoyaba sobre la investigación que había conducido al desarrollo de la píldora de la memoria cuya fabricación había sido aprobada, Marlon no le había temido a la oscuridad a causa de una insuficiencia química en el cerebro. Y la investigación privada de Dorsey había ido más allá de la píldora de la memoria.

Después de dejar el maletín en el despacho, cruzó el vestíbulo y se dirigió a la habitación de su hijo.

Al entrar, le vio tendido en el suelo al lado de la ventana, leyendo una enciclopedia infantil. El propio chico había establecido sus períodos de estudio, en inútil emulación de su padre, quien solía hacer en casa gran parte de los trabajos de papeleo y lectura.

Sonriente, el muchacho se puso en pie de un salto. A los diecisiete años era ya dos centímetros más alto que él, que medía 1.83, y el pelo rubio rojizo heredado de su madre parecía rosado a causa de la luz del sol que le daba en la espalda.

—¿Me has traído dulces, papá?

—Como siempre, Marlon.

Dorsey abrió una bolsita de confites sobre la palma de la mano, mientras Marlon se colocaba delante de él, a unos dos metros y medio. Para mantener el apetito del muchacho a la hora de la cena, siempre había exactamente diez confites, que significaban más un juego entre ellos que un regalo. Hoy contenían un producto químico carente de sabor.

—Mano izquierda... ¡tómalo! —gritó Dorsey, lanzándole el primero en un amplio arco. Impasible, Marlon dejó que la bolita comenzara su camino de descenso antes de levantar la mano izquierda y atraparla.

Liza había escogido para el niño el nombre de Marlon Brando Clayton. Como nombre de actor, Dorsey hubiese preferido Tom Mix o Ken Maynard, pero no había protestado. Él se llamaba Hugh Dorsey, nombre tomado del de un abogado de Georgia cuyo caso más famoso terminó en un linchamiento.

—Mano derecha... ¡tómalo!

El niño había sido el primero y el último de los Clayton, porque su retraso se debía a un extraño accidente genético producido por un patrón dominante-recesivo en los genes de Liza y Dorsey.

—Con esas manos podrías jugar como extremo de los Rams.

Tenía los ojos grises de su padre y el pelo de su madre, pero el aspecto atlético de su cuerpo era una conquista suya. Cuando hacía buen tiempo, pasaba horas en las barras, los columpios y la piscina del patio posterior. Los días lluviosos los pasaba levantando pesas y boxeando con sacos en el sótano, siempre bajo la mirada benevolente y cada vez más desenfocada de su madre.

—¡Tómalo! ¡Mano izquierda!

Sus reflejos y coordinación debían ser un regalo de su madre, quien bailaba maravillosamente y ganaba a Dorsey al tenis.

—¡Tómalo! ¡Mano izquierda!

Dorsey había temido que los cambios glandulares de la pubertad supusieran nuevos problemas sin solución para Marlon y la familia, pero el chico había pasado a la adolescencia sin ninguna variación en su inquisitiva e infantil vehemencia. Su único compañero de juegos era la niña de diez años que vivía en la casa de al lado y que siempre le ganaba cuando jugaban a las damas. Marlon admiraba más unos bíceps bien desarrollados que unos finos tobillos, y las chicas eran para él simplemente muchachos que tenían unos bultos en el pecho.

—¡Tómalo! ¡Con la boca!

Marlon realizó la proeza al primer intento y el juego terminó. Dorsey le entregó los confites que quedaban y lanzó una ojeada al libro.

—¿Qué estás estudiando?

—Máquinas de vapor de témprolo.

—Maquinas de vapor de ém-bo-lo —le corrigió Dorsey, insistiendo en cada sílaba.

—Sí, señor... Papá, encontré un caballo pero se me ha perdido. ¿Podrías buscarlo, por favor?

Dorsey se dirigió a la librería y miró los tomos de la enciclopedia que Marlon colocaba siempre en el estante sin respetar el orden alfabético. Liza le había enseñado a decir «por favor», junto con la limpieza y el aseo, y también a refrenar sus impulsos, por lo que tomaba los confites lentamente, de uno en uno.

Revisando la hilera de libros, Dorsey encontró el volumen «C» de la enciclopedia, y se sentó en el suelo con su hijo después de haber localizado las láminas en colores que mostraban varios tipos de caballos.

—Adivina el caballo que más me gusta, papá.

Dorsey dejó que su dedo vagara por las imágenes hasta que observó una mirada de reprimida avidez en los ojos del muchacho, pero siguió moviendo el dedo.

—No sé cuál prefieres, Marlon, pero creo que éste es el más bonito.

—Ése es el mío, papá. Es el mio.

—Bueno, bueno. De tal padre, tal hijo.

Dorsey pasó algunos minutos más con el muchacho y después se fue al baño para asearse un poco antes de la cena. Tenía que llamar al banco por la mañana para que le concediesen un préstamo que cubriera el presupuesto de publicidad. Una hipoteca a corto plazo sobre la fábrica avalaría el trato, ya que las cuentas de clientes de febrero cubrirían hasta abril si conseguía cobrar a tiempo. Mala suerte: le hubiera gustado más ir a la fábrica para observar los hamsters junto con Wakefield.

Había dos grupos de control de hamsters a los que había dado Hexagon Seis. Si se repetía el proceso observado en los ratones, mañana comenzarían a morir, y Dorsey estaba emocionalmente interesado en su muerte.

Mientras se lavaba trató de arrojar de su mente los problemas del trabajo, pero la certidumbre de la inseguridad que amenaza a su familia ensombrecía sus pensamientos. Con el ritmo actual de baja quebraría para septiembre, a menos que lo evitaran las ventas del Memorazine. Para el caso de que los acontecimientos siguieran ese curso quería tenerlo todo previsto, pero no podía permitir que la línea de sus pensamientos se quebrara justamente ahora a causa de futuros planes de trabajo.

El desastre financiero tendría que esperar su turno. Por el momento, necesitaba serenidad para concentrarse en sus observaciones sobre Marlon. El producto químico que le había hecho tomar tardaba ocho días en producir cambios visibles en el comportamiento de un ratón de laboratorio, pero Marion era el primer primate en quien lo probaba y era posible que los cambios en el comportamiento humano pudieran detectarse más rápidamente que en un ratón.

Había puesto una cantidad mínima del reactivo en los confites, pero el cerebro humano era un mecanismo muy complicado. Por lo que Dorsey sabía, el producto químico que él había llamado Hexagon Seis actuaba tan rápidamente como el alcohol. Si era así, se podrían observar cambios en la conducta de Marlon a la hora de la cena.

Pero no podía darle al muchacho un tratamiento completo sin el permiso de Liza. La droga era peligrosa. Y si le explicaba las razones de su prisa, la ansiedad que esto podía producirle quizá llegara a ser trágica.

Buscó una botella de antiácido, tomó un trago, se secó las manos y volvió al salón, donde Liza levantó la mirada del libro.

—¿Te apetece un whisky con leche para relajarte?

—No, gracias, Liza —dijo sentándose frente a ella, al otro lado de la mesita del café donde reposaba el periódico. El hecho de que no lo leyera, alterando así su rutina diaria, pareció alertarla.

—Estás preocupado, Dorsey.

Cerró el libro y lo dejó sobre el periódico.

—Sí; hay algo que quiero decirte.

Su interés desapareció. Los ojos se llenaron de lágrimas y el labio inferior empezó a temblar.

—Ya no me quieres. Vas a pedir el divorcio.

Le hubiera gustado gritarle para evitar el lloriqueo, pero los años de matrimonio le habían enseñado a contenerse. Sospechaba que el temor a perderle era una de las fantasías que utilizaba para alimentar la ansiedad que le servía para justificar la tranquilidad que obtenía con la bebida.

—Nada más lejos de la verdad —dijo, sintiéndolo realmente.

Cuando se casó con ella, el aspecto de Liza era el de una mujer de treinta años.

Diecinueve años después, seguía aparentando los treinta. Era delgada, de ojos castaños, rubia natural, y sus modales conjugaban la majestuosidad con un trato cálido que inducía a considerarla como un oyente comprensivo y benévolo.

En sus relaciones conyugales era ardiente y nada rutinaria, estuviera borracha o sobria. Nunca se excusaba aduciendo cansancio, malestar o la regla, y su atracción era enorme. Una vez, estando en unos baños públicos, alguien había dicho a Dorsey: «Liza te chupa como una aspiradora», y aún recordaba la sonrisa que esto le había provocado, no tanto por el lugar donde lo había oído como por su exactitud. A causa de su encanto, prefería que se quedara en casa dedicada a él mismo, a su hijo y la botella.

Salían con grupos parroquiales de la iglesia metodista o con aficionados al bridge, y en las fiestas Dorsey notaba que se sentía obligada a ser ella la que hablase por toda la familia. Leía con la misma avidez con que bebía, y sus conocimientos eran tan

amplios como su erotismo. Podía pasar de la poesía al jazz o del Gay Power al Black Power con ingenio y perspicacia. Nunca le echaba en cara sus inadvertidas meteduras de pata, posiblemente porque ella misma se sentía demasiado vulnerable.

—Quiero hablarte de Marlon.

La lástima que sentía por si misma desapareció. Su cara se endureció.

—No vamos a separarle de nosotros, Dorsey.

—Sabes que nunca lo he propuesto.

—Entonces, ¿qué pasa? Me tienes tan alterada que sólo podré cenar bebidas espirituosas.

«Bebidas espirituosas» era uno de los eufemismos que utilizaba para designar el whisky. Se escondía tras esas evasiones, práctica que él deploraba pero que también utilizaba. Si alguna vez se hubiese dirigido a ella llamándola «borracha», le habría dado un ataque de histeria. En todo caso, él, por ejemplo, tampoco podía llamar a nadie, ni en broma, «retrasado mental». Por tanto, respetaba su sensibilidad.

—Vamos a tomar una copa —dijo, levantándose para ir al bar situado en un ángulo del salón—. Pero trata de ordenar tu mente. No voy a hablar de nada negativo, pero quiero que me escuches con atención.

Mientras hablaba, mezcló las bebidas: una gota de whisky en su leche, una gota de agua en el whisky de ella. Liza calibraba las bebidas por la densidad específica del agua y un cubito de hielo que flotase en su vaso la humillaba.

—¿Recuerdas cuando fui a Houston y conseguí una licencia para fabricar el estimulante para la memoria que habían sintetizado en la Baylor? Sólo puedo venderlo en los mercados del oeste. Berkeley-Johns ha conseguido la franquicia nacional. Los de la Baylor quieren que haya competencia.

—Y tienen miedo de las leyes sobre restricción del comercio —dijo ella.

—Puede ser —aceptó, entregándole su bebida—. La semana próxima lanzamos al mercado nuestro producto bajo el nombre comercial de Memorazine.

—¡Qué nombre tan chabacano! ¿Ha sido idea de Alan Page?

—No. La elección de los nombres fue decisión de un comité de Cullihane-Hunter. El nombre suena a algo farmacéutico y sugiere la memoria.

—La gente lee las etiquetas.

—Vamos a contratar anuncios en la televisión y en la radio —añadió él—. Un mes después de obtener la licencia, conseguí una muestra preseleccionada de tejido cerebral en el depósito de cadáveres del condado.

—¿Preseleccionada?

—Por su inteligencia. ¿Recuerdas el ladrón nocturno que se cayó desde el balcón de un piso veinte? Había estado en la cárcel anteriormente y le habían hecho pruebas. Su coeficiente de inteligencia entraba en la categoría de los genios. Antes de proceder a la cremación, el patólogo obtuvo una pequeña muestra del tejido cerebral...

—¡Qué horrible! Dorsey, me parece que es inmoral estar aquí sentados hablando del cerebro de ese pobre chico. Era todavía un niño.

—Se llamaba Perry Williams y tenía treinta y seis años. Habría ido a parar a San Quintín si no hubiera conseguido el suficiente dinero robando para contratar a Jed Matthews como defensor. Pero no puedo emocionarme por una muestra de tejido cerebral. Además, Perry Williams puede contribuir más a la sociedad muerto que lo que nunca hubiera contribuido vivo.

—No sabes la dirección que podía haber tomado su vida. Quizás habría encontrado la salvación.

En su búsqueda de la sobriedad, Liza había entrado a formar parte de diversas iglesias, pero Dorsey no la dejó continuar por ese lado.

—Quiero hablarte de Marlon, no de Perry Williams.

—No veo ninguna relación entre nuestro hijo y un vulgar ladrón.

—Un ladrón muy poco vulgar, un hombre capaz de subirse a un piso veinte por una fachada. Por pura corazonada tomé una fotografía de rayos X del producto de la Baylor y lo comparé con unas fotografías, tomadas con el microscopio electrónico, de la mielina que rodea las dendritas de la neuroglia humana en la sinapsis. Había una semejanza. Cada molécula formaba un hexágono, pero la molécula humana era un hexágono rodeado por otros cinco hexágonos unidos por un enlace de carbono e hidrógeno, una especie de cristal orgánico.

—Habla en cristiano, Dorsey.

—Mecánicamente, el estimulante de la memoria es un tubo de vacío. La molécula humana es un transistor con infinitas permutaciones.

—Entonces no es una molécula de la memoria —dijo ella—. Es una molécula de la inteligencia.

Acababa de definir su teoría de manera precisa, pero lo había hecho en tono monótono y sin entusiasmo.

—Le he dado a mi producto un nombre en clave, Hexagon Seis, y he podido sintetizarlo.

—Quieres usarlo con Marlon —dijo.

—Con tu consentimiento. Tengo en él esperanzas fundadas.

—¿Fundadas en qué? —movía con el dedo el solitario cubito de hielo de su vaso, mirándolo fijamente.

—Experimentos con ratones —dijo él—. Dámelo, te pondré otra copa... Inyecté a quinientos ratones. En números redondos, doscientos cuarenta de ellos se convirtieron en los ratones más inteligentes desde Mickey Mouse.

—Como Algernon en mi libro —dijo Liza.

—Hasta el momento, los efectos parecen ser permanentes. Aún cuando el reactivo químico actuara, supongámoslo, sólo durante unos diez años, podríamos conseguir un

trabajo para Marlon, en alguna empresa o en la Administración, donde tendría un seguro de enfermedad y derecho a las pensiones de incapacidad de la seguridad social. Como futbolista profesional, por ejemplo, podría tener derecho a una buena pensión a corto plazo.

Quieres inflarle como a uno de esos hombrecillos de los dibujos animados para que suba y suba, que juegue al fútbol diez años y después lo desinflas. ¿Le harías esto a nuestro niño?

—Nuestro niño tiene diecisiete años. Si no hago algo, se quedará en su limbo hasta que le metan en una institución pública cuando nosotros faltemos.

—Tenemos dinero.

—No mucho. Con el corte que ha habido en el Programa Medi-Cal y ahora que el gobierno está revisando todas las recetas del Medicare, nuestras ventas han bajado mucho.

—Si no te dedicaras a perder el tiempo en el laboratorio y te consagrases a las ventas...

—¿Perder el tiempo? Si el Hexagon Seis es aprobado para el consumo humano nos encontraremos sentados sobre un millón de dólares. Ahora mismo podría vender la fórmula a Berkeley-Johns por una bonita suma.

—No quiero que hagas pruebas con el material del cerebro de un criminal en nuestro hijo.

—Liza, estoy pidiendo tu consentimiento, no tu aprobación. Estadísticamente, el producto es sólo un poco más peligroso que los riesgos por los que yo pasé en cualquiera de mis patrullas en Corea... ¿Quieres que te los recuerde?

—No importa —dijo ella colocando su vaso todavía lleno sobre la mesita de café—. Ya me has tentado bastante con trucos deshonestos. ¿Qué ocurrió con las otras ratas?

—Cuarenta ratones no mostraron ninguna mejoría, ni tampoco síntomas de enfermedad.

—Eso nos deja todavía doscientas veinte —interrumpió con vehemencia—. ¿Qué les ocurrió?

—Murieron a causa de tumores cerebrales.

Su respuesta era incompleta. Les había estallado el cerebro a causa de un glioma.

Soslayando su mirada, Liza parecía atrapada y confusa mientras volvía la vista con gesto nervioso a su alrededor. Para ella, que no tenía la frialdad del investigador científico, la proposición debía suponer un torbellino de miedo, superstición e incluso de dudas religiosas.

De repente sonrió:

—¿Recuerdas el día anterior a tu salida para Italia, cuando nos refugiamos de la lluvia en aquel bar de Nueva York? Me recitaste esas líneas de Housman que hablan

de sentarse en una taberna maldiciendo a los bestias y canallas que dirigen el mundo. En ese momento decidí no dejarte escapar. No podía perder a un hombre que recitaba a Housman. Nos casamos una semana después. Y cuando Marlon nació, estabas muy orgulloso y feliz. ¿No era un niño precioso?

—Todavía lo es. Mucho más guapo de lo que su padre lo ha sido, y ningún canalla o bestia ha tenido nada que ver con él. Dios nos está dando la oportunidad de ofrecerle a nuestro hijo una vida mejor.

—Y sería mucho más mío si pudiera comprender mi amor —dijo, y por un momento pareció casi feliz. Pero su cara se nubló de nuevo cuando añadió—: Pero podemos perderle para siempre.

—Según las estadísticas, mis experimentos muestran que su riesgo de morir es el mismo de conseguir una inteligencia superior, pero el porcentaje de mortalidad es menor que el de supervivencia.

—Estás hablando de estadísticas basadas en ratas —dijo ella—. Yo estoy pensando en nuestro hijo.

—Tenemos que decidirlo basándonos en los riesgos conocidos, y tenemos que tomar la decisión por él, Liza. Vamos a darle la oportunidad de que tenga una vida normal. Hay un colegio en Beverly Hills, el Instituto Van Ellen, donde ajustan la aportación educativa a la receptividad del estudiante. Es posible que podamos prepararle para que vaya al colegio dentro de uno o dos años.

—Especialmente después de dotarle de un nuevo equipo de transistores —contestó ella—. Dorsey, estoy muy alterada. No sé qué decir. No eres médico. ¿No podemos consultárselo a alguien?

—He intentado hablar con Garland Keene, indirectamente, sobre Marlon. Pero la droga todavía no ha sido aprobada para el consumo humano. Al emplearla, corro el riesgo de ir a la cárcel, pero lo correré con gusto si es en beneficio de Marlon.

Ella se echó atrás en el sofá, murmurando:

—Tumor, cáncer, carcinoma, blastoma, glioma. Lo digas como lo digas suena vil, obsceno, inmoral.

Aparte de su necesidad de ayuda y confort, pensó él, había fallado en sus responsabilidades como hombre al presentarle su idea. Debía haber actuado solo, ya que ella era incapaz de hacer frente al problema. Los años de ansiedad y de bebida la habían hecho pedazos.

De repente se sentó muy erguida, sonriendo con majestuosidad, y dijo hablando con alguien situado detrás de ella:

—Así que ya es la hora de la cena...

Marlon había entrado. La manecilla pequeña de su reloj marcaba las siete y la más larga estaba en las doce. Mientras Liza se levantaba para hacer la entrada ceremonial en el comedor, Dorsey se preguntó si no estaría sobreestimando el

quebranto de sus emociones o subestimando su habilidad para actuar.

Se levantó y la tomó por el brazo izquierdo, mientras Marlon la tomaba por el derecho, y juntos, los «dos hombres» de Liza la llevaron al comedor. Esperó a que su mujer se sentara, observando cómo empujaba Marlon la silla hasta la distancia exacta que ella le había enseñado, tomando firmemente con ambas manos el respaldo en el mismo plano horizontal, y cómo mantenía Liza la espalda muy derecha mientras se acomodaba en el asiento y se volvía para sonreír, dando a entender que todo estaba bien, expresando con el ángulo de la cabeza y el cuello su apreciación imperial. Dorsey se admiraba ante una mujer que podía enseñar a su hijo a actuar como un galante caballero francés del siglo dieciocho, pero que le negaba la oportunidad de dar a su conducta una realidad social, a no ser que, en realidad, deseara no perder sus servicios como mayordomo. En septiembre, todo este decorado estaría quizá fuera de lugar en una habitación alquilada en la calle Quinta, del lado este.

Por primera vez desde hacía años, Liza se abstuvo de beber vino en la cena, y Dorsey sintió que su explosión de resentimiento había sido prematura. Para entretenerlos, habló de su trabajo haciendo hincapié en los triunfos y omitiendo los desastres, mientras Liza comía picoteando melancólicamente, lo que le indicó que su sugerencia la había impresionado.

—Berkeley-Johns está realizando una campaña nacional para darle publicidad a su versión de la píldora de la memoria, pero no la lanzará hasta dos días después de nosotros. Para entonces, tendremos toda la costa oeste cubierta y su campaña nos ayudará.

—¿Cómo sabes cuándo va a comenzar la campaña de Berkeley-Johns? —preguntó Liza.

—La agencia tiene contactos en Madison Avenue.

—Quieres decir que Alan Page tiene en nómina un espía de la agencia.

Una vez, en una fiesta, Page, que bebía mucho y desconocía totalmente la sensibilidad de Liza sobre este tema, le había propuesto formar entre ambos una asociación para hacerle la competencia a Alcohólicos Anónimos y llamarla Crypto-Dipsos. Desde entonces, Liza le tenía ojeriza.

—En realidad, Cullihane tiene un hermano menor en el servicio artístico que trabaja para la agencia de Berkeley-Johns Nueva York.

—De todas maneras, es poco ético —dijo ella.

Para Liza, de igual modo que para los predicadores, los astros y la vida personal de los militares, la moralidad y ética eran guías válidas de conducta, y Dorsey comprendió que tenía que proteger su estrechez de miras. Veinte años de lucha para sobrevivir en la competencia del mercado le habían obligado a considerar desde nuevos puntos de vista los arcaísmos de los filósofos moralistas, aunque todavía le quedaba una especie de respeto por ellos y trataba de ser honrado consigo mismo, lo

que a veces le parecía psicopático.

—En el amor y en el comercio vale todo —dijo y cambió rápidamente de tema—. A propósito, Cullihane-Hunter va a dar una fiesta de lanzamiento para la campaña del Memorazine, y Alan te ruega que asistas, por invitación de la agencia.

—Terminarás pagándolo tú, Dorsey, de una manera o de otra, y además no me interesa en absoluto la costumbre de esa persona que se empeña en recordar todas mis gracias.

—Es un cumplido, Liza. Su agencia ha conseguido la fama gracias a su habilidad para introducir cierto sentido del humor en la publicidad.

Se dio cuenta de que no había rechazado la invitación totalmente y entró en detalles sobre la campaña publicitaria mientras Marlon escuchaba con cuidadosa atención. De vez en cuando, Dorsey tenía la impresión de que el muchacho forzaba las barreras de su mente.

Liza, menos interesada, se volvió hacia Marlon:

—¿Qué has estudiado hoy, hijo?

—Las máquinas de vapor de émbolo, madre.

Muy ocupada con el pastel de arroz, Liza no pudo advertir que Marlon contestaba sin mirar a su padre en busca de la aprobación que su inseguridad generalmente le provocaba. Dorsey se dio cuenta también de que Marlon había pronunciado «émbolo» sin recalcar cada sílaba, como él mismo había hecho. ¿Es posible, se preguntó, que la mente retenga durante largos períodos de tiempo la imagen visual de una palabra que ha leído aunque no la haya entendido? En ese caso, la farsa de la lectura a la que su madre le tenía acostumbrado, toda la imitación del estudio de su padre, podía estar presente en algún lugar de la mente del muchacho, como piezas de un conjunto que esperan ser montadas.

—Maravilloso —dijo Liza.

—Y papá y yo estuvimos mirando las láminas de los caballos y papá escogió el que yo prefiero... un...

—Palomino —dijo Dorsey.

—Unos caballos nacen para correr mucho y otros nacen...

—Los crían, hijo —señaló Liza.

—Y unos son criados para llevar cargas pesadas, madre, y otros son criados para que no crezcan y arrastren carritos...

Mientras hablaba de sus impresiones inmediatas y asumiendo su importancia, la conversación de Marlon recordaba la de un joven normal, con lo que el humor de Liza mejoró, con gran alegría por parte del muchacho. Al llevar Marlon el peso de la conversación en la mesa, dirigido por las preguntas de Liza, Dorsey se dedicó a su comida y a sus pensamientos.

En su esfuerzo por ser honrado con su mujer, le había creado ansiedades

innecesarias, hasta llevarla a una situación insostenible. Nunca debía haber mencionado el Hexagon Seis. Si no le concedía permiso para tratar al muchacho, su negativa para proporcionarle a Marlon la posibilidad de tener una vida normal sería un pecado de omisión acumulativo que la llevaría con más fuerza aún a la neurastenia. Si daba su consentimiento y el muchacho moría, sus sentimientos de culpabilidad nunca le permitirían considerar su muerte como un incidente estadístico y se sumergiría para siempre en los abismos del remordimiento.

—¿No eran las máquinas de vapor de émbolo las que utilizaban los antiguos trenes de «chucu-chucu»? —le preguntaba Liza a Marlon, y Dorsey automáticamente se puso alerta, porque Liza no solía volver a los temas ya abandonados.

—No sé, madre, pero quizás el vapor al salir hace «chucu».

Marlon estaba proyectando un efecto de una causa conocida a un nivel de razonamiento que su mente nunca había alcanzado antes, pero había pronunciado su hipótesis tan vacilantemente que Dorsey estaba seguro de que Liza no había comprendido sus implicaciones.

—A mi madre le gustaba ir en esos trenes cuando era pequeña —dijo Liza.

Dorsey suspiró con alivio. Liza estaba volviendo atrás en sus propios recuerdos, no en la conversación con Marlon.

Había agobiado a su mujer con un problema que no era de su incumbencia, porque su decisión ya no le importaba. En cualquier caso, Marlon iba a ser tratado. La reacción del muchacho ante las cantidades mínimas de Hexagon Seis que había ingerido le había hecho decidirse. Ahora tenía que rodearle de la máxima seguridad posible durante el experimento, y Garland Keene podía ayudarlo. Posiblemente habría medicamentos que Keene conocería para impedir el desarrollo de tumores, pero tendría que hacer sus preguntas con gran cautela.

Intentar apartarle de la legalidad sería inútil con él.

Cuando Bertha sirvió el café, Marlon pidió permiso para ver la televisión y su madre se lo concedió. Salió decorosamente del comedor, pero le pudieron oír saltando por las escaleras.

—Con su amor por los caballos —dijo Dorsey— y en condiciones más favorables, podría ser un naturalista.

—O un espía de carreras de caballos —dijo Liza.

Bertha quitó la mesa, dejándoles únicamente el café, y regresó a la cocina; Liza miró por encima de la mesa y dijo:

—Mañana me ocuparé yo de comprar los confites de Marlon.

—¿Por qué?

—¿Intentas hacerte el inocente, Layo tramposo? Le has dado a mi hijo un dulce con tu veneno de ratas.

No había levantado la voz para que Bertha, desde la cocina, no detectara ningún

cambio en el murmullo que le llegaba desde el comedor, pero el tono de Liza no demostraba ya ninguna indecisión y sus ojos brillaban de ira.

—Lo hice porque le quiero —dijo—. Según Chejov, donde hay amor está presente Dios.

Bajó de nuevo los ojos para esconder su desagrado, que no tenía ninguna relación con Marlon ni con el Hexagon Seis, sino con sus pensamientos sobre Liza.

De repente se dio cuenta de que la frase de Chejov que había citado revelaba el cambio de su actitud, causado por la exclusividad de las palabras de Liza «mi hijo» y su comparación con Layo, un rey griego mitológico que había ordenado la muerte de su hijo. Sentía que la paciencia de Liza con el muchacho, su amabilidad, su voluntad de ser una mártir, incluso la ansiedad que la llevaba a la bebida, podían tener en el fondo otra causa aparte de las frustraciones y desilusiones reales de la vida. Quizás en su mente existían áreas oscuras que, si llegaban a iluminarse, la condujeran a la locura, porque realmente Dios no estaba siempre donde había amor.

El rey mitológico que Liza había nombrado en su descontrolado mal humor no había conseguido matar a su hijo; el hijo le había matado a él. Layo era el padre de Edipo.

- Capítulo II -

El doctor Garland Keene, mezcla poco común de cirujano y estudioso, acogió con gusto la idea de una comida con Clayton, su amigo y condiscípulo consagrado a una ciencia aliada de la neurología. Por su parte, Dorsey llegó al comedor del hospital de la UCLA, feliz de liberarse de consideraciones sobre intereses y cosas parecidas en las que la obtención del crédito bancario le habían sumergido durante toda la mañana.

Seguro de que Keene guardaría sus confidencias, le habló detalladamente de los ratones y del Hexagon Seis mientras el cirujano engullía la comida con ademán elegante. Keene podía hacer las cosas con rapidez permaneciendo en calma. Al acabar el primer plato, Dorsey preguntó si existía algún método para evitar el crecimiento de tumores cerebrales.

—Se han obtenido algunos éxitos con la dexametasona —dijo Keene—, pero es una proposición poco segura si lo que quieres es estimular la neurología humana, que me figuro será tu finalidad real dado que eres un comerciante.

Keene sonreía intentando picar a Dorsey, pero éste movió la cabeza afirmativamente.

—En algunos casos. Pero los tumores cerebrales provocados me dan la oportunidad de investigar sus causas. Si puedo eliminar el peligro, el producto sería mucho más eficaz.

Keene estaba escribiendo en un bloc que acababa de sacar del bolsillo y se detuvo, con una mueca especulativa en la cara.

—Me inclino a pensar que los tumores cerebrales no son el peligro más importante.

Esta idea también se le había ocurrido a Dorsey.

—Estás hablando de un genio psicopático.

Más tarde se dio cuenta de que su respuesta contenía más de lo que él intentaba decir. Pero en ese momento Keene se limitó a mover la cabeza con aire de duda.

—En parte. Pero eso sería una responsabilidad individual. Cualquier tipo de proyección de la inteligencia general a un nivel más alto del conocimiento, aunque suponga únicamente un aumento de pocos puntos sobre la norma teórica, puede llevarnos a una nueva torre de Babel, e incluso terminar con nosotros.

—Pero ya hay variaciones —señaló Dorsey.

—Dentro de nuestro alcance —aceptó Keene—; pero una creciente explosión de inteligencia... —Rechazó las preguntas sin respuesta que le venían a la mente, y finalmente se inclinó hacia adelante, viéndolo todo claro—. ¿Cuál era la diferencia entre el hombre de Neanderthal y el de Cro-Magnon? Una piedra, un palo, los tendones desecados de un animal, más un pequeño aumento en la creatividad, necesario para reunir esos elementos y formar un arco y una flecha. Pero mira los

resultados. Somos los descendientes del Cro-Magnon, mientras que el Neanderthal es un fósil.

—¿Y por qué iba a acabar esto con nosotros?

—Porque somos hombres con principios morales —sonrió Keene—, y la moralidad es un lujo y una carga que acaso no sobreviva a un cambio... Aquí tienes unas recetas para la dexametasona. Puedes conseguirla en la farmacia de la entrada. Tenme informado de cualquier tipo de progreso.

Mientras doblaba y guardaba el papel, Dorsey dijo:

—Estás hablando de evolución y eso es un cambio genético.

—No lo fue para el hombre de Neanderthal. —Keene miró su reloj y se bebió el café con gestos educadísimos—. Fue un final repentino... Como científico, Dorsey, te pregunto: ¿Qué puedes perder? No te has planteado la pregunta y yo no voy a darte una respuesta. Como amigo de la familia, me preocupa Liza. Como presbítero de la Iglesia, tengo que pensar en Marlon. El experimento en que estás pensando es inmoral pero cuanto más se piensa en la moralidad y la legalidad más fútiles se vuelven.

Keene le estrechó la mano y desapareció. Dorsey no había mencionado a Marlon y casi había olvidado que Keene era presbítero de la Iglesia mormona. Compró la dexametasona en la farmacia y salió de nuevo al Campus; un chaparrón había hecho desaparecer los restos de contaminación del lado oeste de la ciudad y el cielo aparecía salpicado de nubes; los setos que bordeaban los paseos estaban fulgurantes y las flores brillaban, llenas de gotas de lluvia. Siguiendo un impulso tomó el bulevar Sunset por Brentwood y contempló el cabo Jessamines, resplandecientemente sonrosado sobre los verdes campos y algunos canales dispersos de amarillos juncos. Con las ventanillas abiertas y el acompañamiento de los neumáticos sobre el asfalto mojado, condujo a través de un Los Angeles mítico, brevemente restaurado por la lluvia, mientras su capacidad de admiración vencía a sus preocupaciones hasta que llegó a la fábrica, en Santa Mónica.

Sobre su mesa, algunas pruebas en color del anuncio del Memorazine que tenía que aparecer en el «Western Pharmacist» esperaban su aprobación final, junto con el aviso de una llamada de Liza recibida hora y media antes. Probablemente estaba arrepentida de su conducta de la noche anterior, pensó, mientras marcaba el número de casa.

—Espero que estés satisfecho con lo que has hecho, Dorsey —comenzó ella sin preliminares, espaciando sus palabras cuidadosamente para evitar que se le trabara la lengua—; tu hijo no ha podido hacer ejercicio esta mañana. Se ha tenido que quedar en su cuarto a causa de un dolor de cabeza. Sabes lo que esto quiere decir, ¿verdad?

Si no hubiera habido dolor de cabeza, no le habría llamado; pero si hubiera estado verdaderamente preocupada por Marlon, no habría hecho ese largo prólogo. Estaba

borracha una hora antes de su programa normal y quizá trataba de intimidarle con su falta de sobriedad.

—Eso quiere decir que tienes que darle una aspirina. Los ratones tardaron seis días en desarrollar los primeros síntomas indicativos de tumores cerebrales, y a los ratones les habíamos dado dosis masivas. —Dorsey tampoco estaba preocupado.

—Eres como el hielo, cerdo —farfulló antes de colgar.

Por el intercomunicador, Dorsey llamó a la secretaria.

—Señorita Weber, ¿querría borrar la última llamada de la cinta, por favor?

Después de haber sido engañado demasiado a menudo por compradores y proveedores que no cumplían sus promesas verbales con la excusa de que habían sido mal interpretadas, Dorsey grababa todas las llamadas que se recibían en la oficina, la señorita Weber, empleada suya desde hacía doce años, las transcribía.

Aunque las transcripciones eran confidenciales, no quería regañinas familiares en la grabación, especialmente en las raras ocasiones en que Liza se enfurecía.

Dedicó su atención a las pruebas que tenía sobre la mesa, sintiéndose molesto por su sequedad hacia su mujer, cuyos temores comprendía porque los compartía.

Cuando se veía obligado a ser severo con la mujer que quería, Dorsey se sentía tan mezquino como si estuviera abusando de un niño.

Algo no andaba bien en el anuncio. Un farmacéutico, pintado imitando el estilo de Norman Rockwell, se rascaba la cabeza sonrojándose embarazosamente mientras miraba a una anciana que le enseñaba un dedo con un cordoncito atado a su alrededor. Bajo el dibujo, con subtítulo decía: «¿La píldora para mejorar la memoria? Oh, sí, eh...».

Arriba, un titular rezaba: «LOS DOS NECESITAN MEMORAZINE».

El estilo pasado de moda del anuncio era totalmente intencional, típico del enfoque medio humorístico que había hecho de la Cullihane-Hunter una de las agencias de más éxito de toda la Costa Oeste. Quizás el enrojecimiento de la cara del farmacéutico daba a entender que había tomado el sol, en lugar de sentirse turbado; además, se podía estar rascando la cabeza porque necesitaba Caspolín, otro producto de la compañía farmacéutica Clayton contra la caspa. Bajo el dibujo, la frase descriptiva estaba redactada en un tono familiar, como la describiría Alan Page, que podría interpretarse como impropia de un profesional. De repente se sintió asustado ante las posibles críticas de Liza e hizo un círculo alrededor de la cara del farmacéutico, escribiendo en el margen: «Reducir el rojo».

Llamó a Alan Page a la agencia Cullihane-Hunter y le dijo que las pruebas estaban ya listas y que pasaran a recogerlas.

—¿Redactaste personalmente el texto? —preguntó.

—Personalmente, no, Dorsey. Ha sido un trabajo de equipo. Hemos tratado de ajustarnos al concepto creativo del Comité y ha sido revisado y aprobado por el

Comité de originales.

—Entonces, ¿no le has dado tu aprobación personal?

—No, pero he contribuido a su aprobación porque la idea es básicamente buena.

No tenemos presupuesto para competir en la campaña nacional de Berkeley-Johns, así que tenemos que acertar el blanco más importante, los vendedores en el punto de compra, esto es, los mismos farmacéuticos.

—Ya lo sé. Di mi aprobación a esa idea, pero ¿sabes quién es el responsable principal del original?

—No me hagas mucho caso, pero creo que Briant Cullihane hijo. Su padre le ha dejado una parte de la fase de redacción y el muchacho tiene un sentido instintivo para los problemas de los originales. Obtuvo su título como publicista en la USC.

Pero él no dice la última palabra. Nuestro director de originales da su visto bueno a todo lo que sale de ahí.

—¿Quién es ese director?

—El viejo en persona, Briant Cullihane, y ya conoces su reputación.

—Sí, pero estaba pensando en mi original. Hasta luego, Alan.

Cualquier otro día, Dorsey habría llamado a Cullihane y le habría ordenado que sacase a su hijo de la cuenta Clayton, pero Marlon le había hecho sentirse benevolente para con los problemas de los padres. Dorsey deseaba sentir lo mismo hacia Liza quien, incluso desconociendo su situación financiera, compartiría su repugnancia por dejar que su hijo fuera arrastrado por la corriente a través de un vacío hacia la oscuridad final, cuando cualquier cambio, incluso la muerte, sería una mejora.

Caminando hacia el laboratorio con la dexametasona, Dorsey se preguntaba qué habría sido de los hamsters. Si el porcentaje de supervivencia era mayor que el de los ratones, lo aceptaría como una profecía del cielo para Marlon. Entró, nerviosísimo, en el cuarto, moviéndose a través de hileras de jaulas de las que emanaban olores característicos, hasta llegar al despacho acristalado de Wakefield, de techo más alto que el anterior y aspecto de hangar, que se abría al este sobre un patio con una cerca de madera. Había allí una jaula vacía situada al exterior, esperando la llegada de sesenta macacos de la India que tenían que venir de Florida.

Wakefield era un hombre delgado, de cerca de setenta años, calvo y de cutis sonrosado. Estaba dormitando en su sillón giratorio con los pies sobre la mesa y un cuaderno de notas en el regazo. Dorsey entró y le pellizcó el dedo gordo a través del zapato.

—Despierte, Wake.

El anciano se despertó agarrándose los muslos con las manos para ayudarse a poner los pies sobre el suelo.

—Buenas tardes, señor Dorsey. Le he estado esperando.

—¿Qué tal el informe sobre los hamsters?

Aquí lo tengo —contestó, alargándole el cuaderno—. Están muriéndose. Todos comenzaron a morir en el momento debido, tanto los del grupo A como los del E.

Esta sustancia trabaja de manera regular. Ocho días, cuatro horas y algunos minutos para que muera el primero. En ocho días y diez horas morirá el último de los que tengan que morir. Les he hecho correr por el laberinto y he quemado la carroña.

El acento de Wakefield recordaba al de los agricultores del Mississippi, antepasados suyos hasta 1870.

—¿Me ha guardado algún ejemplar para la autopsia?

—Sí, señor. En el refrigerador.

—Tráigame las cabezas, la de uno de los supervivientes y la de un hamster que no haya sido tratado.

Cuando el anciano salió, Dorsey se sentó en el sillón giratorio para analizar las cifras de mortalidad del cuaderno. De los dos grupos de hamsters, de quinientos cada uno, los del grupo A habían sido tratados con una dosis diaria de un centigramo de Hexagon Seis durante siete días, mientras que los del grupo E lo habían sido con cinco miligramos. Ambos grupos habían reaccionado según el mismo patrón de tiempo que los ratones de cinco centigramos. El cuarenta y cinco por ciento había muerto; el diez por ciento había sobrevivido sin ningún efecto y el cuarenta y cinco por ciento había sobrevivido, mejorando sensiblemente sus habilidades para resolver los problemas del laberinto. Dorsey admitió que sus esperanzas de que los hamsters mostraran un porcentaje de supervivencia más alto que los ratones habían sido ilógicas. Los hamsters, igual que los ratones, eran roedores. No tendría ninguna indicación sobre la capacidad de supervivencia en los primates hasta que no realizara las pruebas con los sesenta monos que había encargado a Florida.

A no ser que Marlon muriese.

Mientras analizaba las hojas de datos, escuchó el silbido de los quemadores de butano; después, un silencio seguido de una especie de tos, al ser lanzados al viento los gases atrapados en el crematorio de los animales. Lo había diseñado el propio con un filtro tan eficaz que Dorsey lo había patentado para el anciano.

Si Marlon sobrevivía, no tendría ninguna prueba real de las posibilidades de la droga. Estaba administrando a un muchacho de ochenta kilos la dosis mínima que había dado al grupo E de los hamsters: cinco miligramos durante siete días.

Se atenía al límite de tiempo que le habían fijado implícitamente los ratones y que había ratificado ahora con los hamsters; no tenía ningún otro y, al fin y al cabo, las neuronas son neuronas.

Si para Marlon había un límite de tiempo, para él había otro límite, aunque de distinta naturaleza, si Liza se mostraba indiscreta. Examinando las leyes criminales, Dorsey había comprobado, entre la formidable lista de acusaciones que podían

hacersele, que el proporcionar una dosis fatal de veneno era causa, *ipso facto*, de asesinato en primer grado. Era una ley que procedía del antiguo Derecho anglosajón encaminado a proteger al rey, pero que, a pesar de todo, seguía siendo válida.

Y no podía confiar en la discreción de Liza.

La situación resultaba, en parte, irónica. Haciendo caso omiso de los procedimientos clínicos, se había decidido en gran medida, a causa de sus temores por Liza; si, llegado septiembre, quebraba, el chico tendría que ser ingresado en una institución. Pero si su experimento fracasaba, su mujer se encontraría sin marido, sin hijo y sin medios de subsistencia. A no ser que él muriera antes y Liza recibiese el seguro.

Wake entró depositando sobre la mesa tres bolsas de plástico con las cabezas de los hamsters; llevaban unos rótulos de identificación en sus orejas. Dorsey giró y centró su mirada en los viejos y blancos ojos.

—¿Cree que debería realizar una prueba con una dosis de un miligramo, Wake?

—Es difícil de decir, señor Clayton. —Los ojos se hicieron más reflexivos y Dorsey permaneció en silencio para dejarle pensar.

A pesar de la deferencia de Wake, sus relaciones con Dorsey nunca se habían asentado sobre la base de patron-empleado. Existía entre ellos la afinidad de los sureños trabajadores y Dorsey respetaba la destreza de Wake con los animales, la precisión con que realizaba los informes y la inteligencia natural que le había llevado a diseñar el crematorio.

—Creo que no —contestó finalmente Wake—. Cualquier dosis que sea suficiente para hacerlos más inteligentes es también suficiente para matarlos.

—Entonces esperaremos a los monos. ¿Alguna noticia de Egan sobre su llegada?

—Le llamé ayer. Pero me dijo que para conseguir tantos monos tardaría tres o cuatro semanas.

Dorsey llevó las tres cabezas al laboratorio y extrajo sus cerebros mientras las palabras de Wakefield resonaban en su mente: «Cualquier dosis que sea suficiente para hacerlos más inteligentes es también suficiente para matarlos».

Si era así, Marlon había sobrepasado ya el punto sin retorno, porque, definitivamente, había evidenciado la noche anterior poderes de raciocinio mayores de los acostumbrados, y es posible que Liza tuviera razón en lo referente al dolor de cabeza del muchacho.

Trabajando con rapidez, concentrándose en la labor que tenía ante él para evitar cualquier otro pensamiento, Dorsey preparó cultivos de citoplasma del cerebro de cada hamster, a los que añadió un centilitro de dexametasona y un centigramo de Hexagon Seis, introduciendo en ellos una brizna de tejido cerebral. Conectó tres hornos de temperatura constante. Uno, a la temperatura del cuerpo humano, 36,80° C; otro, a temperatura febril, 38,50° C, y el otro, finalmente, a 440° C para una prueba de

estabilidad. El calor era su único catalizador, porque el calor es el catalizador de un cerebro en funcionamiento. Preparó tres conjuntos de los tres cultivos, uno por horno, y mientras introducía las bandejas se sintió tan fuera de lugar como un ciego jugando al tiro al blanco. Aun en caso de lograr un éxito sensacional, no tenía posibilidades de encontrar cura para el glioma en el plazo de seis días que quedaban en sus pruebas con Marlon. Era muy probable que su última contribución antes de ingresar en San Quintín abriera una vía de investigación para Garland Keene.

Como tenía que rellenar seis ampollas con la solución de dexametasona y Hexagon Seis para completar el tratamiento de Marlon, dejó los materiales de trabajo sobre la mesa, se dirigió a su escritorio y sacó una farmacopea. Aunque sólo fuera por respeto a su hijo, tenía al menos que saber la fórmula del compuesto que pensaba inyectarle, y como no tenía elección, utilizaría la dexametasona.

Como no existía una dosis mínima sin efecto, ya no había un posible retroceso o abandono de las pruebas de Marlon y tenía que completar las series basándose en el conocimiento experimental del que disponía. Pero, ¡qué diablos!, pensó: mejor morir y dormir el sueño infinito que prolongar días sin ninguna alegría y extinguirse en una fría decadencia.

Pero este pensamiento no era suyo. Era el coro de Ajax, de Sófocles. Y recordaba la última frase: «Y sollozarás, padre desdichado, por tu hijo bien amado».

El libro se cerró de golpe. Lo dejó sobre la mesa, buscó una probeta para utilizarla como vaso, la llenó de agua y añadió cinco miligramos de Hexagon Seis.

No podía dejar al muchacho solo en ese viaje. Su decisión, se dijo, no era sentimental, sino clínica. Si el chico moría, no podría vivir con Liza, consigo mismo ni con los problemas a los que tendría que enfrentarse, y ningún investigador de seguros sospecharía suicidio de un hombre que moría de un tumor cerebral.

Mientras rellenaba doce ampollas se dio cuenta de que los datos podían apuntar a cualquiera de los dos caminos.

Si triunfaba, un hombre de negocios y biólogo de tercer orden podía convertirse en el citólogo más brillante de la historia de la ciencia.

En su camino de regreso a casa, Dorsey recogió un programa de carreras de caballos previendo que Liza recurriría al procedimiento típico de las esposas agraviadas y le sentenciaría a la soledad. Intentaría mitigar la incomodidad del aislamiento y preparar un contraataque marchándose al Hollywood Park el sábado.

Se disponía incluso a tachar el nombre de Liza para la fiesta del viernes por la noche, con el fin de que todo resultase bien. Prefería que no viera el anuncio en colores que le habían preparado los de Cullihane-Hunter.

Bertha le recibió con la noticia de que la señora estaba en la cama con jaqueca y no bajaría para la cena. Para mantener las apariencias, Dorsey expresó que lo sentía mucho y fue directamente a la habitación de Marlon, donde se enteró de que el

muchacho había estado estudiando «Caza y Pesca» dentro de su tarea diaria con la enciclopedia.

—Quizás podamos ir de pesca dentro de un par de semanas —dijo Dorsey.

—Me gustaría. El libro dice que California es un buen lugar para la trucha dorada.

¿Podría venir también mamá?

—Probablemente le dolerá la cabeza. Me han dicho que a también te ha dolido hoy.

—Dije que tenía dolor de cabeza para tener tiempo y colocar bien mis libros, la A antes de la B, como en el colegio. Así sé lo que tengo que leer sin tener que preguntárselo a mamá. Así pues, no había sido una coincidencia que «Caza y Pesca» siguiera a «Caballos», el tema del día anterior. Marlon estaba pensando, y el dolor de cabeza había sido un truco que había aprendido de su madre.

—¿Me has traído dulces, papá?

—No; tengo un juego nuevo que se llama «Pínchame». Para jugarlo te tienes que bajar los pantalones e inclinarte.

Mientras el muchacho se preparaba, Dorsey dejó el programa de las carreras de caballos y su maletín sobre el escritorio, abrió aquél e introdujo el contenido de una ampolla en una jeringa hipodérmica.

—Ahora te voy a pinchar en el trasero con una aguja. Si no gritas te llevaré a las carreras de caballos el próximo sábado. Jugaremos a esto mismo mañana, y si tampoco gritas, te dejaré apostar dos dólares a una carrera.

Fue algo improvisado, pero dio resultado. Si Marlon pensó que el juego era desagradable, al menos no se quejó. Cuando se levantó y se subió los pantalones, sus ojos vieron el programa de las carreras.

—Es el libro que te dirá cómo apostar tus dos dólares si mañana te portas bien.

—¿Puedo estudiarlo, papá?

—Naturalmente. Pero es un libro difícil de leer. —Abrió el folleto y le mostró a Marlon un párrafo—: Aquí está el nombre del caballo, y aquí su historial. Aquí se dice lo que tarda en recorrer dos kilómetros...

Marlon escuchaba con la misma atención que había demostrado el día anterior ante las láminas de los caballos; la misma que habría mostrado si Dorsey le hablara de la receta de las «crêpes suzette». Viéndole luchar con las fronteras de su mente, Dorsey creía tener ante sí a un cervatillo esforzándose por liberarse de una trampa; lo lastimoso de la comparación hizo que su compasión por Marlon se convirtiera en ira contra Liza.

En un momento como ése, un hombre necesita a su mujer, aunque sólo sea para que le escuche con simpatía. Mientras hablaba con calma a su hijo, el resentimiento le agitaba el estómago. Si Liza pensaba que podía escapar de esta batalla

refugiándose en el alcohol, como un genio cobarde, haría que el alcohol le pareciera tan incómodo que prefiriese volver a la batalla.

—Quédate con el programa y estúdialo, hijo. Voy a ver a tu madre.

La habitación principal, que daba al oeste, se abría al final del pasillo, junto al despacho de Dorsey, donde hizo un alto para serenarse un poco e inyectarse el Hexagon Seis. Cuando tiró las ampollas vacías y cerró el maletín, su furia no había disminuido. Liza hablaba mucho sobre moralidad; pero, por mucho que dijeran los médicos, Dorsey creía que existía una inmoralidad en el alcoholismo, sobre todo tratándose de la madre de un muchacho retrasado mental que voluntariamente se reducía a la imbecilidad. Existían métodos más respetables para conectar las mentes retrasadas. Si llegaban a plantearse el problema como una cuestión de moralidad, su peor pecado habría sido de omisión: debía haber efectuado las pruebas primero en Liza, mezclándole la dosis con el whisky. Ella necesitaba realmente el Hexagon Seis más que Marlon.

Dorsey se dirigió a la habitación y entró, cerrando la puerta tras de sí.

Liza estaba echada sobre la cama con una bata plateada. Su cuerpo quedaba enmarcado por las cortinas rojas de la ventana y la sinuosidad de sus hombros, cintura y muslos le conferían un aire elegante y clásico. La luz del sol poniente inundaba la habitación, nimbando su cabello y oscureciendo el color de la botella de whisky que había en la mesilla de noche. Como no se veía ningún vaso sobre la mesa, Dorsey supuso que había estado literalmente dándole a la botella.

Se acercó hasta los pies de la cama y la miró. Al oírle, Liza se volvió y le dirigió una sonrisa vencida y borracha.

—Hola, Ozymandias —le dijo—, mira tu obra, estas ruinas desesperadas.

Se estiró y bostezó con un movimiento tan preciso como el de un gato. Sin maquillaje, con el pelo revuelto y las pecas claramente visibles sobre la nariz, su belleza aumentaba por su naturalidad. Uno de los tirantes de la bata se había deslizado del hombro y la exposición parcial de éste proyectaba un encanto íntimo que llegó a afectarle a pesar de los dieciocho años de matrimonio. Pero su indignación se trocó en resolución de mantenerse firme con ella.

—Pronto te has emborrachado hoy.

Sin vacilar ante la palabra prohibida, ella movió una mano hacia la botella.

—El vino es burlón. La bebida fuerte es rabiosa. Y nadie la conoce mejor que yo...

¿Vas a darme un beso?

—No puedo acercarme. Apesta a alcohol.

—¿Me vas a sermonear?

—¿Por qué iba a hacerlo? Eres un caso sin esperanza.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Quieres hacer el amor?

—He venido para decirte que el dolor de cabeza de Marlon fue un truco que ha aprendido de ti. En realidad, lo que quería es poner su enciclopedia en orden alfabético. El muchacho está progresando.

—Así es que le has dado sus dulces. ¿Le ha comenzado a crecer el pelo? ¿Le has traído también su botella?

—No. Le he traído un programa de las carreras de caballos para que pueda aprender algo útil.

Reanimada por una repentina idea se sentó frente a él hablando rápido.

—Eh, Dorsey, ¿por qué no le prestas el libro ese de fotografías pornográficas que te dio Alan Page, y yo le compro un ejemplar del Portnoy's Complaint? Vamos a enseñarle las realidades de la vida por el método del hágalo usted mismo.

—Ese libro es artístico.

—No lo discuto. ¿Por qué lo guardas bajo llave en tu archivo?

Miró la botella para mantenerse firme y se dio cuenta de que sólo estaba por la mitad. En un buen día, la habría dejado solamente con dos dedos, así es que estaba haciéndose la borracha.

Sin hacer caso de su sugerencia, dijo:

—Si quisieras a tu marido y a tu hijo tanto como al whisky te tendríamos ahora con nosotros, cuando más te necesitamos.

—No podría quererlos tanto si no quisiera más al alcohol, porque la bebida entorpece mis facultades críticas. Ambos tenéis un lugar en mi corazón, como diría el nuevo Marlon, pero si tengo que presenciar cómo mi hijo muere a manos de mi marido, tendré que soportarlo al menos con algo de anestesia.

Esas palabras contenían un extraño humor, pero le habían salido tan directamente del corazón que la firmeza de Dorsey comenzó a debilitarse.

—Por mi vida, Liza, te prometo que el muchacho vivirá.

—Entonces acércate, anda, y siéntate a mi lado —se deslizó hacia el extremo, apartándose de la mesilla y la botella, y dio unos golpecitos sobre la cama—. Brindaremos por una larga vida para Marlon.

El whisky puro podía devastarle el estómago, pero la intimidad que ella proyectaba le dio un sentimiento de participación que deseaba acrecentar. Rodeó la cama y se sentó en el borde, levantando la botella.

—Por Marlon —dijo.

Dejó de nuevo la botella, agarrándola por la base con las dos manos, mientras contenía las náuseas.

—Así es como decimos en el sur: «Buen whisky» —jadeó—. No vas a venir a la fiesta del viernes, ¿verdad?

Ella no intentó tomar la botella.

—No me la perdería. Tengo planes para ella... ¿No quieres darme un beso ahora?

Inclinándose, se adelantó para besarla, pero ella le empujó por la barbilla con la palma de la mano.

—Apártate. Hueles como una destilería.

Se sentía muy bien.

—Será mejor que bajes a cenar —le dijo él.

—No quiero que Bertha me vea bebiendo. Me persigue para que me una a los Compañeros de la Autorrealización y para que intente resolver mi problema con el yoga.

—El ejercicio puede ayudarte —dijo Dorsey, enderezándose.

Con un revuelo de piernas, Liza se puso en la posición de contemplación del yoga.

—¿Cómo puede uno tomarse una copa en esta postura? A pesar suyo, él esbozó una sonrisa y añadió:

—¿Qué estás planeando para la fiesta? —preguntó.

—Preveo un problema de abastecimiento.

Creyendo que Liza temía que le cortara sus provisiones de whisky, Dorsey dio unas palmaditas en la botella.

—Nunca he pensado ponerte a dieta.

Recobró su postura y se echó para atrás apoyándose sobre un codo, dejando caer deliberadamente los tirantes de los hombros. Su cuerpo se curvó mientras le miraba, medio en broma y con gran insolencia. Echó la cabeza hacia atrás. Dorsey podía notar el pulso en el cuello. La luz del sol caía sobre el pelo de ella encendiéndolo y dándole un tono cobrizo. «Se las sabe todas», pensó Dorsey.

El whisky se difundía a través de su cuerpo, aplacando el dolor de estómago.

—Déjame compartir tu dolor de cabeza, Liza. ¿Qué te parece si ninguno de los dos bajamos a cenar?

Acercándose, ella comenzó a acariciar, de arriba abajo, el cuello de la botella que él tenía en la mano.

—Realmente te gustaría, ¿verdad, tigre?

Los dedos de Liza se cerraron alrededor del cuello de la botella y con el pulgar acarició la boca.

—No era ésa mi idea cuando entré —dijo él—, pero «una coincidencia absurda es el duende de las mentes pequeñas». Ralph Waldo Emerson.

Liza acercó sus labios hasta tocar la botella, y entonces, levantó la cabeza.

—Te has equivocado. Tennessee Williams, edición revisada.

—¿No vas a compartir tu dolor de cabeza conmigo?

—Querido compañero —dijo ella, separándose de la botella y de él—; te estoy comunicando un ultimátum: no vamos a compartir nada más. Hasta que dejes de darle a Marlon ese veneno para ratas, te voy a cortar la ración.

Eso sería, al menos, hasta el martes, dentro de cinco días; y si crecía el tumor en el cerebro de Marlon o en el suyo, sería para siempre.

—Entonces, ¿me estás poniendo a dieta?

—Sí, pero no de una manera brutal —contestó Liza—; te propongo alternativas.

Compraré dos ejemplares del Portnoy's Complaint, y uno será para ti.

En las tinieblas del cuarto oscuro del laboratorio, Dorsey, inclinado sobre una pantalla Bergermeyer, observaba cómo las sombras se perfilaban o difuminaban mientras enfocaba el microscopio electrónico. A este nivel de ampliación, la preparación de citoplasma parecía el Amazonas, y sus ojos los de un pececillo nadando entre turbulentas aguas llenas de monstruos.

Esa mañana ya había dado un primer paso; había tomado una fotografía del cultivo a 440 C, sin encontrar nada. Llevaba ya recorrido un tercio del camino a través del cultivo a temperatura febril cuando, en el lado derecho de la pantalla, sus ojos captaron una forma confusa. Limitó el campo de visión para centrarla, avanzando hacia el núcleo. Enfocó lentamente una sección.

Era el Hexagon Seis, con una diferencia: alrededor del hexágono central había cinco hexágonos adicionales agrupados según la configuración de la nieve. Ahora, alrededor de los bordes del copo de nieve, colgando de sus límites como una guirnalda de papel en torno a un árbol de Navidad, había aparecido algo nuevo.

—¡Uf! —resopló.

Se dio cuenta de que su exclamación de alivio podía ser tan inapropiada como si Cristóbal Colón, al ver un nuevo mundo en el horizonte, hubiese gritado: «¡Hola, pequeños!».

En un entorno biológico, la cadena puede actuar como amortiguador de un grano de arena que en un proceso cerebral a semejanza de las ostras formaría el nácar de un tumor, restringiría la reproducción explosiva del mismo cristal orgánico o aislaría los impulsos nerviosos para evitar cargar con las células vecinas destrozadas.

La cadena puede producir una de estas cosas, todas a la vez o ninguna. Haciendo una de ellas o todas, podía terminarse en un día, una semana o un mes, o ser arrancada del cristal en el mundo violento de las moléculas.

De todas formas, era el signo más esperanzador que había descubierto desde el informe sobre las ventas de diciembre; los cultivos que seguían en sus hornos proporcionarían pruebas de estabilidad. Mientras continuaba su fructífera investigación a través del cultivo a la temperatura del cuerpo, pasando las fotografías y efectuando hipótesis sobre la función en cadena, Wake llamó a la puerta para recordarle que el director de ventas, Gary Anglen, le esperaba en la oficina.

Decidió que al menos tenía algo de que informar a Garland Keene, se quitó la bata y salió de la habitación.

—Wake, ¿vio usted de antemano algo en los ratones o en los hamsters que

indicase los que iban a sobrevivir a las pruebas del Hexagon Seis?

—Si me gustaran las apuestas, señor Clayton, apostaría por los que llegan antes al comedero.

Si era cierto, la observación de Wake apoyaría la teoría del aislamiento de impulsos, basándose más en el sentido común que en la ciencia. Algunos animales sobrevivían porque los impulsos de sus neuronas saltaban directamente a través de las sinapsis y quedaban aislados de manera natural. En los seres humanos, el fenómeno podía observarse a través de la coordinación muscular y rapidez de reflejos, hecho que aumentaba las oportunidades de supervivencia de Marlon en un nivel mucho más alto que el de su padre. Respecto a sí mismo, Dorsey se hubiera sentido más seguro con una cadena doble alrededor de los cristales orgánicos que se alojaban ahora en su cerebro.

Tenía más deseos de vivir que nunca. Con tiempo, sentía que podía llegar a forjar la doble cadena capaz de curar todos los tumores cerebrales.

Para la fiesta, Liza se compró un modelito de John de Westwood que era un regalo por ochocientos cuarenta y nueve dólares con noventa. Dorsey no estuvo de acuerdo con ella. Comparando el precio del vestido con el peso del material, cualquier juez habría condenado a John de Westwood por robo.

Estaba confeccionado con una tela verde casi transparente, resplandeciente de lentejuelas, y tenía un escote que requería un sostén especial de veintinueve dólares con noventa que permitiera una buena vista de lo que dejaba al descubierto. Cuando Liza lo exhibió en el salón ante Dorsey y Marlon, que el viernes se había dedicado a vagar por la casa en busca de libros, hizo una serie de piruetas ante ellos creando el efecto de un torbellino desnudo entre verdes pinos.

—El escote es atrevido —admitió—, pero como la falda llega a la rodilla, le da cierto recato.

Si el escote era atrevido, el traje era verdaderamente heroico en la espalda, y ningún hombre se fijaría nunca en la falda. Con las medias y los zapatos a juego, el precio del conjunto era inquietante para alguien al borde de la bancarrota y realzaba la figura de Liza de manera catastrófica para un hombre a quien habían puesto a dieta.

En el camino hacia Santa Mónica, Liza estuvo mirando afuera por su ventanilla, envuelta en un silencio más contemplativo que hostil, pero Dorsey no se atrevió a preguntarle en qué pensaba. Su perfume le molestaba tanto que abrió la ventanilla de su lado y la derecha de la parte de atrás para establecer una corriente de aire.

De todas las mujeres, Liza era la única que removía en Dorsey los sueños románticos de adolescente... en los que el amor era una atracción idealizada, cuando el amado y la amada cabalgaban hacia la puesta del sol llenos de inocencia, ajenos a la incipiente destrucción ecológica del Dorado Oeste. A otro nivel, Liza formaba

parte de toda la poesía que había leído desde que la vio por vez primera, caminando en medio de su belleza. Y cuando el espíritu la guiaba, todavía podía ser un fantasma de delicias, aunque él sabía que metafísicamente era su propia creación, si bien un poco mezclada en la síntesis.

Ahora, al menos hasta el martes, tenía que limitarse a contemplar su belleza como un águila enferma mira el cielo.

Finalmente, Dorsey habló:

—Estos últimos días han sido duros para los dos, Liza. Estoy comprometido con Marlon durante los próximos dos fines de semana; mañana, para ir a las carreras y la semana que viene para ir de pesca, pero, después, ¿por qué no vamos a pasar un fin de semana a Coronado?

—Así es que vas a estar con él el mayor tiempo posible. ¿Has escogido ya la funeraria?

—No te compres trajes de luto a mil dólares la pieza.

—Me pondré éste —dijo ella—. Todo mi dolor salió hace catorce años... A propósito, hoy ha ganado a Colleen dos veces a las damas. La dejó ganar la última partida.

—Aprendió a ser galante observando a su padre jugar al tenis con su madre.

—No. Le gusta manipular a la gente, como a su padre. No quería perderla como compañera de juegos. Durante toda la partida estudió a la muchacha con tanta atención como a las fichas, y no me gustó la manera en que la miraba.

Un viejo temor surgió en la mente de Dorsey.

—Espero que no fuese como un viejo verde.

—No. No ha desarrollado ninguna curiosidad morbosa, si es ésta la palabra correcta, y no creo que llegue a desarrollarla hacia su medio hermana.

—¿Medio hermana?

—Sí, creo que la señora O'Keefe tiene su propia Liga para el Mejoramiento de las Relaciones entre Vecinos.

—Oh, vamos, Liza, Colleen tenía cinco años cuando los O'Keefe se mudaron a la casa de al lado... ¿Qué es lo que no te ha gustado de la manera como Marlon miraba a Colleen?

Cualquier rastro de humor sardónico había desaparecido de la voz de Liza cuando se volvió hacia él.

—Cuando Colleen no miraba, la inspeccionaba con una desvergüenza total. Era pavoroso, Dorsey. La estuvo mirando como si fuera un insecto pinchado en una tabla.

- Capítulo III -

Mientras una chica de la agencia le colocaba una tarjeta en la que se podía leer «Hola, soy Liza», uno de los hombres, con un «Hola, soy Horny», dio un salto y se colocó a su lado con una mano sobre el corazón y gritando «Dios bendiga a América», justo en el momento en que un vacilante Gary Anglen se abría paso hacia ella con un martini de dos aceitunas que Liza bebió lentamente como un saludo a la temperancia. Alan y Mary Page la tomaron cada uno de una mano en un saludo conjunto, pero fueron apartados por la acometida de Briant Cullihane, director de la oficina de Los Angeles, quien dio oficialmente la bienvenida a Liza a «nuestra pequeña reunión familiar».

Atrapado en el remolino organizado alrededor de su mujer, Dorsey dejó que le pusieran la tarjeta («Hola, soy Dorsey») y vio cómo Cullihane ofrecía su brazo a Liza y la conducía hacia una hilera de dibujos expuestos a lo largo de la habitación.

La exposición sintetizaba la campaña del Memorazine, desde su concepción, en una serie de carteleras en miniatura, carteles con títulos para la televisión y anuncios terminados. Dorsey oyó cómo el director de la agencia explicaba a la raptada Liza:

—Esta exposición muestra los detalles del desarrollo de la actividad publicitaria de Cullihan-Hunter...

Dorsey no oyó nada más porque un joven ejecutivo le acercó un whisky con leche y se vio arrastrado por la procesión de barbudos, semejantes entre sí, acompañados por los jefes de departamento.

Sólo vio el primer diseño, que mostraba una prueba en color del anuncio de la Western Pharmacy, flanqueado por unos tableros llenos de bocetos para los diversos anuncios. El que finalmente había sido desarrollado estaba rodeado por un grueso trazo.

Se sintió atraído por los bocetos. Cualquiera de las ideas le parecía mejor que la finalmente seleccionada. Entonces advirtió que la cara del farmacéutico en la prueba de color todavía parecía demasiado roja. Se inclinó para mirarlo más de cerca y vio el tamaño del punto rojo, enderezándose con verdadero disgusto. A pesar de sus instrucciones, la parte roja no había sido grabada al aguafuerte.

Al buscar a su alrededor a Alan Page, una mujer que permanecía de pie, con la espalda apoyada en la pared, dijo:

—No es un piel roja, Dorsey. Es un chicano avergonzado. Lo pinté yo.

En una mano sostenía una enojada boquilla y en la otra un vaso. Llevaba un traje de noche unas cuantas tallas mayor que la suya, que permitía ver sus costillas a través de los agujeros de las mangas. Su espalda se arqueaba bajo el peso de las gafas, enganchadas a una cadena de pedrería y diseñadas para parecer los ojos de un gato, y sus pechos colgaban a causa de su inclinación. En la tarjeta leyó: «Hola, soy Millie».

—¿Por qué un chicano? —preguntó Dorsey.

—La llamada a las minorías es lo que está de moda en la publicidad actual. Quise hacerlo rubio para que pudiera sonrojarse con facilidad, pero un blanco como figura prototípica no fue aceptado por el comité de sensibilidad.

—Yo he comprado este anuncio —dijo él—, para vender un producto, no para hacer un tratado social.

—Entonces es usted el señor Clayton y he hablado sin que me correspondiera. Soy Millie Dupont, diseñadora publicitaria.

—Soy Dorsey, y ha hablado cuando tenía que hacerlo. ¿Hizo usted esos bocetos preliminares?

—Sí. Presenté treinta y ocho bocetos, pero mis primeras treinta y siete ideas fueron rechazadas por diversos comités.

Dorsey imaginó a Millie Dupont inclinada sobre un tablero de dibujo lanzando ideas sobre comités escalonados hasta que un único boceto lograba superarlos a todos y volvía desinfectado, analizado y recortado. Su visión le hizo sentir una repentina simpatía por todos los diseñadores de agencias, por todos los individualistas en un mundo de sistemas. La columna vertebral de la chica se doblaba bajo el peso de los comités que llevaba a la espalda.

—Venga conmigo, Millie —dijo, y ella obedeció, arrastrando los pies a pesar de que su peso no pasaría de los cuarenta kilos.

—¿Qué le sugirió esta idea?

Señaló el cristal que cubría el dibujo de un estudiante inclinado sobre un libro.

—El sentido común —dijo ella—. El Memorazine no va a corregir un lapsus de la memoria. Un lapsus de la memoria es un bloqueo psicológico. El Memorazine corrige los olvidos, que son un deficiente funcionamiento orgánico.

De manera rápida y precisa, la mujer había especificado el error de concepto que buscaba desde el martes y que no había podido encontrar.

—¿Tuvo ocasión de explicar sus razones?

—No, señor. No estoy en el comité de ideas.

—¿Todo lo hacen a través de comités?

—Todo excepto el trabajo.

Cullihane regresaba para recuperar al invitado de honor y Millie volvió a su pared.

—¿Admirando nuestro trabajo manual, Dorsey?

—Todavía creo que hay demasiado rojo en el farmacéutico. Parece un jefe navajo.

—Los impresores siempre cargan mucho la tinta negra, así es que nosotros lo compensamos, porque los años de experiencia nos han enseñado que los errores suelen aparecer ahí. Es cuestión de saber cómo, y cuando el mensaje de venta sale de

las prensas...

—Creo que también tengo dudas sobre el mensaje de venta...

—El mensaje se ha seleccionado siguiendo el método de Cullihane-Hunter. Ha sido conceptualizado y reconceptualizado por nuestro personal creativo antes de cruzar el palo de una «t» o de poner un punto sobre una «i». En nuestro negocio, Dorsey, somos muy sensibles a las tendencias, y la tendencia actual huye de lo ultraelegante, de lo sofisticado, de lo gastado, y es más sentimental, casi nostálgica por lo antiguo. Nuestro personal de investigación ha realizado un análisis de las doce películas más populares del pasado año, y la opinión general, que es la opinión pública, indica que las películas sentimentales, de tipo familiar, vencen con un margen de nueve a tres a las que sacuden la piel con su sexualidad. Mira las ventas de *Anne of Green Gables*. Es una prueba positiva de la amplia aceptación que tendrá la agencia Cullihane-Hunter con el nuevo tipo de enfoque a lo Walt Disney combinado con el estilo Rockwell. Este anuncio va dirigido directamente al pulso de la nación, al realzar la imagen del farmacéutico como un amistoso consejero familiar. Todos los elementos típicos de Cullihane-Hunter están presentes, Dorsey. El equipo ha hecho horas extraordinarias con él. Pero no te lo creas porque yo lo digo; vamos a ver qué opinan las mujeres...

«No ha sido un pequeño derrumbe de nieve, sino una avalancha», pensaba Dorsey mientras Cullihane avanzaba intentando conseguir una audiencia de Liza. Cuando ésta consintió en concedérsela, Dorsey ya había oído la opinión de las mujeres: suave pero claramente, a sus espaldas, Millie Dupont murmuró algo así como «apestoso».

Después Liza le miró rápidamente, con todo su sentido del humor iluminándole los ojos. Cullihane se inclinó y se colocó a un lado.

—Danos una opinión franca del enfoque de Cullihane-Hunter en la campaña del Memorazine, desde un punto de vista inexperto, Liza. Tu marido tiene dudas, especialmente sobre el farmacéutico navajo.

—Tonterías, Dorsey. El mundo de la publicidad no ha visto nada parecido a esta campaña desde la época de Lydia E. Pinkham. Y no te preocupes por el indio. Pocas agencias saben explotar el mercado de las reservas. El sentido del humor de Cullihane-Hunter hace que el machismo resulte anticuado.

—Ya has oído su opinión *ex cathedra* —dijo Cullihane mientras Liza regresaba a su grupo—, lo que es un buen ejemplo de la técnica basada en los escrutinios de opinión de Cullihane-Hunter. Seleccionamos una sección de la opinión de todos los encuestados, y te aseguro que este anuncio lleva un mensaje, que es Memorazine, Memorazine y Memorazine.

—Lo compraré, Briant. En realidad, ya lo he comprado.

Cullihane lanzó una mirada anhelante al grupo de hombres que escoltaban a Liza hacia el bar, diciendo:

—La tuya no es la única cabeza que sirve para los negocios en la familia, Dorsey. Tengo que enterarme de algo más sobre el Programa de Mejora de las Relaciones Vecinales de Liza.

Sonaba más a programa cívico que a negocio, pero Dorsey contestó:

—Ve con ellos, Briant, pero mándame a Alan Page.

Recorriendo la hilera de dibujos, fuera de la zona donde podía ser oído por Millie Dupont, Dorsey pensaba en lo fatuo que era Cullihane al aceptar las bromas de Liza como cumplidos. Algunos forman equipo, otros se quedan rezagados. De todas formas, si no moría y la campaña tenía éxito, tendría que preparar más anuncios y el contrato con la agencia vencía en unas semanas. Mirando alrededor vio a Alan Page, que se separaba del círculo de divertidos y fascinados hombres que rodeaban a Liza. Le satisfacía la atención que prestaban a su mujer. Eso quería decir que no permanecería viuda largo tiempo.

Alan estaba ante él.

—¿Qué pasa, Dorsey?

—He tenido una charla con Cullihane y no me ha impresionado en absoluto. Su compañía está tan abarrotada de comités que cualquier idea se pierde en el camino.

—Hoy en día, el comercio es algo tan complicado que los expertos deben...

—Escúchame —dijo Dorsey, golpeando con el dedo sobre la tarjeta de Page, y moviéndose de manera que su espalda quedara a la vista de la muchacha que se apoyaba en la pared—. ¿Ves ese par de gafas con boquilla?

—Millie Dupont.

—Ella si me impresiona... Quiero el derecho a decidir sobre la aceptación de sus ideas antes de que lleguen al comité de conceptos, al comité de escrutinios y a la liga antidifamatoria de los indios cherokees.

—Esa es una orden difícil de hacer cumplir, Dorsey, porque Millie no encaja bien en el engranaje de Cullihane-Hunter. Es una buena diseñadora, pero se ha corrido la voz de que no está capacitada para trabajar en el departamento artístico.

—¿Cómo una buena diseñadora puede no estar capacitada para trabajar en un departamento artístico?

Page miró incómodo sobre el hombro de Dorsey. Su voz se hizo más baja.

—El problema es Cullihane hijo. Su ideal de mujer se aproxima a las de la hoja central del «Playboy» y Millie no es equiparable a las que le decoran las paredes de su cuarto.

En general, Dorsey ignoraba la política interna de las empresas, pero, aparte de su simpatía hacia una persona creativa rodeada por una jungla de comités, se negaba a amparar los amores de un «playboy» inexperto en detrimento de Productos Farmacéuticos Clayton.

—Haz saber ahora mismo a Cullihane que estoy buscando un director de

publicidad.

Los ojos de Page se llenaron de alivio y admiración.

—Ahora mismo, Dorsey —dijo.

Dorsey se dirigió de nuevo hacia la muchacha apoyada en la pared para felicitarla por el diseño de los marbetes. Con el pretexto de que quizá necesitara un trabajo creativo privado más tarde le pidió una tarjeta y le dio la suya, seguro de que Cullihane estaría observando su charla.

Al menos hasta que el contrato expirara, Dorsey pensaba conservar los servicios de Millie Dupont. Antes que dar a un director de publicidad hostil a su agencia voz y voto en las decisiones de una cuenta, Cullihane mantendría a Millie Dupont en nómina mientras Cullihane-Hunter tuviera negocios con Productos Farmacéuticos Clayton.

Dorsey invitó a Millie a dejar momentáneamente la pared, para que explicara el proceso creativo a la gente que había acudido a la exposición, y la presentó al grupo de mujeres, reunidas en el bar. Como Liza sólo se ocupaba de los hombres, Dorsey equilibró el esfuerzo familiar hasta que los camareros se colocaron tras la mesa del buffet.

Excusándose, Dorsey se dirigió hacia el grupo de Liza y lo oyó decir:

—Las pruebas por correo pueden efectuarse en el área de Hornsby Hills, por ejemplo. Alan podría encargarse del folleto para que tuviera un toque de Cullihane-Hunter. Por ejemplo: «Esta señora viste de azul y prefiere a los hombres a quienes les gusta el morado. Objetivo: diversión morado-azul». Abriéndose camino entre la multitud de hombres que reían, Dorsey llegó hasta Liza.

—Es la hora de la cena.

En la mesa situada a espaldas de su mujer, observó irónicamente cuatro copas vacías de martinis, con sus dos aceitunas intactas en cada uno de ellos. Liza había comenzado el quinto, pero lo dejó sobre la mesa y tomó el brazo que Dorsey le ofrecía conduciéndola hacia el buffet. Cuatro o seis martinis eran una cantidad moderada para Liza con motivo de una reunión social, especialmente cuando dos aceitunas ocupaban el sitio de una buena cantidad de ginebra.

—Tu vestido les ha dejado moribundos —susurró él—. Es una pena que la espalda te quedara contra la pared.

—No estaban interesados en mi traje —dijo ella—. La pequeña jorobada cuatro ojos que bebía tus palabras ¿es una de tus amantes?

—Es Millie Dupont, y me hablaba de su trabajo.

Dorsey deseaba estudiar los caballos de la carrera del día siguiente y le propuso irse en cuanto acabara la cena. Como ocurría generalmente, Liza se mostró de acuerdo y una vez que la comida acabó entre el murmullo de las conversaciones, Dorsey advirtió que Mary Page era la única mujer que daba las buenas noches a Liza.

Los hombres fueron más efusivos en su despedida, deseando mucha suerte a Liza en su Programa para la Mejora de las Relaciones Vecinales.

Mientras salían del aparcamiento, Dorsey le preguntó si iría con él y Marlon a las carreras.

—No, mañana voy a trabajar en el Programa para la Mejora de las Relaciones Vecinales y Alan Page va a venir a casa para ayudarme a hacer un folleto.

—¿Por qué Alan Page?

—Después de todo el trabajo que dejó de hacer en la campaña de Memorazine, creo que tiene que contribuir.

—¿De qué se trata?

—Es una idea que expliqué en mi club de bridge el miércoles. Más o menos, consiste en aunar los recursos de la comunidad para darles a las mujeres una oportunidad de ganar dinero extra mientras sus maridos están en la oficina o jugando al golf.

Siguiéndole la broma, Dorsey añadió:

—Eso ya lo intentaron en Nueva York hace tiempo, pero la Policía lo impidió.

—El grupo Westchester fue poco discreto. Yo estoy proyectando una campaña directa por correo, para seleccionar comunidades dentro del área de Pacific Palisades.

—¿Es por eso por lo que las mujeres te han estado rehuendo?

Mi club de bridge tampoco pareció aceptarlo con entusiasmo. Pero separé a las mujeres de las jugadoras y desde el miércoles ya he recibido cinco llamadas telefónicas confidenciales.

—¿Y quién va a ser la «madame» de esta nueva «Casa de té de la Luna de Agosto»?

—No habrá ninguna «madame». Yo haré los arreglos necesarios y proporcionaré alojamiento cuando sea preciso. Algunas veces participaré en el juego como entrenador.

—Pensé que tu moral era más tradicional.

—Eso creía yo hasta que me di cuenta de que me había casado con un filicida.

Ahora he decidido que yo también quiero bailar, aunque sea a un ritmo diferente.

—¿Qué pasará con Marlon y conmigo cuando esté en marcha tu proyecto?

—Marlon estará muerto o en el colegio y tú y yo estaremos divorciados.

—Si estás pensando en sacarme el dinero con un divorcio olvídalo, Liza. Estoy al borde de la quiebra.

—Todo lo que necesito es la casa y un coche.

Estaba hablando en serio, pero Dorsey sabía que era muy sentimental.

—Puedes divorciarte de mi, Liza, pero en un sentido más profundo nunca podrás dejarme. Tu imagen en mi corazón es tan mía como la de Marlon es nuestra.

—Como padre no tienes derecho a apelar a mi sentido maternal.

—Piensas que soy un irresponsable, pero estoy dándole la droga a nuestro hijo únicamente por amor. Y déjame recordarte que el amor de Dios también es abstracto.

—Si eres tan santo, ¿dónde están tus estigmas?

El estómago le ardía y la boca salivaba profusamente para diluir los jugos gástricos.

Se sentía como alguien que estuviese bebiendo en una fuente de agua, y no pudo contestar. La tormenta de su úlcera se había levantado ante el temor de que su extrañamiento no terminase el martes, aunque tanto él como Marlon sobrevivieran.

Tragando saliva, condujo hasta que el fuego interior se apaciguó.

—¿Me concederás el divorcio? —preguntó ella.

—Depende.

Si el Hexagon Seis tenía éxito y él aguantaba el tiempo suficiente para que ella comenzara con su maldito Programa podía tener derecho a quedarse con Marlon basándose en depravación moral de Liza.

—¿Depende de qué?

—De si me haces un descuento.

—Vete al infierno —contestó.

Como las instrucciones de la mayoría de los copilotos, las de Liza también fueron inútiles. Estaba en el infierno desde el momento en que Wakefield le había dado el informe sobre los hamsters.

El sábado, en el Hollywood Park, las importantes observaciones que Dorsey quería hacer antes de las carreras quedaron desbancadas por las preguntas descontroladas de Marlon.

El sistema de apuestas de Dorsey provenía de un libro de John Dewey, Democracia y educación. Después de analizar los registros de una hoja de apuestas, no tomaba la decisión final hasta haber observado el comportamiento de sus caballos favoritos cuando iban a colocarse en su lugar para la carrera. Los caballos que ambulaban hacia la barrera eran automáticamente rechazados. Los que hacían cabriolas merecían su consideración. Pero los que más le gustaban eran los recalcitrantes, los que necesitaban ser conducidos por un ayudante para llegar a la línea de salida.

Una vez había ganado once a uno con un caballo que había dado una coza a su entrenador.

Las preguntas de Marlon sobre la ropa que llevaba la gente, el material utilizado en los asientos, las flores que bordeaban la pista, los gansos, y de dónde venía el agua de la piscina distrajeron a Dorsey y no revelaron ningún patrón coherente sobre el proceso mental del muchacho. Hasta el momento en que Marlon enfocó los prismáticos que su madre le había prestado sobre la muchacha que cuidaba los gansos, e hizo una pregunta muy significativa, en opinión de Dorsey.

—Papá, ¿por qué las cosas parecen mayores con los prismáticos?

—Porque las aumentan —explicó Dorsey.

Al cabo de un momento se dio cuenta del largo rato que Marlon llevaba con los prismáticos enfocados sobre la muchacha, e hizo él lo mismo. Quizás el Hexagon Seis estaba imponiendo un patrón a la curiosidad del muchacho. Durante la excursión de pesca, se dijo a sí mismo, tendría que explicarle algunos aspectos legales que dominaban las realidades de la vida. De otro modo, las realidades al desnudo podían convertir al Adonis de diecisiete años en un maníaco sexual.

Dorsey se sintió apenado, aliviado y medio defraudado cuando el muchacho preguntó:

—Papá, ¿qué es ese bastón que lleva la muchacha de los gansos?

Después de una conferencia sobre la función y aplicación del bastón de un pastor, la curiosidad de Marlon fue atraída por el tablero del marcador que había sido preparado para la primera carrera. Con la explicación de las apuestas mutuas y las dificultades de cambiar las apuestas desiguales, a Dorsey apenas le quedó tiempo para observar que su primer caballo perdía.

Como menor de edad, Marlon no podía apostar personalmente y además con el juego del «pínchame» sólo había ganado dinero suficiente para cuatro apuestas; estaba más interesado en el tablero del marcador que en los caballos.

—Papá, ¿por qué no se puede leer el número del vencedor antes de que hagan la carrera? Entonces sabrías a cuál apostar.

Incluso para Marlon, era una pregunta poco corriente.

—Porque no puedes leer algo que todavía no ha sido anunciado. No puedes ver lo que hay dentro del marcador.

—Pero si lo miro con mucha atención, a lo mejor puedo ver ahora un poquito de lo que va a aparecer.

—Si puedes hacer eso, hijo, nos haremos ricos.

Su rostro se contrajo en un esfuerzo por saltar sobre las barreras del tiempo, y Marlon mantuvo sus prismáticos tan fijos en el marcador que Dorsey pudo apostar al favorito en la segunda carrera y ganar tres dólares setenta y cinco.

Antes de la tercera carrera Marlon habló de nuevo.

—Papá, ¿quieres hacerme una apuesta por el número siete?

Mirando el folleto de las carreras, Dorsey contestó:

—¿Y por qué a ese jamelgo? Muchacho Solitario es el único caballo con posibilidades en esta carrera.

—El siete es un número bonito, papá.

El muchacho apostaba como su madre. En los últimos minutos antes de que se cerraran las ventanillas de apuestas, Dorsey insistió para que Marlon fijara su atención en la hoja de apuestas, explicándole por qué la elección lógica era

Muchacho Solitario, pero cuanto más argumentaba contra la decisión de Marlon, más cabizbajo se ponía éste.

—Siento que va a salir un siete allí, papá.

—¡Qué demonios! —Dorsey se encogió de hombros—. Es tu dinero.

Al menos, ahora se le presentaba una oportunidad de educar al chico, decidió, y colocó la apuesta sobre el caballo que Marlon había escogido, que cerró siete a uno.

Pero la ocasión de educar al muchacho se perdió cuando el número siete se lanzó en una fuerte carrera en la recta final y llegó el tercero. La pérdida se completó al llegar Muchacho Solitario entre los últimos.

Marlon aceptó el consejo de su padre en la tercera y jugó por el favorito. Ambos ganaron tres dólares y medio. En la cuarta carrera Marlon sintió que el número tres iba a aparecer en el marcador. Pensando que el muchacho tenía la suerte de los principiantes, Dorsey apostó al mismo y ganaron doce dólares y medio.

—Deja que funcione tu segundo sentido —dijo, pero en la quinta carrera ambos apostaron al favorito, que ganó.

Ya en la sexta carrera la confianza de Dorsey en la clarividencia de Marlon había aumentado y apostó con él al número ocho, que llegó el noveno. Entonces Dorsey se desanimó demasiado pronto. En la séptima carrera, Marlon apostó por un jamelgo que había ganado su última carrera antes de la era cristiana, y el caballo pagó dieciocho a uno.

Cielo Azul corría en la octava carrera, y Dorsey recordó que Liza llevaba un vestido azul cuando les despidió. Su entrevista con Alan Page estaba destinada a diseñar un folleto para una asociación sexual de mujeres de la comunidad. Era normal que Page, hombre dedicado a la publicidad y aficionado a las mujeres, quisiera probar la calidad del producto que tenía que comercializar, pero Liza era todavía la señora Clayton. Dorsey decidió partir después de la octava carrera, llegar a casa antes de que Alan se fuera y comprobar si llevaba una camisa de color morado.

Para la octava carrera, Marlon sintió un seis con tanta fuerza que Dorsey le apostó los veinte dólares que le quedaban. Venció el número dos, que pagó cuatro dólares.

Marlon, que sólo había apostado dos dólares, se encogió de hombros.

—Qué diablos, papá. Cuatro y dos son seis.

El gesto era tan característico de él mismo, que Dorsey se sintió angustiado al reconocerlo y le dio unos golpecitos en la espalda.

—Tu habilidad para ver las cosas de antemano no me ha ayudado mucho, pero no hay duda de que a ti sí.

—Es un buen sistema, papá —aceptó el muchacho y, mirando hacia un lado, hizo una mueca que parecía la réplica masculina de la sonrisa de Liza—. Pero hay que reconocer que ayuda mucho haber leído el programa.

Por un momento, Dorsey sintió una misteriosa ambivalencia hacia su hijo. No

podía saber si estaba diciéndole algo amable o si su comentario encerraba una sutil ironía.

Mientras cruzaban el aparcamiento, Marlon realizó la primera pregunta que no tenía un estímulo inmediato.

—Papá, ¿por qué me pinchas?

Dorsey se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo en la mente del muchacho, y pensó cuidadosamente la respuesta.

—Estoy tratando de ayudarte para que pienses mejor.

—Me hace bien, papá, porque me acuerdo de las cosas.

—No debes decir a nadie, aparte de tu madre, que te estoy pinchando, y a ella no se lo digas a no ser que te lo pregunte.

—¿Por qué, papá? ¿Porque duele?

Cosas tan intrincadas como la práctica de la medicina sin título y la violación de la ética profesional estaban todavía fuera de la inteligencia de Marlon, pero Dorsey deseaba ser honrado con el muchacho.

—Estamos corriendo riesgos que no deberíamos correr y tú puedes morir.

—¿A qué se parece morir, papá?

Dorsey reconoció que la muerte no es un tema de los que aparecen en las enciclopedias infantiles, así que no tuvo mas remedio que contestar.

—Dejas de existir. No sientes nada, ni hueles, ni ves, ni oyes. Es como si te quedaras dormido para siempre.

Dorsey decidió que su respuesta era demasiado simplista y añadió:

—Pero nuestra religión, el cristianismo, dice que nadie muere para siempre.

—¿Duele la muerte?

—No, pero a tu madre y a mí nos haría un daño terrible perderte, porque te queremos mucho.

Habían llegado al coche y Dorsey ayudó a su hijo a sentarse y ponerse el cinturón de seguridad. Cuando se sentó frente al volante y se colocó su propio cinturón, permaneció en silencio sintiéndose deprimido.

De repente, Marlon se enderezó y le tocó en el brazo.

—Si muero, no permitas que eso te haga daño, ni a ti ni mamá. Ya estuve muerto antes de nacer y no es demasiado malo. Sigue pinchándome, papá. Yo te lo haría a ti si te olvidaras de las cosas. Me ayuda a recordar que cuatro y dos son seis.

Eso era, recordó Dorsey, mientras daba el contacto del coche.

Al salir hacia la carretera Dorsey habló de nuevo.

—Le dije a tu madre que tú harías lo mismo por mí si estuvieras en mi caso, hijo.

Ella no quiere que te pinche, pero a veces un hombre tiene que herir a las personas a las que quiere precisamente porque las quiere. Lo que estoy haciendo te causa dolor a ti, me hiere a mí, pero a tu madre le duele todavía más. Las mujeres

quieren de diferente manera que los hombres.

—¿Te quiero a ti, papá?

—Eso espero, soy tu padre.

—¿Me quiere Colleen O'Keefe?

—Te quiere como amigo, como compañero de juegos. El amor es algo diferente.

—¿Cuál es la diferencia entre querer y ser amigo, papá?

—Te lo explicaré el próximo sábado, hijo.

Extrañamente, el muchacho permaneció en silencio hasta que llegaron a la autopista de la Ciénaga. Ninguno de los anuncios que pasaban desató en él el acostumbrado torrente de preguntas.

—¿Cómo te sientes, Marlon? ¿No te duele la cabeza ni notas la vista borrosa?

—No. Papá, ¿qué es la religión?

—Pregúntaselo a tu madre, hijo.

Atento al tráfico, Dorsey consideró cuidadosamente su respuesta y se dio cuenta de que no le había dado un buen consejo. Estaba facilitando información a la mente que tenía en el asiento de al lado y tenía que mantenerla neutral. Con su eclecticismo, Liza podía entrar tanto en una catedral católica, en una sinagoga judía como en una iglesia protestante, y si Bertha tenía éxito en su campaña a favor de la temperancia, su mujer podría terminar enseñándole yoga al chico.

Pensándolo bien, Marlon, mejor es que no preguntes a tu madre sobre la religión.

Hay una enciclopedia para adultos en mi despacho y también está la colección de los «Grandes Libros del Mundo Occidental». Ve a verlos y mira en la letra «r».

Dorsey estaba felicitándose a sí mismo por la manera tan airosa en que se había librado del anzuelo, cuando el muchacho habló de nuevo.

—Papá, ¿por qué eres mi papá?

—Porque eres mi hijo.

Marlon pensó durante un momento.

—Te quiero mucho, papá, pero la verdad es que no sabes explicar las cosas.

El coche de Alan Page estaba en la entrada, bloqueándola, por lo que Dorsey aparcó frente a la casa de los O'Keefe. Saliendo de la casa en medio de un torbellino de brazos, piernas, pelo y pecas pelirrojos, Colleen corrió a su encuentro para saludarles.

—¿Dónde has estado, Marlon?

—En las carreras de caballos. No lo he hecho mal. Mira.

Sacó un manojito de billetes del bolsillo y le tendió uno de cinco.

—Aquí tienes uno para ti, porque te quiero como compañera de juegos.

Tomando el billete, la niña saltó ante ellos como una loca, repitiendo:

—Muchas gracias, Marlon. Muchas gracias. Muchas gracias —y corrió hacia su casa—. Mamá, mira lo que me ha dado Marlon.

Al dirigirse hacia la casa, Marlon le miró.

—A las chicas les gusta el dinero, ¿verdad, papá?

—Estás aprendiendo, hijo.

Liza estaba sobria y graciosamente seria y no se veían bebidas en la mesa ni en el bar. Alan Page estaba recogiendo un montón de papeles, preparándose para marchar. Llevaba camisa blanca y traje.

—¿Te acuerdas de Marlon, Alan?

—Naturalmente. ¿Cómo estás, Marlon?

—Muy bien, gracias, señor Page —dijo Marlon, y Dorsey trató de recordar la última vez que Page había estado en la casa. Hacía ya varias semanas y Marlon había recordado su apellido.

El muchacho se había vuelto hacia su madre.

—He jugado bien en las carreras, mamá. Todo esto es para ti.

Sacó el manojito de billetes de los vaqueros y se lo alargó a su asombrada y encantada madre.

—Bueno, las píldoras de Dorsey parece que están haciendo efecto... Gracias, hijo.

—De nada, madre. ¿Puedo irme a estudiar?

—Naturalmente, Marlon.

Mientras el muchacho salía de la habitación, Dorsey le dijo a Liza:

—Lo ganó él solo. Tiene talento para las carreras. ¿Qué tal vais, mercaderes de carne?

—Alan vale mucho como alcahuete.

—Si Liza consigue un lugar para la exposición de la mercancía —rió Alan—, nos dedicaremos al negocio del placer y abandonaré a Cullihane-Hunter. Pero tengo que marcharme ahora mismo. Después de lo que dijo Liza la otra noche, si llego tarde a casa Mary pedirá el divorcio.

—Estos maridos tan dominados deberían formar un comité de Liberación Masculina —terció Liza.

—¡Exacto! Este es mi próximo proyecto... El lunes vas a quedarte sin director de ventas, Dorsey. Cuando os fuisteis anoche, Gary Anglen tropezó con uno de los cuadros de la exposición, tuvieron que darle dieciséis puntos en el brazo y permanecerá en el hospital hasta el lunes en observación.

—Pobre Gary —dijo Liza—. Le enviaremos flores.

Dorsey acompañó a Alan hasta el coche, más que nada porque deseaba poner el suyo en su sitio, y estuvieron hablando un momento. Finalmente, Page se volvió hacia él.

—No es asunto de mi incumbencia, Dorsey, pero me ha dado la impresión de que Marlon es un muchacho... excepcional.

—Oh, tiene sus días buenos... Hasta luego, Alan.

Aparcó el coche y volvió a la casa. Encontró a Liza sentada en el salón, leyendo. Ella levantó la vista al oírle; su mirada no era ni hostil ni amistosa.

—No creo que fuera un acierto el mencionar las píldoras ante Alan.

—Me importa poco —dijo—, pero, de todas maneras, te aseguro que se me escapó.

Creyó notar en su voz cierto tono de arrepentimiento.

—Probablemente no tendrá importancia... El próximo sábado, durante nuestra excursión de pesca, tengo que hablar con Marlon sobre lo que ya sabes. ¿Dice Spock algo sobre el tema?

Liza movió la cabeza negativamente.

—Pospón tu charla un par de semanas y una de mis chicas le hará una demostración práctica.

—¿No crees que esa broma ya ha durado bastante? Puede arruinar nuestra reputación si sigues con ella. Ya has visto lo que Alan ha dicho sobre Mary.

Levantó nuevamente la vista del libro que estaba leyendo.

—No es ninguna broma, y no te metas en lo de Mary Page. Esta mañana me ha llamado para ofrecerse como voluntaria para el grupo.

Sus ojos se dirigieron de nuevo al libro. Al separarse de la extraña que había en el salón, Dorsey se preguntaba si algún marido llegaba alguna vez a conocer verdaderamente a la mujer con la que se había casado. Sabía que había agencias de alquiler de esposas en el Valle de San Fernando, pero no podía imaginarse a ningún hombre pagando por ese tipo de mercancía, aunque reconocía que algunos serían capaces de comprar hasta una manada de elefantes. Nunca hubiera considerado a Liza, una muchacha sureña rural, capaz de un tal alarde mundano.

Pero la mujer que había tras la quimera con la que se había casado empezaba a surgir como un sobrio empresario, capacitado para sostenerse de una manera superior a la de los que pagaban impuestos.

En su despacho, donde había ido para recoger la jeringuilla hipodérmica de Marlon, Dorsey se encontró con su hijo, echado boca abajo sobre el sofá de cuero y leyendo la Enciclopedia Británica. Estaba tan absorto que no levantó la vista cuando Dorsey entró.

Cerró la puerta y se dirigió a la mesa observando a su hijo; vio cómo pasaba despacio las páginas según iba leyendo, y comprobó que el muchacho seguía realizando su patética charada de «estudiar» en imitación de su padre.

Dorsey abrió el cajón de la mesa, sacó su maletín, le quitó el seguro y lo abrió antes de que Marlon levantara la vista.

—Papá, ¿a qué iglesia perteneces?

—Generalmente digo que a la protestante. Esta palabra cubre una multitud de

pecados, pero al menos ofrece una esperanza de redención.

—¿Qué iglesia debería escoger yo?

—Considéralas todas y acepta la mejor oferta. O haz lo que tu madre, únete a todas y compensa tus apuestas.

Dorsey cogió la ampolla y llenó la hipodérmica, mientras Marlon continuaba con su libro.

—¿Estás estudiando el cristianismo?

—El budismo, papá.

Levantándose, Dorsey pensó que la lógica de Marlon seguía actuando: la «b» venía antes que la «c».

—Dos más y terminamos —dijo Dorsey acercándose—. Arriba, muchacho. Abajo pantalones.

—Bendito sea el martes —dijo Marlon, levantándose del sofá y bajándose la cremallera. Sin vacilar, había añadido dos días al sábado y mencionado su primer día libre de miedo.

Mientras dejaba caer los pantalones, Marlon hizo girar el libro, inclinándose para continuar leyendo, con el trasero al descubierto. El chico era eficiente, se dijo Dorsey, cogiéndole un pellizco de carne.

Marlon miró hacia atrás con temerosa expectación.

—Papá, el budismo es realmente puro —dijo con una vehemencia que hacía aparecer un tono infantil en su voz.

De repente su voz bajó una octava y sus palabras salieron con mayor cuidado.

—El yin y el yang parecen similares al concepto aristotélico de las dicotomías, a la síntesis y la antítesis hegelianas, a los sistemas primero y segundo de señales de Pavlov.

—¿Qué has dicho? El pellizco de carne se le escurrió entre los dedos.

—He dicho que el con... con... No me acuerdo. —La inflexión chillona volvía a su voz, pero ya no tenía ninguna vehemencia. En su lugar había confusión y frustración—. ¿Qué he dicho, papá?

—Algo sobre el yin y el yang. ¿Te ayuda eso a recordar?

Mientras Dorsey, aparentando indiferencia, volvía a cogerle un pellizco de carne, el muchacho estaba pensando. Dio un respingo cuando la aguja se clavó.

—No puedo acordarme —dijo.

—Arriba pantalones. Abajo muchacho.

—Es extraño, papá —dijo subiéndose los vaqueros—. Es como lo que me enseñaste con los prismáticos. Algunas veces las cosas parecen muy claras, y después se mezclan y desaparecen, y no puedo recordarlas. Cuando leo, veo las imágenes, pero cuando dejo de mirarlas desaparecen. Pero si sigo practicando, papá, y no me muero, quizá pueda conservar las imágenes.

—Esperemos que así sea, hijo. Ahora llévate el libro a tu habitación y déjame solo un minuto.

Cuando Marlon cerró la puerta tras de sí, Dorsey se sentó un momento, pensativo, antes de ponerse la inyección. Hasta el momento no había sentido dolores de cabeza, vista nublada o cualquier otro síntoma de enfermedad. Por otro lado, no había relacionado el yin y el yang con Hegel y los sistemas primero y segundo de Pavlov, y no estaba muy seguro de la palabra «dicotomía».

«Cualquier dosis suficiente para hacerles más inteligentes es suficiente también para matarlos», había dicho Wakefield.

Seguro de que ahora Marlon había llegado al punto del camino que conducía hacia la muerte o la inteligencia, Dorsey llenó la jeringuilla con su dosis propia, preguntándose si ésa sería la cantidad que le faltaba para llevarle a la muerte o a la gloria. Durante un momento, antes de clavarse la aguja, conoció el miedo. No deseaba la muerte ni la gloria; sólo quería a Liza, a Marlon y la oportunidad de trabajar.

Mientras buscaba el diccionario en su mesa, pensaba en Liza. Antes de encontrar «dicotomía», ya tenía un plan para vencer su hostilidad. Si daba resultado dedicaría su consumación a Colleen O'Keefe.

Todavía no era lo suficientemente inteligente para relacionar a Buda con Pavlov, pero la alegría juguetona de la niña podía conducirle a su reconciliación con Liza el próximo martes.

- Capítulo IV -

El lunes por la mañana, Dorsey telefoneó al doctor Charles Van Ellen, el psicólogo cuyo centro de educación especial le había sido tan recomendado por otros educadores. Hablando con las restricciones que le imponía la ilegalidad de su experimento, Dorsey no podía hacerse entender claramente al principio sobre la naturaleza del problema de Marlon, pero el educador le prestó una ayuda llena de tacto.

—¿Hay indicaciones de que la mentalidad de Marlon esté llegando a un nivel de aprendizaje diferente?

—Sí, señor. Y me pregunto si ustedes tienen un programa educativo que le ayude a integrarse en el grupo que le correspondería por su edad, escolarmente, si su mente llega a normalizarse.

—Normalizarse es una palabra confusa, señor Clayton, porque lo anormal es normal. Dentro de ciertos límites, la educabilidad de un niño es ilimitada. La edad cronológica no es un factor importante, a no ser que la madurez mental haya dejado atrás la curiosidad. La mayor parte de los niños tiene un potencial de genialidad en su componente de curiosidad. Según su índice de curiosidad, Marlon podría absorber un programa completo de enseñanza secundaria en seis meses.

Pero antes de permitir que se matricule, tendría que analizar y medir por el sistema de análisis métricos de Van Ellen el coeficiente de inteligencia. Si es admitido, se requerirá de él que actúe en un ambiente social simulado-estimulado, bajo los ojos vigilantes de los expertos del Van Ellen, cuya finalidad es comprobar sus patrones de conducta y medir sus reacciones. Incluso la R.G.P. es calculada por telemetría y tiene su peso como componente del análisis del perfil de la personalidad del estudiante sometido a cualquier situación social imaginable y, señor Clayton, le repito, a cualquier situación social imaginable.

—¿Qué es la R.G.P.? —preguntó Dorsey.

—La respuesta galvánica de la piel, un método para medir la neurosis del estudiante. Un ejemplo popular es el de las palmas sudorosas.

—¿Cuál es el precio, doctor?

—Un primer análisis, de quinientos dólares, establece las calificaciones del estudiante que espera ser admitido. En esta prueba se hallan el coeficiente de inteligencia, la onda alfa y los conocimientos generales. Si existe una capacidad alta en una de las áreas, queda negada la baja capacidad que puede aparecer en otras.

Posteriormente, si las pruebas demuestran que el estudiante es apto, los derechos de enseñanza ascienden a dos mil dólares mensuales, pero tengo que advertirle que no todos son aptos.

—Algo caro, ¿no cree?

—No es más de lo que una persona pagaría por hacerse miembro de un buen club náutico. Y recuerde que los psicólogos han determinado que, según sus investigaciones, el número óptimo de estudiantes en una clase es de doce; sin embargo, en el Van Ellen asignamos doce expertos a cada estudiante, aunque no de forma simultánea, por supuesto.

—Lo pensaré, doctor.

Después de colgar, Dorsey tuvo que tomarse una pastilla contra la acidez. Con un préstamo bancario que vencería a mediados de mayo, unas reservas en efectivo que menguaban de día en día, las ventas en descenso y un divorcio en puertas, le pedían que pagara por la enseñanza de su hijo tanto como pagaba a su director de ventas. Concentrándose en sus oportunidades de reconciliación con Liza, la todavía aparente buena salud de Marlon y de sí mismo, y la también aparente estabilidad de los anillos que rodeaban el Hexagon Seis, consiguió evitar la depresión definitiva.

Con alivio lleno de superstición, el lunes le puso a Marlon y se puso a sí mismo la última inyección de Hexagon Seis. Aunque el experimento con los roedores sólo daba una indicación periférica del efecto de la droga en los primates, se sentía lleno de esperanzas. No solamente Marlon se sentía bien, sino que había vuelto a realizar sus ejercicios, bajo la ahora sobria supervisión de su madre. Con el corazón ligero, Dorsey se llevó los libros de la compañía a su despacho después de la cena, para intentar conocer sus previsiones financieras para mayo y junio.

Cotejando esas previsiones con el coste de la enseñanza en el colegio Van Ellen, se encontró sin salidas. El martes por la mañana Gary Anglen regresó al trabajo con el brazo vendado hasta el codo, y Dorsey le despidió.

—Gary, te estoy echando del barco para que no se hunda. La depresión, junto con la inflación, me están ahogando y no necesito un director de ventas para que se pille la mano mientras veo cómo descienden las ventas.

—Había leído que ocurrían cosas como ésta —dijo Anglen, pasmado—, pero nunca pensé que me sucederían a mí. Tengo todas las entrevistas concertadas para el lunes próximo en San Francisco, para la campaña del Memorazine.

—Déjame tu lista de entrevistas y yo las haré.

Ya estaba hecho. Dorsey pagó su factura habitual en dolores de estómago, reforzados con la desesperación y con el sentido de futilidad que ya conociera en Corea cuando volvía de una patrulla y habían tenido alguna baja.

Lentamente, mientras transcurría la mañana, recobró su voluntad, y después de la comida fue al banco para conseguir diez billetes nuevos de diez dólares. Su plan de reconciliación con Liza, en el lenguaje de Van Ellen, estaba dirigido a estimular la componente materialista inherente a todo patrón de personalidad de una mujer, y apelaba al sentido del humor de Liza.

Para mantener un ambiente óptimo que acabara con el monasticismo en el

dormitorio, no mencionó durante la cena que había despedido a Gary Anglen, uno de los favoritos de Liza, pero el recuerdo de su cara al recibir el salario de dos semanas todavía le entristecía el ánimo.

Liza estaba leyendo en la cama cuando Dorsey entró del vestidor con los billetes en el bolsillo del pijama. Absorta en el libro o intentando ignorarle, no levantó la vista cuando se sentó en la cama frente a ella. Posiblemente le interesaba mucho el libro, decidió Dorsey, leyendo el título muy llamativo sobre la cubierta: Los 120 días de Sodoma, del Marqués de Sade.

—¿Qué tal vas con el Marqués? —preguntó.

Me hace comprender la naturaleza de los deseos del hombre, contestó sin levantar la vista.

No te olvides de dejarlo en la mesita de café —dijo él—, para que Marlon pueda estudiarlo.

Sacando los diez billetes del bolsillo, los colocó en forma de abanico en la mano.

—Ya que vas a meterte en los negocios de ventas, quiero ser tu primer cliente.

Mirando por encima del libro, Liza miró el dinero y siguió leyendo.

—Mi tarifa es más alta.

—Aquí hay cien dólares.

—Te puedo conseguir a Mary Page —dijo ella.

—¿Cien dólares por esa fábrica de pegamento?

—Yo estoy disponible, antes y después del divorcio, por doscientos dólares. Soy más cara debido a las técnicas exóticas.

La frialdad de su voz hacía imposible tomarlo a broma y por segunda vez en el día Dorsey sintió la futilidad de todo. Juntó los billetes y se los metió en el bolsillo, mirándola de frente.

—El tratamiento de Marlon terminó ayer y sus procesos mentales cada día son más coherentes. Si sigue mejorando, podemos llevarle al colegio Van Ellen...

—No, no podemos —dejó el libro a su lado y se enderezó apoyándose sobre un codo, haciéndole frente—. Introdúcele en una situación social con todas esas bestias saludables y le harán pedazos; todavía actúa y piensa con la inocencia de un niño.

—Van Ellen les ayuda a desenvolverse en situaciones sociales con un ambiente ejemplar.

—Marlon no abandonará esta casa hasta que yo lo diga. Al único sitio que te dejaré enviarle es a la funeraria.

—Tengo algunos derechos sobre la educación de mi propio hijo.

—Has perdido tus derechos. Un padre ha de ser un ejemplo de rectitud moral...

De repente perdió la cabeza.

—Déjate de sermones sobre la moralidad, tú que vas a convertirte en una «madame» y que estás tan interesada en un libro sobre perversiones. Al menos, yo

tengo la capacidad mental para decidir...

—Llévate al chico y te enviaré a la cárcel. Te acusaré y aportaré las pruebas: doce ampollas vacías del veneno que le estás inyectando a Marlon, pero con residuos suficientes para hacer que te condenen. Suministrar drogas a un menor sin el consentimiento de ambos padres es un delito grave...

—No me cites las leyes. Comprobé los riesgos antes de comenzar con todo esto.

¿Es que no te das cuenta de lo que he sufrido la semana pasada? Y no por miedo de ir a la cárcel.

—¿Que tú has sufrido? ¿Por qué ibas a sufrir tú, manipulador sin conciencia? Tú no...

—Puedes creerlo —la interrumpió—. Todavía siento náuseas por el hedor del azufre, y parte del hedor viene de tu perfume. Me voy al cuarto de huéspedes, donde al menos podré respirar. —Se levantó, mirándola—. Marlon va a salir de ésta. Tendrás un hijo en lugar de un prisionero y sin ningún mérito para la moralidad de una maldita ex borracha.

—Estás renegando de mí, Dorsey —dijo sin poder creerlo. Sus ojos estaban nublados, su frágil máscara se desmoronaba y por un momento pudo ver a la antigua Liza. Dándole la espalda, se acercó a la puerta y se detuvo.

—Tendrás que acostumbrarte a este lenguaje, Liza —le dijo casi amablemente—. Es algo natural en los negocios de putas.

Durante largo rato permaneció despierto en el dormitorio de huéspedes, recordando sus lágrimas. Abusar de Liza era como abusar de un niño, pero, como táctica, su falta de amabilidad podía dar resultados. Si Marlon moría, el odio le haría más llevadero su dolor.

Pero al registrar la papelera y guardar las ampollas vacías había complicado sus planes. Si moría de un tumor cerebral y la compañía de seguros investigaba la causa de la muerte, las seis ampollas adicionales servirían como prueba de suicidio, porque sólo había inyectado seis a Marlon. Tendría que hacer algunas confidencias al muchacho. No deseaba que Marlon aprendiera a tener secretos con su madre o a decir mentiras, pero ahora le tendría que advertir que dijera que su dosis total había sido de doce inyecciones. Y se lo tendría que decir incluso a su madre, que era demasiado honrada para destruir dicha prueba, aun cuando representara su medio de vida.

Antes de que Dorsey partiera para High Sierras sabía cómo debió de sentirse Sansón cuando el templo se derrumbaba sobre él y escuchaba la risa de Dalila. Liza había trasladado toda su ropa al cuarto de huéspedes y el miércoles el Memorazine había salido al mercado con unos resultados bastante tristes. El viernes, Productos Farmacéuticos Clayton no había recibido ningún encargo, mientras que Berkeley-Johns había saturado el mercado con una campaña orientada al consumidor de su producto Rekordar, nombre elegido para la píldora de la memoria.

Los publicistas de Berkeley-Johns tenían gente en las calles que hablaban del Rekordar. El viernes por la tarde, la señorita Weber comenzó a recibir llamadas de farmacéuticos que pensaban que la empresa también producía el Rekordar.

Inmediatamente puso a dos chicas en la centralita telefónica recomendando Memorazine como un producto alternativo «tan bueno como el Rekordar» y, de una forma que Cullihane-Hunter no había previsto, Productos Farmacéuticos Clayton pudo beneficiarse en algo de la campaña de Berkeley-Johns.

Dorsey salió con Marlon el sábado a las nueve de la mañana hacia High Sierras, y mientras conducía por la carretera que desembocaba en la autopista del Valle del Antílope, la neblina producida por la contaminación fue quedando atrás formando una nube grisácea. Cuando llegaron al Puerto Soledad, el limpio aire del desierto hizo que Dorsey comenzara a sentirse mejor. En Mojave se sentía ya optimista y cuando se detuvieron en Lone Pine para almorzar se sentía exultante.

—Hijo, te dirán que un hombre no puede huir de sus problemas eternamente, pero los problemas suelen estar producidos por las mujeres y los impuestos. Los hombres más felices son los vagabundos.

—¿Qué es un vagabundo, papá?

Después de Lone Pine cruzaron hacia el Bishop, donde tomaron la carretera de las montañas hacia el oeste, dirigiéndose al lago Sabrina. Dorsey estaba tan excitado que le entraron ganas de ir a Reno y contratar a una muchacha para que le enseñara al chico las realidades de la vida de manera empírica. Pero, más como científico que como padre, contuvo su impulso. No quería que su hijo aprendiera la práctica antes de estar bien enterado de la teoría.

Trepano y girando a través del cañón del Bishop, que se veía cientos de metros más abajo, la carretera hacia el lago Sabrina estaba resbaladiza a causa de la nieve medio fundida y era necesario conducir con cuidado. Sintiendo el esfuerzo de concentración que su padre realizaba, Marlon permaneció en silencio, pero esa concentración no estaba dirigida totalmente a la conducción.

Su charla con el muchacho no debería ser demasiado clínica o teórica. Únicamente utilizando las palabras tabú podría ahorrarle a Marlon en el futuro momentos embarazosos, y así estaría abierto a un toma y daca dialéctico. Su objetivo era escribir con mano limpia en la tabla rasa que era la mente de Marlon, iluminando las inscripciones con poesía y amor. Para hacerlo bien, tendría que evitar los términos biológicos. Marlon podría estudiar más tarde la nomenclatura en la Anatomía de Gray.

No sólo el método dialéctico era deseable, sino que la inclinación del muchacho a hacer preguntas lo hacía imperativo.

En la tienda del lago Sabrina, Dorsey aparcó el coche y compró un haz de leña para la hoguera del campamento, una lata de judías y una botella de whisky para

darse ánimos en su charla. Consciente de que a esa altura una caminata sería demasiado, ató el haz de leña a la espalda de Marlon y llevó él las judías junto con el whisky.

Con la arrogancia de la juventud, Marlon solía mostrarse orgulloso de su fortaleza, y el cansancio que le causaría la pobreza de oxígeno en el aire le ayudaría a aprender a ser humilde.

Como la temporada de pesca no estaba todavía en su apogeo, tenían el lago para ellos solos. La nieve cubría todavía la ladera norte de los picos y la parte más sombría de los bosques. Las agujas de los pinos estaban húmedas por el deshielo.

El problema era encontrar un montecillo que estuviera seco y orientado al sur para establecer allí su campamento, por lo que envió a Marlon a explorar mientras él rodeaba el lago haciendo un esfuerzo que le obligó a detenerse para respirar.

Cuando Marlon lanzó un largo hola medio kilómetro más adelante, a Dorsey le costó veinte minutos, alternados con llamadas y respuestas, llegar al lugar. Tras un breve respiro, le enseñó cómo seleccionar el punto más abrigado y montar la tienda de campaña. Más tarde le condujo hasta el lago para que lanzara el anzuelo y practicara. El muchacho tenía facilidad para utilizar las manos, pero intentaba lanzar la mosca de la trucha a más de veinte metros, por lo que Dorsey le hizo comprender la necesidad de precisión además de la de distancia.

—Las truchas pican mejor al anochecer —le dijo Dorsey—, así es que tenemos mucho tiempo para atrapar una buena cantidad para la cena. Yo me voy hacia el sur, entre las rocas, y pescaré por allí. Parece un buen lugar. Toma tus aparejos, no te pierdas y grita si me necesitas.

Sin los paquetes, Dorsey llegó fácilmente hasta su lugar de pesca y trepó por las rocas lo bastante para que, al lanzar el anzuelo, éste no se prendiera en los matorrales de su espalda. Absorto en la belleza de los picos cubiertos de nieve, el olor de los bosques y el susurro del agua, pasó un par de agradables horas lanzando el anzuelo y recogéndolo de nuevo antes de sentir el tirón y oír el ruido del carrete. Conduciendo expertamente al pez, sacó una preciosa trucha de más de veinte centímetros y la lanzó a la cesta de mimbre.

Comenzaba la hora de comer de los peces y Dorsey se movió con rapidez, pero la trucha que había capturado debía de ser la única que circulaba por aquel lado del lago. El sol iluminaba el monte Waterman y el aire cada vez era más helado cuando logró atrapar otra trucha, esta vez de un tamaño medio, y decidió regresar al campamento. Con las judías, las dos truchas bastarían para la cena. Encendería el fuego y sacaría al muchacho del lago antes de que fuera de noche.

De vuelta al campamento, le llegó el olor a humo y cuando salió de los matorrales vio a Marlon inclinado sobre la sartén dando la vuelta a cuatro truchas a las que había quitado las tripas y lavado, al lado de un café recién hecho.

—Estaba a punto de llamarte, papá, cuando te oí venir. Sabía cómo arreglármelas porque se lo he visto hacer a Bertha. ¿Has tenido suerte?

—Un par que tiraré de nuevo al agua, pero tu pericia hace que me sienta avergonzado. ¿Cómo has pescado esas truchas tan grandes?

—Allí, en aquel recodo, donde un arroyo desemboca en el lago. Sentí que estaban allí. Tiré al agua las pequeñas.

La naturaleza compensaba la pérdida de un sentido acrecentando los restantes, pensó Dorsey. Los hombres primitivos habían sido cazadores y pescadores y las facultades instintivas del muchacho decrecerían al aumentar las facultades intelectuales.

—Perderás esa habilidad de sentir cosas cuando aumente la de pensar lógicamente, hijo.

—No es todo cuestión de sentir, papá. Las truchas deben saber que el arroyo arrastra comida hacia el lago. Yo lo sabría si era una trucha.

—Si fuera una trucha —le corrigió Dorsey—. Usa el subjuntivo cuando quieras expresar una condición contraria a la realidad.

Dorsey pensó que el chico todavía tenía que aprender unas cuantas cosas, y a continuación se dirigió a soltar sus presas en el lago.

Después de la cena, Dorsey se ofreció a lavar los cacharros para agradecerle a Marlon la excelente comida.

Lo llevó todo hasta la orilla del lago y comenzó su tarea, mientras escuchaba al otro lado el estremecedor lamento de un somorgujo. A su alrededor el cielo se teñía de rojo con los últimos rayos del sol que desaparecía tras las nevadas crestas y pudo sentir la paz del anochecer.

Pero el somorgujo se lamentó de nuevo y el silencio a su alrededor se quebró con la soledad del sonido. La luz rojiza era cada vez más purpúrea, los bosques parecían tenebrosos y prohibidos. Sintióse incómodo, como un animal alarmado por el presentimiento de una vaga amenaza, se puso en pie y miró a su alrededor.

Erguido, impassible, con los brazos cruzados sobre el pecho, Marlon estaba a sus espaldas, con la cabeza ligeramente levantada, como si mirara los picos sobre el lago, pero contemplando realmente a Dorsey. Parecía contar con que las sombras de su cara no dejarían ver la dirección de su mirada, pero sus ojos, que reflejaban la luminosidad del lago, parecían recogerla y enfocarla. Dorsey se encontró frente a un imperio de luz azul.

Con objetividad e intensidad inhumanas, el muchacho estaba estudiándole, y Dorsey recordó el comentario de Liza:

«Se queda mirando a Colleen como si fuera un insecto pinchado en una tabla».

De repente, Dorsey comprendió que Marlon había pinchado un ejemplar equivocado. Era como si una mariposa contemplara un águila como si fuera su presa.

Trepando hacia él, le habló.

—Deja de mirarme como si fueras el conde Drácula.

Marlon le dio la mano para ayudarlo a subir.

—¿Quién es el conde Drácula, papá?

—Búscalo en «vampiros». Ahora vamos a sacar los sacos de dormir y a inflarlos.

Después de preparar los sacos y dejarlos en la tienda de campaña, Dorsey se sirvió una mezcla de whisky con agua, ofreciéndole a Marlon una copa como gesto de compañerismo.

—No, papá. Mamá no quiere que beba.

—Teme que no puedas controlar una borrachera, pero nosotros respetamos sus deseos, porque es una mujer, y las mujeres son diferentes a ti y a mi. *¡Vive la différence!*

Al realizar el brindis por las mujeres, Dorsey se estiró sobre el fuego para chocar su vaso con el de Marlon, y después se echó atrás apoyando un codo en el borde de su colchón.

—La primera vez que noté la diferencia estaba jugando a los médicos con la niña de la casa de al lado. Después de completar mi primer examen físico, me daba un pavo si la llamaba.

—¿Qué es un pavo, papá?

No era la pregunta que Dorsey esperaba, pero explicó el sentido de «un pavo» a Marlon, decidiendo mientras tanto que la estructura cronológica era tan buena como cualquier otra. No sólo podría abordar así el tema de la pubertad más fácilmente, sino que también podía proporcionar a Marlon algunas experiencias infantiles que él se había perdido a causa de su impedimento.

Mientras hablaba de sus años de juventud, Marlon escuchaba, ocasionalmente haciendo alguna pregunta, en general irrelevante. Quizás era la altura, pero el whisky parecía mucho más fuerte que de costumbre. Flotando en una agradable euforia, Dorsey se sintió joven de nuevo, en un campamento de Chattahoochee, contando sus hazañas con ese inimitable estilo sureño en el que el protagonista emerge como héroe único de los sueños femeninos.

Mientras el último resplandor del sol desaparecía por el oeste, hizo una pausa antes de relatar su primera anécdota posterior a la pubertad, se sirvió otra copa, y oyó a Liza advirtiéndole a través del muchacho.

—Ten cuidado con tu úlcera, papá.

Relajado, sin preocupaciones, no había sentido ni un asomo de dolor de estómago.

—Tuve mi primer contacto sexual a los catorce años con la pequeña Mary Jane Mapes, que no era mayor que yo, pero ya una mujer. En esa época vivíamos en las afueras de Mableton, en Georgia.

—¿Qué es Georgia, papá?

—Un estado, hijo, como California. ¿Cómo diablos puedo enseñarte algo de sexo cuando ni siquiera sabes geografía? Contén tus preguntas hasta que te avise. Mary Jane y yo fuimos a recoger zarzamoras. Al menos, se pensaba que íbamos a recoger zarzamoras...

Añadiendo suficientes detalles gráficos para dar a Marlon una idea real de los cambios que ocasiona la pubertad, Dorsey terminó su historia con una fanfarronada típicamente sureña.

—Te lo juro, hijo, apostararía que esa chica nunca ha podido olvidarme. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué es una zarzamora, papá?

Mientras describía una zarzamora, Dorsey se dio cuenta de que su intento de abordar el tema no había dado resultado, quizá porque la curiosidad del muchacho era todavía general, sin ningún tipo de preferencia. Si era así, no podía hacer otra cosa que contestar a las preguntas. Quizá la extraña regresión a la dialéctica de su juventud había interferido la dialéctica de su argumento. Pero le parecía que su exuberancia no estaba a tono con la gravedad del tópico, y eso era culpa de Liza.

Su imaginación crecía a causa de la realidad presente, colmada de privación.

Una parte de su vida de la que no había pensado hablar le vino a la mente, trayéndole la imagen de una mujer que todavía se movía llena de gracia y belleza en sus recuerdos.

Bien disfrazada, pensó, podía hablar de ella a Marlon, y su recuerdo crearía un ambiente de respeto que lograría sacar su conversación de la rutina y llevarla a una zona llena de misterio y de encanto a la que el tema también pertenecía.

Para que no hubiese un cambio de estilo demasiado repentino y haciendo una pausa que tuviese un efecto dramático, Dorsey se sirvió un pequeño whisky con mucha agua.

—Para mi gusto —comenzó—, las mujeres más bellas del mundo son las italianas, y la más bella italiana era Angela Fregosi. Recién salido del campamento militar con los galones de teniente me enviaron a Padua, en Italia, que es otro país que está muy lejos. Angela tenía un puesto de frutas en el mercado. ¡Chico! Era una mujer muy bien dotada. A los dieciocho años era ya la madre de la tierra: tan delgada y ligera como un cervatillo. Angela habría estallado en carcajadas ante esta descripción. No era únicamente lo que podríamos llamar un buen bocado, hijo, era un comida completa, incluido el postre. Estaba realmente para comérsela, y créeme cuando te digo que tu padre lo intentó. Todo lo que sabía en italiano eran dos palabras: «Mamma mia», y fueron todas las que necesité.

—Papá, ¡mira las estrellas!

No era el momento de mirar las estrellas, pero el muchacho estaba distraído, así

que Dorsey levantó la vista hacia el cielo. Por el Oeste, el aura solar se reflejaba todavía sobre los picos cubiertos de nieve, pero hacia el este, en un cielo limpio de nubes y sin luna, las estrellas brillaban contra el fondo oscuro. Los años pasados en Los Angeles le habían hecho casi olvidar las estrellas. Ahora se apiñaban sobre él como antiguos amigos en una reunión de compañeros de colegio, cuyos nombres venían a la memoria al verles de nuevo las caras.

Dorsey se levantó y, dando la vuelta a la hoguera, se sentó junto a Marlon.

Orientándose a partir de la Polar, señaló la Capela, la Deneb, la Arturo, las Pléyades, la Osa Mayor; le mostró a Marlon la mancha de Andrómeda y la Vía Láctea. Finalmente ambos permanecieron en silencio sobrecogidos por los millones y millones de estrellas.

La imaginación de Dorsey comenzó a despertar en él pensamientos sobre el infinito.

Su sobrecogimiento amenazaba convertirse en terror y bajó los ojos.

Con alivio oyó la voz de Marlon hablando suavemente.

—En una noche como ésta, Dido, agarrada a un sauce sobre los salvajes barcos marinos, hacía señales a su amado para que volviera a Cartago.

—¿Dónde has leído eso?

—No lo he leído. Mamá me lo leyó cuando era pequeño.

Marlon había recordado unas líneas de El mercader de Venecia de Shakespeare, que le habían sido leídas antes de que pudiera comprender su significado, y a pesar de eso estaba aplicándolas a la descripción de la noche tal como Lorenzo lo hacía en la obra.

—Me estabas hablando de Angela Fregosi, papá, y dijiste que estaba muy dotada.

¿Qué querías decir con eso?

Justamente cuando las estrellas le habían hecho olvidar su fervor por el tema, el chico hacía la primera pregunta pertinente.

Moviéndose en el colchón, Dorsey contestó:

—¿Te acuerdas de la muchacha de los gansos en el Hollywood Park?

—Sí.

—Comparada con Angela Fregosi, era tan lisa como una tabla.

—¿Querías a Angela, papá?

Era una pregunta inesperada, pero fue formulada con tanta sinceridad que merecía una respuesta seria; pero era una pregunta a la que Dorsey no podía contestar.

—Tu pregunta está fuera de lugar, Marlon. Estábamos hablando de algo diferente.

—Pero había algo más sobre Angela Fregosi, papá. Pude notarlo en el tono de tu voz.

Marlon buscaba una respuesta, y las estrellas, el campamento, el whisky que había tomado, y la intensa curiosidad de su hijo formaron una especie de reto para

Dorsey.

—Me estás preguntando si quise a una mujer que no es tu madre ni mi esposa. Es una pregunta extraña para que un hijo la haga a su padre. Si te contesto con un conciso «Sí», como me aconseja mi lealtad a Angela, puedo estar sustituyendo la lealtad por la honradez.

—Sé leal contigo mismo y sé honrado —dijo Marlon, y su voz contenía una lógica totalmente extraña a la del antiguo Marlon, igual que la cita de Shakespeare.

—¿Cómo puede un hombre explicar una maravilla que le ocurrió sólo una vez, brevemente, y que nunca murió? Exageré la descripción física de la muchacha porque pensé que estábamos charlando sobre el sexo, pero lo que me interesaba de ella no era sólo el cuerpo, sino que la veía como una mítica belleza italiana moviéndose con la gracia de una dríada. En el breve período de tiempo en que la conocí aprendimos a comunicarnos con un lenguaje mudo que nosotros mismos creamos y que era más sutil que la poesía. Si la amé fue a un nivel químico o genético primario, o a través de una afinidad espiritual que escapa a mi comprensión. Pero, si no la amé, ¿por qué la respuesta no ha muerto con el estímulo? Tú me has hecho una pregunta. Ahora ambos sabemos cuál puede ser la respuesta, pero Angela estaba en otro país y ahora seguramente estará muerta.

—¿Por qué te casaste con mamá?

—Tu madre ha sido mi amor más cerebral —sonrió Dorsey—. La comunicación con Liza a nivel verbal era la mitad de su atractivo. Tenía imaginación, ingenio, belleza y un extraño individualismo. Todavía conserva todo eso, aunque ahora lo compartimos menos que antes.

—¿Por qué menos que antes, papá?

En la pregunta había una amabilidad y un deseo de comprensión que dejó a Dorsey indefenso.

—Se oponía a que te pinchara porque la droga que te he inyectado, el Hexagon Seis, no había sido probada y es peligrosa.

—¿Por qué no la probaste primero?

Justa y concisa, la pregunta de Marlon revelaba que ya estaba preparado para enfrentarse con las realidades de la vida.

—Porque no tuve tiempo. Lleva dos años probar una droga, y probablemente estaré en quiebra, es decir, sin un dolar, en septiembre. Esto habría significado un ingreso en una institución y Liza no lo habría soportado. En pocas palabras, tenía que curarte o matarte.

—Pero me has curado.

—Aparentemente, pero todavía no estamos fuera de peligro. Ninguno de nosotros... Escucha, Marlon. Sí yo muriera, recuerda que tienes que decirle a tu madre que te puse doce inyecciones.

—Pero sólo me pusiste seis, y mamá dice que nunca debo mentir.

—No me importa lo que diga tu madre. Ha encontrado las ampollas, y ella no mentirá, así es que tendrás que hacerlo tú para protegerla. Si muero de tumor cerebral, la compañía de seguros puede decir que me suicidé y negarse a pagar.

Una mirada a mis libros de contabilidad convencería al tribunal. Debes mentir, por el bien de tu madre. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo Marlon, y luego añadió, con asombro—: Tú te pusiste las otras seis.

—Lo dices como si fuera un mártir. Yo también intento ganar algo. Si la droga produce efectos, puede que me haga lo suficientemente inteligente para salvar mi negocio... Vamos a acostarnos. Los peces pican al amanecer. Si hay algo más que deseas saber sobre el sexo, pregúntaselo a tus amigas.

—Lo que me interesaba, papá, era el amor, y de verdad que me ha costado mucho sacártelo. Leí mucho sobre el sexo en un libro que ayer mamá dejó en la mesita de café.

—¿Qué libro era? —Dorsey hizo que su pregunta pareciera casual.

—Los 120 días de Sodoma, papá. Es realmente claro.

—No es el libro que yo hubiera recomendado a un muchacho —dijo Dorsey—, ni a un anciano... Vamos a acostarnos.

Mientras subía la cremallera del saco de dormir de Marlon, el muchacho le miró sonriendo.

—¿Te duele la cabeza, papá? ¿Se te nubla la vista?

—Mi vista está nublada y mañana tendré dolor de cabeza, pero no a causa del Hexagon Seis. Me hace menos efecto que las píldoras de azúcar. Buenas noches, hijo, y felices sueños.

Marlon no contestó y Dorsey se metió en su saco y miró hacia el cielo, visible por debajo del techo de la tienda. Recordó que según los astrólogos, el paso del Zodíaco estaba saliendo de Piscis y entrando en Acuario y se preguntó si Jesucristo habría nacido en el comienzo de una nueva era zodiacal. Si era así, no había ninguna diferencia, porque el destino del hombre no estaba en las estrellas sino en él mismo.

—Buenas noches, querido padre, y que los ángeles velen tu descanso.

Como un eco de sus propios pensamientos, la voz de Marlon, una octava más grave de lo normal, le hizo sonreír. El muchacho había heredado la facilidad de su madre para citar a los poetas sin dar crédito al contenido.

—Que tus sueños no se turben por el pálido espectro de la muerte —continuó la voz del muchacho, baja y rápida—, porque existe un destino desconocido en tu filosofía que te conducirá hasta el final.

Vagamente Dorsey se dio cuenta de que su hijo había sintetizado sus palabras en retazos y frases de Hamlet y, soñoliento, pensó que si no iba a ser un profeta quizá llegara a ser un actor. Después se durmió.

Cuando comenzó a amanecer, despertó sin dolor de cabeza y, en media hora, entre Marlon y él habían pescado suficientes truchas para el desayuno. Más tarde pasearon juntos por la orilla del lago, lanzando el anzuelo y recogéndolo ociosamente, hasta que Marlon, un poco aburrido, pidió permiso para escalar un pico cercano. Dorsey se lo concedió, tanto por la confianza que tenía en la habilidad del muchacho para arreglárselas por sí mismo, como porque deseaba estar solo para pensar.

Los problemas humanos parecían diferentes mirados desde lo alto de una montaña.

Dorsey podía ver su futuro tan claramente como podía analizar sus errores pasados. Si Marlon moría mañana, el experimento del Hexagon Seis sería un éxito científico. Los cristales orgánicos habían permitido al cerebro del muchacho registrar sus recuerdos subconscientes y organizarlos en patrones coherentes, como lo había hecho la noche anterior al sintetizar las líneas que Liza le había leído de Hamlet.

Lanzando el anzuelo perezosamente al lago, Dorsey recordó la aparente obstinación de Liza en dejar el libro de Sade encima de la mesita de café y lanzó la mosca veinte metros más allá de su distancia habitual. Por consentirla le había llamado manipulador. Por pensar con claridad y objetividad le había acusado de ser frío.

Ahora, en su momento de triunfo, cuando acababa de abrir una puerta para toda la humanidad y empujado a su hijo literalmente por ella, Liza renegaba de él llamándole filicida e inmoral.

No era un filicida ni un inmoral. Siempre protegería y guiaría a su mujer e hijo teniendo en cuenta los mejores intereses de ellos, pero los resentimientos de Liza nunca le permitirían entender sus acciones, aunque en el fondo era mejor que no las entendiera. Keene se había equivocado al pensar que una mente superinteligente podía carecer de moralidad, pero había acertado al decir que la moralidad era diferente según el punto de vista.

Marlon podía aprender. Hasta el complejo de Edipo del muchacho podía llegar a convertirse en un bien público, pero Sade no era el profeta del nuevo mesías. Era más verosímil que lo fuera otro francés: Teilhard de Chardin.

Existía un destino preparado para el muchacho y Dorsey sabía cómo hacer que lo encontrara. Pero primero tenía que afianzarse en su papel de padre y eso le enfrentaba con una tarea desagradable. A pesar de su alejamiento actual, tendría que censurar a Liza por haber dejado el libro de Sade exactamente donde le había dicho que no lo dejara, en la mesita de café.

- Capítulo V -

Era casi medianoche cuando llegaron a casa. Marlon se dirigió rápidamente a su habitación para irse a la cama, mientras Dorsey cruzaba el vestíbulo hacia la habitación de Liza. Se veía luz entre las grietas de la cerrada puerta. Entró sin llamar y la encontró leyendo en la cama.

—Deberías llamar antes de entrar.

—En esta casa entro y salgo como me da la gana.

Por un momento en sus ojos brilló cierto interés al notar su ira contenida.

—¿Qué tal han ido la pesca y la charla? —dijo en tono conciliador.

—La pesca no tiene importancia. Mi charla debió parecerle una película de Doris Day. Como había predicho, dejaste ese libro en la mesita de café y nuestro infatigable lector lo vio y lo leyó.

—Te equivocas. Lo dejé inadvertidamente en la mesita, pero fue menos de media hora. Cuando me iba al mercado me acordé y regresé rápidamente para recogerlo.

Estaba exactamente donde lo había dejado.

—Marlon dice que lo ha leído, y todavía no está lo suficientemente educado para decir mentiras.

—Ya sabes cómo «lee» las cosas. Quizá lo haya hojeado, pero es imposible que lo haya leído.

—Ha leído lo suficiente para que las cosas normales le parezcan tan interesantes como un encuentro entre Mujercitas y los Boy Scouts.

—No eches la culpa de tu falta de versatilidad a Sade. ¿Quieres hacer el favor de salir? Estoy tratando de leer algo para dormirme.

Había vuelto a «Descubra sus poderes subconscientes», advirtió Dorsey, lo que significaba que estaba luchando con los deseos de beber. Dando media vuelta, caminó hacia la puerta.

—Me estás echando de la habitación. Considero tu actitud como un cheque en blanco para que haga lo que quiera. Dejaré mi número de teléfono de San Francisco en la libreta de la entrada. Llama si hay algo urgente. En caso contrario, podrías sentirte molesta si contesta una mujer. No necesitas llevarme al aeropuerto por la mañana. Dejaré mi coche en el aparcamiento.

Su cara tenía unas líneas de hostilidad que no sentía realmente cuando cerró la puerta y se dirigió a escribir el número de teléfono de su hotel en la libreta. Su estancia en San Francisco sería tan carnal como la pasada en una cartuja, pero la imaginación de Liza la obligaría a beber. La bebida reavivaría sus sentimientos de dependencia. Antes de medianoche le llamaría llena de remordimientos y habría una reconciliación respaldada por promesas de fidelidad eterna.

La crueldad de esta noche restablecería la armonía que necesitaba para

concentrarse en su trabajo. Liza no tenía el monopolio de los sentimientos de dependencia. El necesitaba su ayuda para que sus opciones fueran reales, porque su amor era la llave maestra de todos sus planes para el futuro.

Michael Halloran le había invitado a comer, así es que Dorsey escuchaba sus consejos. Como comprador de la gran cadena farmacéutica Big Deal no era obligado que Halloran pagara y el lujoso restaurante ajardinado prometía una comida cara. Halloran estaba en el segundo martini y Dorsey en el segundo whisky con leche. La vista del Pacífico entre el Golden Gate y el puente atraía a Dorsey casi tanto como el motivo de la generosidad de Mike. Obviamente, la hospitalidad del comprador no estaba basada en las comisiones que Big Deal realizaba vendiendo el Memorazine.

—Se llama autoderrota —estaba diciendo Halloran—. La gente con mala memoria no puede recordar «Memorazine», pero en el momento que piensan «no puedo recordar el nombre» se acuerdan de Rekordar. Existe un sutil punto psicológico que Berkeley-Johns no ha pasado por alto. La gente que está avergonzada de su memoria nunca dice «no me acuerdo», sino «no puedo recordarlo». Siente que así alivia en algo su desgracia.

Aceptando su opinión con cierta duda, Dorsey movió la cabeza.

—Mi mujer nunca aprobó el nombre.

—Tus publicitarios habrían sido geniales en mil ochocientos noventa.

—El anuncio estaba dirigido a los farmacéuticos.

—Quizá vendas algo a los farmacéuticos. Quizá sean los únicos que compren algo.

Rekordar se vende más que el Memorazine en una proporción de veinte a uno.

Hacía unas horas que Dorsey había hablado con Pacific Drugs, su distribuidor para los farmacéuticos independientes de California y que al igual que Big Deal, manejaba ambos productos. Las cifras que le habían dado coincidían con las de Halloran.

—¿Has pensado en subir el precio para darle al Memorazine un atractivo de producto de categoría?

—El precio al minorista lo establece el que tiene la licencia —dijo Dorsey—. Los de Houston recuerdan las investigaciones de Kefauver sobre los aumentos de precio realizados por las firmas farmacéuticas.

—Quizá puedas recortar el precio al por mayor y dar a los farmacéuticos un margen de beneficios mayor. Eso les motivaría mucho más rápidamente que la imagen de un caluroso, amistoso —y chapucero— consejero familiar.

Halloran había estudiado la publicidad del Memorazine, pensó Dorsey, pero no era de su incumbencia como comprador analizar las técnicas de ventas de dos compañías competidoras cuando trabajaba con ambos productos.

—Existe un margen de siete dólares entre mis costes de fabricación y el precio al

por menor, tú te llevas el treinta por ciento, el farmacéutico el cincuenta y cinco y yo el quince por ciento. ¿Qué puedo recortar? Lo que los de Houston quieren es competencia, aunque sea de una forma igualada.

—Pero tus anuncios no son competitivos —comentó Halloran—. Se dirigen a un tipo de gente equivocado con un punto de vista equivocado también. Tu llamamiento a los ancianos hubiera tenido éxito si el Medicare pagara las medicinas. Pero la gente que vive de una pensión no paga nueve pavos, más los impuestos, por cien tabletas.

—No es un llamamiento mío —dijo Dorsey—. La agencia realizó el trabajo.

—No me menciones nombres, como el de Cullihane-Hunter, por ejemplo. El humor no vende píldoras. En la publicidad actual, hay que utilizar la televisión y hay que dirigirse a la juventud.

—Voy a cambiar de agencia —dijo Dorsey.

—Deberías ver a mi hermano Kevin ya que estás en la ciudad. Dirige una pequeña agencia, Halloran y O'Hara, que se ha especializado en productos farmacéuticos.

Podría vender localmente el Memorazine con anuncios en la televisión llamándole, por ejemplo, la píldora para hacerse «más inteligente». Ni tú ni Berkeley-Johns la habéis lanzado desde ese ángulo.

Dorsey sabía ahora por qué Halloran le había invitado a comer. Estaba promocionando la agencia de publicidad de su hermano en la que, sin ninguna duda, tenía algún interés y hacia la que encauzaba a los clientes poco satisfechos, utilizando la influencia de su propio poder como comprador.

Consciente de esta influencia Dorsey habló.

—Tenemos prohibido por contrato una publicidad basada en una alegación de ese tipo, pero estoy interesado en tu hermano. Me quedan algunas semanas con Cullihane-Hunter. Así está la cosa.

—Tengo una tarjeta suya por casualidad.

Dorsey sacó su agenda.

—Mejor dame su nombre, dirección y número de teléfono. Puede que finalmente ésta haya sido una comida provechosa.

«Pero no para los hermanos Halloran», pensó Dorsey. Los comentarios de Mike le habían dado una idea que sería definitivamente inútil para los tres grandes distribuidores o para cualquier gran cadena farmacéutica como Big Deal.

—A propósito, Mike, me gustaría realizar una pequeña campaña de base. ¿Tienes una lista de tus farmacias con la dirección de sus almacenes?

—Naturalmente. Pásate por mi oficina. Pero un hombre solo y desalentado no podrá vencer el ataque de Berkeley-Johns.

Dos manzanas más allá de la oficina de Halloran, Dorsey recogió una lista similar de Pacific Drugs con la misma excusa, y caminó hacia una calle lateral, tirando la

relación de entrevistas de Anglen a una papelería. Todas las citas de Anglen eran con distribuidores, un jefe indio entrevistándose con otros jefes indios. Lo que necesitaba el Memorazine era un bravo con su tomahawk.

Al otro lado de la calle vio una tienda de la cadena Big Deal. Mirando la dirección en la lista encontró el nombre del farmacéutico en jefe y cruzó, dirigiéndose a la tienda. Una vez dentro preguntó a una de las muchachas si podía ver al señor Eliot y le dio su tarjeta. Ella la miró, reconoció el nombre de la compañía, vio que era el presidente, y condujo a Dorsey al departamento de recetas para presentarle al señor Eliot.

Alto, delgado y con aspecto fatigado, el señor Eliot le estrechó la mano y se excusó largamente por tener que terminar de preparar una receta. Mientras esperaba, Dorsey vio sobre la mesa una fotografía de una mujer y dos niñas.

Cuando Eliot regresó, Dorsey le preguntó:

—¿Su familia, señor Eliot?

—Sí, señor.

—Un trío encantador. Yo también tengo mujer y un hijo en Los Angeles. En este momento estoy preocupado por su bienestar. El señor Halloran me dice que el Memorazine no se vende bien.

—No, señor. Rekordar ha inundado el área con tanta publicidad, que Memorazine se ha perdido en el tumulto.

—Es el problema que se plantea cuando una pequeña compañía con un presupuesto de publicidad limitado se enfrenta con el dinero del este. Los ricos se hacen más ricos.

—Recomendaría si pudiera el Memorazine, señor Clayton, pero no puedo, porque es el mismo producto al mismo precio. Naturalmente, cuando se me acaba el Rekordar les hablo del Memorazine.

—Pensaba que el señor Halloran les tendría bien surtidos de un producto de tanta venta.

—No hay quien le saque un pedido urgente. Nunca está por aquí. Su sobrino se encarga de los embarques, y no puedo decirle nada porque es pariente del jefe.

—Halloran se ocupa en exceso de su familia —dijo Dorsey—. Pasa más tiempo solicitando clientes para la agencia de publicidad de su hermano que atendiendo sus propios negocios. Naturalmente lo entiendo. Yo también me ocupo de mi familia y estoy seguro de que usted lo hace igualmente. Pero también somos hombres de negocios y me parece absurdo pagar a un distribuidor ciento cinco dólares para que entregue una caja de cincuenta frascos de Memorazine al farmacéutico que tiene que venderlo, cuando una agencia de repartidores de paquetes haría lo mismo por un dólar.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Clayton.

—Llámame Dorsey.

—De acuerdo. Yo soy Bill.

—Si pudieras evitar a Halloran y hacer tus pedidos directamente, Bill, podrías recibir los ciento cinco en efectivo si lo prefieres. El gobierno es otra organización que cobra demasiado por sus servicios.

—Puedo hacer los pedidos directamente, Dorsey. Lo que Halloran desconoce no puede molestarle, y a mí tampoco, siempre que no lo descubra. Tengo treinta y siete frascos de Memorazine promocionados por Big Deal, pero cuando venda esos...

—Guárdalos, Bill, pero véndelos despacio, pongamos unos cuatro de los tuyos por uno de Halloran. De este modo tu cuenta con Big Deal será normal. Rekordar hará que la familia Halloran sea feliz y Memorazine contribuirá un poco a que también lo sea la Eliot.

Eliot reflexionó unos instantes.

—Lo mejor es que yo pague los pedidos con un cheque personal realizando los descuentos de la cifra total.

Comprando directamente bajo cuerda, Eliot podía ganar doscientos noventa y siete dólares y medio, libres de impuestos, por cada caja de Memorazine, y era cuestión académica preocuparse de si el dinero provenía de Dorsey o de la caja registradora.

—¿Cómo no se me había ocurrido, Bill? Simplemente me mandas el cheque por correo a esta dirección y al día siguiente recibes la mercancía.

Después de darle a Eliot su tarjeta comercial sólo le quedaban a Dorsey diecinueve más. Antes de las cuatro y media, trabajando en la parte baja de la ciudad, había repartido todas sus tarjetas después de haber visitado veintitrés farmacias. Cuatro hombres rechazaron su proposición, tres por timidez y uno por alguna oscura dificultad ética; pero el saltarse a un distribuidor no era, para Dorsey, algo poco ético, a no ser que el distribuidor fuese el dueño de la tienda. En ese caso el problema ético lo tendría el farmacéutico, no Dorsey, y pronto comprendió que era un problema prácticamente inexistente. Muchas cadenas tenían detectives en las tiendas para impedir dichas prácticas, pero una compañía que espíase a sus empleados también podía ser condenada por prácticas poco éticas.

Regresó a su hotel y llamó a la señorita Weber para decirle que le enviara doscientas tarjetas comerciales. Cuando le explicó lo que estaba haciendo ella sólo comentó:

—¿Y no se preocuparán sus distribuidores cuando se enteren, señor Clayton?

—Si algún farmacéutico se va de la lengua se metería en el mismo lío que yo, y una vez que mi campaña personal consiga una fuerte demanda de Memorazine los distribuidores también vendrán a rogarnos que se lo vendamos.

Durante la cena, Dorsey se olvidó de su úlcera y pidió un martini seco antes de la

comida, sintiéndose agradablemente relajado. Si Liza se enteraba de sus actividades las desaprobaba, importándole el manipular a la gente, especialmente si estaba algo vacilante por la borrachera a la que sus maquinaciones debían de haberla arrastrado. Pero se sentía benigno. En la gran cofradía de ratas enjauladas se sentía encantado de ayudar a sus hermanas a agujerear sus jaulas, especialmente cuando ellas también le ayudaban a agujerear la suya.

Más tarde, en su habitación, se sentó a planear su itinerario del día siguiente.

Podría visitar treinta y dos tiendas, ya que no recibiría sus tarjetas antes de las nueve y media de la mañana. El miércoles, si dedicaba todo el día al trabajo, podía cubrir cuarenta. Con una guía telefónica y un mapa de la ciudad, más las dos listas que había recogido, estaba realizando un verdadero mapa económico con las localizaciones de las farmacias. Entonces sonó el teléfono.

Miró el reloj de pulsera. Eran las diez y media y Liza le llamaba. La soledad, el aburrimiento y quizás algunos traguitos habían ablandado su hostilidad.

Sus manos temblaban ligeramente de ansiedad cuando descolgó el teléfono.

—¿Sí, querida?

Era Marlon.

—Papá, ha ocurrido algo malo. Mamá se ha caído y no puede levantarse. Parece como si estuviera muerta, papá.

—Cálmate, Marlon. ¿Dónde está?

—En el suelo, frente a la puerta de la habitación. ¿Qué hago, papá?

—¿Estás llamando desde arriba?

—Sí.

—Escucha, hijo. No cuelgues el teléfono, déjalo sobre la mesa. Vuelve donde está tu madre. Comprueba si respira y mira a ver si huele a algo. Entonces regresa rápidamente a decírmelo.

Oyó cómo el muchacho dejaba el teléfono y, después de unos segundos interminables, Marlon regresó.

Respira, papá. Huele como olías tú el otro día en las montañas, pero más fuerte. Es whisky, papá.

—Tu madre se pondrá bien. ¿Ha ocurrido algo especial hoy que haya podido preocuparla?

—No, papá, pero estaba preocupada. Me llevó a la biblioteca para sacar algunos libros, como tú dijiste, y quería entrar y rellenarme la tarjeta, pero le dije que podía hacerlo solo y que después volvería a casa andando. No está más que a seis manzanas, papá. Pero cuando me bajé del coche, no se fue. Se quedó sentada ante el volante diciéndome adiós con la mano y cuando yo le devolví el saludo desde lo alto de las escaleras vi que estaba llorando. Después, cuando llegué a casa, sus ojos estaban embotados y dijo que le dolía la cabeza y que no iba a comer nada.

Papá, ¿le has puesto también a mamá la droga esa?

—No, hijo. Todo parece indicar que tu madre está dormida.

—Pero, ¿por qué lloraba, papá?

—Cuando te vio subir solo las escaleras, se dio cuenta de que estaba diciéndole adiós a su bebé.

—Pero, papá, no soy un bebé. Ni siquiera Colleen es un bebé.

—Ya lo sé, hijo. Tú también lo sabes. Pero las mujeres son diferentes... Has hecho muy bien en llamarme. Eso quiere decir que estás pensando correctamente. Ahora voy a pedirte que hagas algo más. ¿Crees que puedes levantar a tu madre sin hacerle daño?

—Papá, puedo levantarte a ti.

—Estoy seguro de que sí, hijo. Ahora vete a llevarla a su habitación y ponla encima de la cama. Quítale los zapatos y las medias, estírale el vestido y ponle una manta de las de mi cama. No le cubras la cara para que pueda respirar con facilidad. Se despertará por la mañana y lo único que tendrá será dolor de cabeza.

—Está bien, papá. Dime, ¿mamá duerme a menudo en el suelo?

—Algunas veces. Pero estará bien. Son casi las once. Después que la lleves a su cama, te vas también tú a dormir. Ya terminarás de estudiar mañana.

—Ya había acabado, papá.

—Estupendo. Entonces, buenas noches y que duermas bien.

Sintiendo disgusto y compasión por Liza, y ansiedad por el muchacho, Dorsey colgó. Hubiera deseado que Liza simplemente se bajara del tren, no que se tirase de cabeza. Unas cuantas exhibiciones de ese tipo podían hacer que el muchacho aborreciera a todo el sexo femenino conduciéndole al Hollywood Boulevard con una pancarta a favor del Movimiento Gay.

Consciente de que el día llegaba a su fin, Dorsey recogió sus papeles y se preparó para meterse en la cama, tratando de entender cómo debía sentirse Liza cuando Marlon entró solo en la biblioteca. Quizá no era únicamente el descubrir que decía adiós a su bebé, sino también que había perdido su razón de ser. Si necesitaba un niño como sustituto la llamaría por la mañana y se ofrecería de voluntario.

El también necesitaba consuelo, al menos sus consecuencias periféricas, y podía expresar su necesidad por deducción. Únicamente por deducción. En la noche más oscura de su espíritu tendría que estar solo, porque si desnudaba sus más recónditos temores, media hora de intensidad y confidencial comunicación con Liza podría provocar su ingreso en Camarillo.

Después del desayuno, mientras esperaba que le llegaran las tarjetas, Dorsey llamó a su casa.

La voz de Liza, cautelosa y alerta, contestó:

—Residencia de los Clayton.

—Liza, ¿estás bien?

—Naturalmente, querido.

—Me has llamado querido.

—Parecías tan preocupado que me emocioné.

—Liza Clayton, ¿me vas a sacar de la perrera?

—No puedo concederte el indulto, cariño, hasta que te hagas un análisis de sangre.

Has pasado la noche en San Francisco.

—Solo, querida. Muy solo... Cariño, no quiero verte nunca más a dieta de agua.

—Ahora, dime, ¿cómo sabes que la he abandonado?

—Marlon me llamó anoche. Él solo me puso una conferencia. Imagínate.

—Para decirte la verdad, ayer estaba bastante cargada. Es un soplón.

—Te caíste cuando ibas hacia el vestíbulo. ¿Llegó a acostarte?

—¡Dios mío! ¿No me acosté yo sola?

—No, te quedaste en el suelo, en la puerta de la habitación. Le dije que te echara en la cama, te quitara los zapatos y medias, y que...

—¡Oh, no, Dorsey! Llevaba pantis.

—Bueno, le he estado repitiendo que las mujeres son diferentes. Ahora ya lo sabe.

—Espero que no haya mirado mucho. Pero siendo tu hijo... ¿Cómo van los negocios?

—Formidables. Estoy recorriendo todas las farmacias para intentar aumentar su interés en el Memorazine, y ahora que sé que lo hago por una rubia con sabor a alcohol, haré que San Francisco arda.

—Buen chico. ¿Te cuidas la úlcera?

—Tú me la acabas de curar.

—Todavía no, pero lo haré cuando vuelvas a casa. Te estoy preparando una sorpresa que te va a dejar boquiabierto. La mejor desde antes de nuestra boda.

—¿Me vas a enviar a tus muchachas para que pruebe sus aptitudes?

—He abandonado la idea. Esas aficionadas no podían competir. Pero no voy a decirte mi secreto. Quiero que mantengas tu entusiasmo y lo consagres a los negocios. Te amo, pero cuelga. Tengo que hacer algunas llamadas.

—Cuelga tú. Te amo. ¿Cómo va tu dolor de cabeza?

—No tengo ni sombra de dolor de cabeza. Ahora, cuelga.

Un botones estaba llamando a la puerta para entregarle las tarjetas y Dorsey colgó.

Después de haber prevenido a Liza, Dorsey voló hacia su casa el viernes por la noche. La luz del porche estaba encendida cuando aparcó el coche y Liza, en camisón y bata, abrió la puerta y le abrazó. El olor a whisky la rodeaba, tan agradable como un

extraño perfume.

—¡Dios! Te he echado mucho de menos —dijo, caminando junto a ella hacia el salón—. Quise llegar antes pero tenía que ir a Menlo Park y Palo Alto.

—Debes de estar cansado, cariño.

—Cansado pero feliz —la ayudó a sentarse en uno de los taburetes del bar y comenzó a preparar unas bebidas—. Cuando me privas de tu suave y amoroso contacto me siento afixado.

—Estaba muy confundida, Dorsey, pero lo he comprendido. Ahora sé que lo que hiciste requería un extraño valor. Qué aterrador y solitario debe de haber sido para ti descender solo a los infiernos, mientras que una bruja borracha profería maldiciones desde la orilla.

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de actitud? —le pasó un whisky con agua en el que los cubitos de hielo apenas flotaban.

—¿Qué dirías de una aparición? —preguntó ella—. Pongamos que un brillante ángel me visitó durante el sueño.

—Me parece un poco extraño, pero brindemos por los ángeles brillantes.

Chocaron sus vasos.

—Ahora, dime qué pasó —dijo Dorsey.

—Marlon fue a la biblioteca el lunes. Cuando atravesó el umbral sentí que había perdido a mi hijo por una biblioteca. Así es que volví a casa muy deprimida y me puse a beber. Pero sabía que el tratamiento que estabas llevando a cabo con el Hexagon Seis estaba teniendo éxito y cuando me desperté el martes, hice un examen de conciencia. En realidad había estado intentando que el chico dependiera de mí.

—Pero yo todavía te necesito.

—Creo que lo sabía, Dorsey. Algunas veces he visto una mirada vencida y atormentada cuando tu sonrisa desaparecía. Sé que me deseabas, y a una mujer le gusta que la deseen; pero también quiere que la necesiten. Y tú siempre tenías la razón, y, además, eras brillante y honrado.

—Sólo te estabas fijando en el aspecto exterior —dijo él—. Recuerda que una úlcera es el grito que un hombre fuerte y silencioso lanza porque necesita amor, como decía tu libro.

—Encontré a Marlon hojeando ese libro el miércoles y le pregunté qué le parecía.

«Una mezcla de Freud, mamá, animada con el optimismo que Voltaire apuntaba en Cándido». ¿Te imaginas a nuestro hijo diciendo eso? —sonrió.

—Recuerda los nombres de sus enciclopedias.

—Quizá no, Dorsey. Puede que lo haya leído, porque a veces pienso que actualmente lee con una rapidez increíble. Lo sabremos el martes.

—¿Por qué el martes?

—Es un secreto. Lo he arreglado todo para que entre en el colegio Van Ellen y le

están haciendo pruebas desde el miércoles. El sábado es el último día. Analizarán las pruebas el lunes.

—Dios te bendiga, Liza.

De repente se sintió tan aturdido por lo bien que todo salía que estuvo a punto de echarse a llorar. Dejando su vaso sobre el bar se acercó y la abrazó, escondiendo la cara en su pelo hasta que logró controlarse.

Una guerra cruel acababa de terminar.

—Querido, debes de estar cansado con todo lo que has andado. Ven, te prepararé un baño y te ayudaré a acostarte.

Haciéndole creer que necesitaba su ayuda, le pasó un brazo por los hombros, y mientras pasaban ante la puerta del cuarto de Marlon, recordó los honorarios que Van Ellen cobraba. Ahora tendría que recorrer Los Ángeles, farmacia por farmacia, y sintió escalofríos al pensar en la extensión de la ciudad.

Liza adivinó sus pensamientos.

—Y no te preocupes por los gastos, cariño. Puedo vender aquellos bonos que el tío Will me dejó.

Más tarde, echado a su lado después del baño, disfrutando de la languidez del descanso y con las tensiones interiores relajadas, Dorsey comentó:

—Tengo que enseñar a Marlon a conducir. ¿Por qué no vamos de excursión el domingo, a Torrey Pines Park, por ejemplo?

—Estupendo, Dorsey, aunque quizás esté un poco lleno. Pero podremos correr juntos sobre la playa.

Estaban ya casi dormidos, cuando Dorsey recordó algo:

—Liza, ¿dices que no tuviste dolor de cabeza el martes por la mañana?

—Ni pizca. Extraño, ¿no?

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches.

Sus pensamientos comenzaron a disociarse como prólogo del sueño, cuando repentinamente oyó a Liza que le llamaba. Gruñó una respuesta.

—Cariño, ¿creerías que los serafines son lascivos?

—¿Qué?

—El ángel con el que soñé el lunes por la noche. Parecía tan real, bañado por una luz dorada. Una de sus manos me tocó y sonó una voz: «Paz, querida Liza. Hay más cosas en el cielo y en la tierra que lo que se sueña en tu filosofía». ¿Qué te parece, Dorsey? Un ángel que cita a Shakespeare.

—Conducir por una autopista requiere una atención constante —dijo Dorsey a Marlon mientras se dirigían lentamente hacia la autopista de San Diego, un poco después de las ocho de la mañana del domingo. Marlon estaba sentado a su lado observando. En el asiento trasero, junto a la cesta de la comida, Liza tejía un

cubrecama para calmarse de las emociones del sábado por la noche.

Tardaron cinco minutos en llegar a la autopista y dirigirse hacia el sur. Dorsey conectó la emisora de alertas para saber el porqué de la lentitud del tráfico y se enteró de que era ocasionada por un embotellamiento en la confluencia con la autopista de Santa Mónica, tres kilómetros más adelante.

—Los domingos la gente quiere llegar temprano a la playa —explicó a Marlon.

Después de sobrepasar el embotellamiento, Dorsey pudo acelerar hasta alcanzar los cincuenta kilómetros por hora, antes de reducirla de nuevo al pasar por el aeropuerto de Los Ángeles.

—Mira el chiflado ese que va delante de mí —dijo a Marlon—. Le pondría su automóvil por corbata.

—No bajas la ventanilla para insultarle, Dorsey —dijo Liza mientras sus agujas seguían entrechocando—. Los gases del tubo de escape me sofocan.

—Algunas personas también se dirigen temprano a los aviones, papá.

Era obvio que el chico estaba desarrollando un sentido del humor parecido al de su madre, pensó Dorsey.

—Sufre conmigo, hijo. Pronto estaremos fuera de la zona metropolitana de Los Ángeles.

—Y entraremos en la zona metropolitana de Long Beach —dijo Liza.

En el interior a prueba de sonidos, las bromas de Liza eran casi tan insoportables como el clic-clic de sus agujas. Y la verdad que contenían no ayudaba a hacerlas más llevaderas. Le costó una hora atravesar los cruces de la zona de Long Beach.

—Papá, si llegamos tarde para la comida del mediodía, siempre podremos hacer una cena campestre.

—Con esa potencia de razonamiento, sabihondo, no deberías tener problemas con los exámenes de Van Ellen.

—No hagas caso a tu padre, hijo. Son los nervios producidos por la autopista.

—Liza, ¿podrías dejar de hacer sonar esas malditas agujas?

—Querido, hacer punto realza mi imagen de esposa y madre.

—Ya has hecho la escena. Ahora busca en la bolsa de costura y saca tu botella.

—Nunca he despreciado una invitación —dijo Liza, dejando a un lado el cubrecama y sacando su única herencia familiar, una chata botella de plata que databa de los días de la prohibición.

—Te ofrecería un trago, Dorsey, pero conducir por la autopista a gran velocidad requiere una atención constante.

Les costó cuatro horas cubrir los ciento noventa kilómetros hasta Torrey Pines Park, al norte de San Diego. Cuando llegaron, todas las mesas estaban ocupadas y el policía del aparcamiento les dio un número, indicándoles que tendrían que esperar por lo menos una hora.

Como Liza se contentaba con hacer punto, se quedó vigilando la cesta de la comida, mientras Dorsey se llevó a Marlon a dar una vuelta por el parque. Tras la verja, los árboles, de formas retorcidas a causa de los vientos que soplaban de las altas mesetas, formaban sombreadas grutas, alfombradas con hojas. A cierta distancia, los bosques daban impresión de limpieza y serenidad, pero de cerca el suelo estaba lleno de basura. A pesar de los frecuentes carteles de PROHIBIDO ARROJAR BASURA POR ENCIMA DE LA VERJA, muchos excursionistas lo habían intentado con éxito.

—Cuando era pequeño, Marlon, podía ir durante varios días de caza por bosques como éstos sin encontrar a una sola persona.

—Eso debía de ser fantástico. ¿Y qué ha pasado?

—La explosión demográfica ha superpoblado el planeta. ¿Ves aquella mesa?

Dorsey señaló una de las mesas donde un hombre de cara colorada estaba bebiéndose una cerveza mientras engullía un bocadillo de salchichón. A su lado, embarazada, una mujer de aspecto triste rumiaba un perrito caliente, y alrededor de la mesa, cubriéndola por todos los lados, había seis niños de edades que oscilaban entre los quince y los siete años. Cada niño tenía un transistor pegado al oído.

—Ahí está la causa y el efecto, alienación. Lo que este país necesita, hijo, es un contraceptivo radiactivo.

En lugar de preguntar a Dorsey el significado de sus palabras, Marlon hizo una mueca.

—Pero eso es amor romántico, ¿no es cierto, papá?

—Algunas personas lo llaman amor. Yo prefiero llamarlo fornicación.

—¿Por qué no matan a algunos, papá?

—Por dos razones: el asesinato no está bien considerado en la mayoría de los círculos sociales, y tampoco está muy claro quién decidiría los que tienen que morir y los que deben vivir. En la antigüedad sólo sobrevivían los más aptos, pero ya no es así.

Caminaron a lo largo de un paseo que conducía a los acantilados y llegaron a un lugar protegido por barandillas con una vista maravillosa, de donde partía una escalera de madera que llevaba hasta la rocosa orilla que se encontraba a sus pies.

Hacia el sur la rocosa costa se dirigía a la punta de la Jolla. Hacia el norte la arena era prácticamente invisible bajo una masa de gente que se bañaba o que tomaba el sol.

—Liza pensaba que podríamos correr por la playa, pero mira toda esa gente, moviéndose como gusanos alrededor de una llaga.

—Papá, ¡qué metáfora tan nauseabunda!

—Estás aprendiendo a lanzar las palabras como tu madre, ¿tuviste algún problema para acostarla el lunes por la noche?

—No. Apuesto a que no pesa mucho más de cuarenta y cinco kilos.

—¿No encontraste dificultades al quitarle las pantis?

—No podía abrirlas. No tienen cremallera como mis pantalones.

—Entonces viste a tu madre desnuda.

—Sí.

—Bueno, pues ya sabes por qué digo que las mujeres son diferentes. Pero no se supone que se descubra mirando a la madre.

—No lo descubrí así, papá. Vi las láminas de ese libro que Alan Page te regaló en la cena homenaje.

—¿Tocaste a tu madre?

—Sí, papá. Me dijiste que la cogiera en brazos y le quitara los zapatos y las medias.

—¿Cómo conseguiste el libro ése?

—Mamá abrió el cajón para que lo viera... Dime, papá, ¿hay lapas en las rocas de ahí abajo?

—¿Por qué no vas a verlo?

Después de observar cómo el muchacho bajaba las escaleras, Dorsey se volvió y regresó al área de espera, sentándose junto a su laboriosa mujer.

—Marlon se ha ido abajo, pero me ha dicho que le dejaste ver el libro de desnudos que Alan me regaló.

Sin perder un punto, Liza contestó:

—Si, así fue.

—Podría considerar lo de Sade como un accidente, pero esto es inexplicable.

—Ya que le habías dado una pequeña conferencia sobre sexo, creí que debería completarla con métodos visuales. Su mente devora las realidades, así es que su coeficiente de inteligencia no me preocupa en absoluto. Pero siento inquietud hacia su Rorschach. Tiene diecisiete años y ni siquiera mira a las chicas. Además, y es una cita, «ese libro es artístico».

La preocupación de Liza calmó su ira, pero despertó su propia preocupación.

—¿Hay algún caso de homosexualidad en tu familia? —preguntó Dorsey.

—Diría que no. Mi abuelo fue ahorcado por violación, y mi hermano menor siguió sus pasos.

A pesar suyo, rió. Liza no tenía hermanos.

—Te confieso que yo también estoy preocupado.

—Quiero que hables con Van Ellen sobre esta parte de su personalidad. No está interesado por las chicas, pero gracias a Dios, tampoco lo está por los chicos. No está interesado por nadie, punto. Parece que sólo le interesan las ideas, como en gran parte ocurre con su padre.

—Pero éste tiene el amor de su madre.

—Él viene ya equipado con un botón para el amor, Dorsey. Lo empuja y aparece un típico jovencuelo de California. —De repente dejó de tejer—. Pero a veces tengo la extraña sensación de que Marlon no es típico en nada.

La campaña de contacto directo de Dorsey para aumentar las ventas del Memorazine encontró una acogida crítica en la oficina. El contable le hizo ver que no había deducido de la comisión de los farmacéuticos el costo del envío postal. La señorita Webber dijo que tendría que contratar algunas mecanógrafas para la facturación y el encargado de los embarques necesitaría otro ayudante de carga si el plan tenía éxito. Después de considerar todos los costes potenciales, su nuevo margen de beneficios revelaba que tendría que incrementar en treinta mil dólares su total de ventas mensuales para poder pagar la educación de Marlon en el colegio Van Ellen.

Tristemente comprendió que sus caminatas por San Francisco habían sido únicamente un precalentamiento para las que le esperaban en Los Angeles. Y un costo adicional que todos olvidaban iba a ser el de sus zapatos.

Pero antes de lo que esperaba llegó una solución parcial a sus problemas financieros. El martes por la mañana Liza le telefoneó a la oficina.

—Dorsey, acaba de llamarme Charles Van Ellen. Quiere que vayamos mañana a su oficina para hablar con nosotros. No va a aceptar a Marlon en su asqueroso colegio.

- Capítulo VI -

El miércoles por la mañana, Liza condujo a Dorsey hasta el final de una ventosa ladera de Beverly Glen, ante una residencia de estilo georgiano, rodeada de árboles y con un campo de juegos en la parte trasera, que albergaba el centro de educación especial Van Ellen. Aparcó en un paseo circular ante la puerta de entrada y le precedió por las escaleras. Al llegar a lo alto hizo una pausa antes de llamar al timbre.

—No olvides el Rorschach de Marlon.

Una mujer bien arreglada de unos treinta y cinco años, que llevaba una bata y una cinta blanca en su negro pelo, contestó la llamada. Sonriendo, saludó a Liza por su nombre y les invitó a pasar.

—Tú debes ser Dorsey. Yo soy Grace.

Liza se la presentó como la doctora Grace Aldine, miembro del personal de la institución, y Grace explicó que era la guardiana de la puerta porque su oficina, un antiguo guardarropa, era la que quedaba más cerca.

—Charles os espera en el estudio —añadió—. Hasta luego.

—Todo el mundo se tutea por aquí —explicó Liza mientras caminaban por el vestíbulo—, como en los Alcohólicos Anónimos. Tratan de mantener una atmósfera hogareña.

—Menudo hogar —comentó, admirando los papeles y tapices que colgaban a lo largo del vestíbulo.

Después de pasar una miniatura en mármol del David de Miguel Ángel, Liza abrió una puerta sin ninguna ceremonia.

—Aquí estamos, Charles.

El hombre que se levantó y salió de detrás de su mesa para saludarles parecía más un instructor de educación física que un psicólogo. Llevaba pantalones vaqueros y su polo amarillo resaltaba los músculos. Tras su escritorio, una librería cubría la pared de más de tres metros y medio de altura, y cerca de la ventana había un monitor de televisión portátil.

La mata de ondulado cabello castaño de Van Ellen, más bien largo, y sus vivos ojos grises, le daban un aspecto juvenil a tono con su reputación internacional. En persona, Van Ellen carecía de la pomposidad que Dorsey creía haber detectado por teléfono, y mostraba una actitud abierta y amistosa.

Un hombre tan atractivo, tan realizado, y tan genuinamente interesado en su trabajo le parecía a Dorsey un poco fraudulento en el ambiente de Los Angeles.

—Liza y Dorsey, éste es un colegio para niños especiales, pero para mí, el término «especial» es redundante. Todos los niños son especiales, aunque Marlon es el más especial de lo especial entre los especiales.

«En qué aspectos», se preguntaba Dorsey, mientras Van Ellen se sentaba de nuevo

en su sillón giratorio, después de haberles indicado dos sillas Luis XV colocadas frente al escritorio. Echándose hacia atrás, se dio unos golpecitos en la frente como si quisiera ordenar sus pensamientos.

—La primera norma en el colegio es que todas las pruebas son estrictamente confidenciales, especialmente respecto a los padres de los muchachos que las realizan. ¿Por qué? Todos los resultados de las pruebas son relativos y los mismos métodos nunca son indicios específicos de las habilidades latentes en un muchacho.

Una buena capacidad de juicio que nunca se ejerce es menos efectiva que una capacidad mediocre que sí se utiliza. ¿Entonces, qué es la capacidad de juicio? Mi pregunta es un eco de la de Pilatos «¿Qué es la verdad?». El juicio de Dios es lo que los que poseen un buen juicio dicen que es. Así es que nosotros preferimos no revelar lo que, en sí mismo, no es demasiado revelador. Pero, ¿por qué particularizamos con los padres? La intención del colegio es no permitir que se utilice a los niños como símbolos de categoría. Éste es un establecimiento prestigioso donde el niño lo es todo. No deseamos que los tantos por ciento comparativos de los estudiantes del Van Ellen sean comparados o contrastados en las mesas de bridge o en las cafeterías.

Dorsey comenzaba a sospechar la base de la reputación internacional de Van Ellen.

Su diálogo habría dejado admirado a un escolar chino bien versado en las sutilezas orientales.

—Pero con vosotros, Liza y Dorsey, ya que Marlon no puede ser aceptado aquí, me aproximaré a los límites de la información confidencial.

Mientras hablaba, Van Ellen sacó de su escritorio un fichero marrón. Lo colocó sobre la mesa, frente a él, y se inclinó hacia adelante, pasando fichas.

—Nuestra prueba de información general consiste en cuatrocientas ochenta preguntas de «sí» o «no», y «cierto» o «falso», más veinte preguntas de discusión.

Esto hace un total de quinientas. El nivel máximo de un estudiante en esta prueba de conocimiento general era hasta ahora de cuatrocientas veinte respuestas correctas. En las dos horas destinadas a realizar la prueba, Marlon contestó cuatrocientas ochenta y dos correctamente y ocupó el tiempo que le sobró haciendo flexiones. Donde está más flojo es en los acontecimientos ordinarios. Por ejemplo, no conocía el patronímico griego original de Spiro Agnew, pero en cambio las respuestas a las preguntas de discusión eran verdaderas maravillas de concisión.

Definió la evolución como «un cambio de una homogeneidad indefinida e incoherente a una heterogeneidad definida y coherente». Y yo me pregunto, ¿podría Darwin haberlo hecho mejor?

«Herbert Spencer lo habría hecho exactamente igual» pensó Dorsey, porque esa definición era la de Spencer, pero no deseaba deslucir el extraño entusiasmo de Van Ellen por el estudiante rechazado.

—En el área de apreciación artística, ha dejado asombrado a nuestro experto inglés, la doctora Janet Halder, por sus conocimientos de poesía y literatura.

—Mi mujer le enseñó todo eso —dijo Dorsey—, leyéndoselo.

—Entonces, Liza, tienes una apreciación literaria ecléctica y discerniente, aunque estás un poco floja en el siglo dieciocho inglés...

—Charles, ambos reconocemos los talentos del muchacho para aprender —le interrumpió Dorsey—, pero lo que más me preocupa son sus relaciones con otros chicos y con las chicas.

—Socialmente su actitud es maravillosamente neutral. Entre nuestro personal tenemos un negro, especializado en representación dramática, que en nuestras clases se hace pasar como perteneciente a los Panteras Negras...

—Más exactamente, estoy interesado en sus reacciones físicas...

—Naturalmente. Tengo aquí una película filmada por una cámara oculta que registró su actividad durante una prueba de destreza manual. Es algo fenomenal.

Levantándose, acercó el monitor de televisión hasta situarlo en el campo de visión de Dorsey y Liza.

—¿Las cámaras ocultas no son un procedimiento un tanto...? —preguntó Dorsey.

—En las áreas de la política o de la vida privada, desde luego. Pero los muchachos vienen aquí para ser observados, y eso es lo que hacemos, observarlos. Filmamos su comportamiento cuando están solos y mostramos las películas en los análisis de grupo. Muchas aberraciones de la conducta pueden ser diagnosticadas observando las funciones locomotoras. Hasta una persona inexperta puede reconocer la catatonía con una mirada.

Mientras ajustaba el monitor, continuó:

—Verán a Marlon realizar una prueba de habilidad manual que consiste en colocar unos tarugos rojos y redondos, y otros amarillos y cuadrados en un tablero para formar, siguiendo una secuencia, una estrella, un círculo, un rectángulo, etcétera.

Es una prueba en la que el tiempo se controla. El nivel más alto que se había alcanzado en el tiempo permitido era de cuatro patrones completos. Haciendo trampa, Marlon completó los seis dentro del tiempo previsto. Como la prueba es de habilidad manual y de comprensión del espacio, se podría considerar como una prueba nula, pero Marlon, inteligente bribón, hizo muy bien la trampa. Vamos a observarle.

Van Ellen conectó el interruptor y la pantalla se iluminó mostrando a Marlon sentado a una mesa observando un tablero tachonado de agujeros. Entonces vació una bolsa de tacos y se dedicó a separarlos, cogiendo los amarillos con la mano izquierda y los rojos con la derecha. Cuando acabó, movió los dos montones hacia los lados y empujó el tablero hacia adelante, y simultáneamente fue colocando los amarillos con la mano izquierda y los rojos con la mano derecha. Sus ojos no se movían ni a la izquierda ni a la derecha, pero sus manos obedecían instantáneamente sus órdenes.

—Está utilizando ambas manos —dijo Van Ellen—. Es un ambidextro increíble. Tiene una visión periférica superior.

—Mi marido le enseñó a hacer eso —dijo Liza—, tirándole caramelitos.

Van Ellen desconectó el televisor y se sentó de nuevo tras su escritorio, sonriendo con aprobación.

—Así pues, Liza y Dorsey, sobre la base del ejemplo que acabo de mostraros, no podemos aceptar a Marlon como estudiante, y no creo que esté interesado en convertirse en miembro de nuestro personal. Lo que os propongo es que Marlon permanezca con nosotros como externo y que se matricule en el curso de verano de la UCLA. A causa de la naturaleza experimental de nuestro colegio, recibimos completa colaboración de la escuela de educación de allí. Con vuestro permiso podríamos establecer un curriculum que proporcionaría a Marlon una visión general de varios campos, con la intención de que seleccionara su futura especialidad de estudios. Si su rendimiento merece consideración, puede que le permitan matricularse en el Otoño aunque no tenga el título de bachillerato. Los gastos de admisión serían solamente de doscientos cincuenta dólares y podríamos emplearle como tutor, por lo que se le descontaría la tercera parte. Actualmente sus intereses, más que hacia las ciencias abstractas, tienden hacia lo humanístico: ecología, antropología, economía, biología.

—Eso es una sorpresa, Charles —le interrumpió Liza—. Nunca pareció interesarse en los problemas humanos.

—Posiblemente a causa de la naturaleza abstracta de sus procesos de pensamiento. Tiene la mente más compartimentada que jamás encontré. Quizás hayáis notado una cierta vacuidad de expresión que aparece en él algunas veces, cuando está explorando nuevos circuitos sinápticos para los impulsos de sus neuronas. Nuestro experto en ambientación social, el doctor Fred Garber, ha tratado de que tuviera los ojos enfocados constantemente. Pero no deja de efectuar esas conexiones. Por ejemplo, está considerando la cerámica y las religiones como electivas si le permiten entrar en la UCLA.

—Nunca me habló de eso —dijo Liza.

—Yo también estoy sorprendido —añadió Dorsey—. ¿Cerámica y religión?

—Con la intención de revivir la iconografía bizantina a un nivel artesanal —dijo gravemente Van Ellen.

Para Dorsey, las cerámicas no encajaban con la personalidad total del muchacho y se sentía ligeramente molesto. Cansado de evasivas, preguntó directamente:

—¿Cuál es su actitud ante el sexo?

—Dentro del área del sexo como fenómeno capaz de ser medido, puedo declarar que su libido está establecida en la zona erógena primaria y que sus técnicas manipulativas son potencialmente superiores a lo normal.

—¿Cómo puedes medir la potencialidad sexual, Charles? —dijo abruptamente

Liza.

—Por técnicas cuantitativas establecidas —dijo Van Ellen, y por primera vez hizo una pausa quizá para reflexionar o quizá por compulsión, pensó Dorsey. No era por ninguno de esos motivos. Estaba buscando en su escritorio algunas tarjetas, pero esta vez en un fichero rojo. Entramos de nuevo en el área de información privilegiada, pero vamos a ver... Su duración desde el comienzo del proceso hasta la emisión fue de catorce minutos y veinte segundos. No es un récord escolar para un muchacho de diecisiete años, pero es una marca respetable. Nuestro sexólogo, la doctora Grace, quien actuó como objeto para la libido, da a sus manipulaciones de las zonas erógenas secundarias la calificación de excelente. Su juicio, aunque subjetivo, está respaldado por años de experiencia en este campo. Después de ver las películas, la opinión unánime de nuestro comité fue que Marlon es potencialmente un experto amante.

—Charles, ¿tomasteis películas? —murmuró Liza.

—Naturalmente, Liza, pero sólo están a la disposición de los investigadores.

—Debo decir que vuestros exámenes son muy completos.

—Indudablemente ofrecemos el análisis de mayor profundidad que pueda realizar cualquier departamento psicológico del mundo. Examinamos por completo al muchacho. Nuestras pruebas de riesgos, por ejemplo, determinan incluso la conducta reflexiva en situaciones de peligro o de amenaza...

Liza estaba aturdida y Dorsey apenas escuchaba a Van Ellen, quien hablaba con orgullo de esas pruebas. Se preguntaba quién supervisaba el comportamiento de los científicos del comportamiento, mientras Van Ellen sintetizaba la personalidad de Marlon con una advertencia.

—Su mayor obstáculo es una honestidad que se convierte en ingenuidad, pero unas semanas en compañía de los estudiantes le enseñarán a enmascarar su candor.

Finalmente Dorsey declinó, dando las gracias, una invitación para observar una clase a través de un falso espejo y añadió que pensaría en la oferta de Van Ellen para que Marlon se matriculase en el curso de verano. Poco después conducía a la atónita Liza hacia la puerta donde se estrecharon la mano mientras Van Ellen repetía su oferta final muy claramente.

—En realidad, Liza y Dorsey, me gustaría tener a Marlon como externo por razones históricas, aunque fuese gratuitamente. En el Van Ellen pensamos que la función de los padres es demasiado absorbente, demasiado compleja, demasiado intrincada para que la realicen ellos solos.

—Pero, ¿cuáles son las razones históricas, doctor Van Ellen?

—Me sentiría orgulloso de que el nombre del colegio Van Ellen estuviera asociado con el primer superhombre nietzscheano viviente.

—Gracias, doctor. Pensaremos en su oferta.

Dorsey le dijo a Liza:

—Garland Keene puede hacerle entrar en la UCLA gratuitamente.

Liza no contestó.

Al pasar por la recepción, la doctora Grace Aldine, con su cálida sonrisa, agitó la mano en señal de despedida, y Dorsey movió la cabeza.

Pensó que Liza no la había visto, pero una vez fuera explotó:

—Esa asquerosa desnuda sus partes erógenas secundarias para nuestro hijo, le atrae hacia la primaria, mide el tiempo con un reloj y después nos dice descaradamente adiós. Apuesto a que está detrás de la oferta de Charles para no cobrar los honorarios. Quiere que Marlon suba a veinte minutos.

—Me gustaría ver la película —dijo Dorsey—. Quizás el chico pueda enseñarle algunos trucos a su anciano padre.

Liza ignoró el comentarlo.

—¿Notaste el orgullo de ese hombre al hablar de las trampas de Marlon, y su comentario sobre cómo Marlon aprendería a enmascarar su honradez?

—Sí, y esos científicos locos te han dejado hecha pedazos, madre de Superman —dijo Dorsey abriendo la puerta del coche—. Conduciré yo. Iremos a comer y a tomar un trago.

—Me siento tan asqueada que estoy casi dispuesta a dejar de beber.

Se sentó con enojado silencio. Cuando Dorsey llevó el coche hasta Beverly Glen habló de nuevo.

—Querido, si Marlon tiene éxito en el curso de verano, me gustaría enviarle a Yale o Harvard, a alguna universidad que tenga tradiciones en lugar de un buen equipo de fútbol, lejos de las garras de Grace Aldine.

—Quizá —dijo Dorsey, pensando en los gastos.

Algunas veces la adaptabilidad de Liza le dejaba atónito. Hacía únicamente una semana que había roto a llorar al ver entrar a Marlon solo en la biblioteca. Ahora quería enviarle al otro lado del continente. Se le ocurrió pensar que su sugerencia no provenía de su temor al fútbol ni a la proximidad de la doctora Aldine, sino de un rechazo inconsciente de Marlon, un sentimiento monstruoso y fuera de control provocado por tener como hijo a un superman.

Su intuición se vio confirmada cuando Liza habló:

—Quiero que siempre recuerdes una cosa, cariño. Yo te di un tierno e indefenso niño de ojos azules. El superman es creación tuya.

Su voz tembló y se quebró. Dado que no existía razón alguna para que estuviera triste, lo único que Dorsey podía hacer era confortarla tomándole la mano. Todas las recientes novedades inclinaban la balanza hacia el lado de la felicidad, pero ella estaba sollozando. La última mujer razonable, pensó él, debió de haber sido la mujer de Job, quien con una lógica inequívoca aconsejó a su marido renegar de su Dios y

morir.

Bajo los auspicios del Plan de Ayuda para Estudiantes Privados de Educación, Keene logró que Marlon ingresara en la UCLA sin dificultades. A cambio, Marlon consintió en ser sometido por el neurocirujano a una serie de experimentos sobre las ondas cerebrales que Keene estaba realizando, pero Marlon no mostró ninguna dote especial en el control de sus ondas alfa. Financieramente, Dorsey estaba más tranquilo gracias al arreglo del plan de estudios, pero a pesar de eso tenía gastos.

Marlon necesitaba un automóvil. Quería un Jaguar rojo, pero finalmente llegaron a un acuerdo con un Volkswagen usado del mismo color.

Liza permaneció al margen de todos estos arreglos. Decía que había gastado sus ahorros en la orgía del Van Ellen.

Una excursión a través de la planta y un paseo alrededor de la manzana para supervisar la primera clase de conducir del muchacho fue toda la participación de Dorsey en el programa preescolar de su hijo, porque su tiempo estaba totalmente acaparado por sus esfuerzos como vendedor. Actualmente Marlon no necesitaba mucha atención. Su interés por las ideas le consumía de tal forma que la única concesión a las opiniones de sus compañeros después de entrar en la UCLA fue el dejarse crecer el pelo. La opinión de Dorsey era que Marlon se lo habría dejado crecer de todas formas, aunque no hubiera estado de moda, porque era difícil leer en el sillón de un barbero.

La reacción de Liza ante el pelo largo de Marlon fue asistir a un simposio sobre drogas, después de lo cual observaba de cerca las pupilas de su hijo.

Desde el comienzo de su carrera como vendedor, Dorsey obtuvo el respaldo de un ligero aumento en las ventas de la compañía, pero lo pagaba en sudor, cansancio y finalmente atrición espiritual.

Todas las mañanas se levantaba de la cama de tan mala gana como un soldado que avanza hacia el enemigo, pero sus adversarios eran la indiferencia y algunas veces la frialdad de los compradores a los que pretendía colocar sus productos. Las ventas se parecían a la guerra, la vanguardia siempre atareada, la retaguardia cercada por la aprensión y la inseguridad. Como la oficina también requería su presencia llegaba a casa tarde todas las noches, mentalmente agotado y prestaba poca atención a Liza, que estaba sola en una casa ocupada por su marido y su hijo.

Pero estaba aprendiendo los trucos de la venta, desarrollando las ideas que le habían guiado en las áreas de más resistencia, descubriendo cuándo tenía que presionar a sus interlocutores y cuándo era mejor abandonar una conversación que no podía reportarle beneficio alguno.

Por la extensa autopista de Los Angeles a lo largo de los barrios de Compton, Alhambra, o Van Nuys, su ensayado y estilizado progreso dejó su mente vacía y abierta a pensamientos que iban en contra de sus antiguas creencias. En una calle de

Compton se encontró examinando los patrones de vida que conducían a los hombres a trabajar ciegamente, como Sansón en el molino de Gaza, sin preguntarse por qué lo hacían. Otro día, mientras conducía por un lateral de la Fifth Street, se encontró envidiando a los borrachos y drogadictos que tenían el valor de olvidarse de todo.

Para contrarrestar sus discordias interiores, por la noche leía a Marco Aurelio, tranquilizándose con las razonadas autoconsolaciones del antiguo romano. En la calle, cuando las preguntas ¿quién soy? y ¿qué estoy haciendo aquí? aparecían en su mente con insistencia y urgencia, formulaba una respuesta cuyo tono de frialdad oficial le calmaba al pronunciarla en voz alta: «Soy Hugh Dorsey Clayton, varón caucásico, de cuarenta y cuatro años, vendedor de Productos Farmacéuticos Clayton».

Un placer menor al que tuvo que renunciar fue el de cancelar su cuenta con Cullihane-Hunter, porque se le adelantaron y rescindieron el contrato. Dos semanas antes de la fecha de renovación, recibió una carta de Briant Cullihane, hijo, informándole que lamentaban tener que retirar los servicios de la agencia, pero que existía un caso de conflicto de intereses. La oficina de San Francisco de Cullihane-Hunter se iba a hacer cargo de la publicidad para la costa oeste de Berkeley-Johns.

Pero en esto Dorsey perdió una batalla y ganó la guerra comercial.

Dos semanas después de recibir la carta, Alan Page le llamó y concertó una cita a última hora de la tarde, único momento en que Dorsey estaba libre.

Con un aspecto mucho más terco que el que le caracterizaba, Page entró maldiciendo.

—Posiblemente puedas perseguir legalmente a esos hijos de puta, Dorsey. Han estado elaborando el trato durante meses. Cullihane, padre, estaba en el juego. La idea que aprobaron de Lydia E. Pinkham para la campaña de Memorazine era probablemente parte de su trato. Me gustaría aplastar a esos cabrones, Dorsey, y creo que puedo hacerlo con tu ayuda.

—¿Cómo?

—Déjame vender para ti. Dame la parte de Wilshire Boulevard, desde su comienzo hasta Beverly Hills, y haré aumentar las recetas de Memorazine en Los Angeles.

—¿Por qué Wilshire?

—Porque allí están la mayoría de los edificios médicos. Los doctores no aceptan la popularidad de una droga por métodos de circo. En cambio la campaña del Memorazine le ha dado una imagen digna, y los médicos estarán encantados de encontrar una ocasión para recetar Memorazine en lugar de Rekordar.

—Alan, no puedo pagar a un vendedor.

—No me pagues. Todo lo que te pido es una comisión directa, el cinco por ciento de todo lo que logre vender por encima de tus previsiones para el mes de julio.

Dorsey lo pensó brevemente. Page era una persona que sabía mucho sobre productos farmacéuticos, tenía personalidad, era agresivo, enérgico, tenía coraje, y Dorsey necesitaba otro vendedor.

—Alan, desde ahora eres el vicepresidente ejecutivo a cargo de las ventas en la zona de Wilshire Boulevard, en las condiciones que tú has mencionado. Voy a ser generoso contigo. Además del Boulevard Wilshire puedes quedarte también con el Sunset y el Hollywood.

Se estrecharon la mano y Page sonrió.

—Guarda tus acciones, Dorsey. Lo que quiero es efectivo.

Como Page era conocido y tenía simpatías en la planta, todo el personal de Dorsey aprobó su ingreso en el personal de ventas. En su casa, cuando se sentaron en el salón después de la cena, Liza emitió una opinión diferente.

—Alan intenta hacerte a ti lo mismo que Grace Aldine le hizo a Marlon. Sabe algo sobre el tratamiento de Marlon y quiere meterse en la compañía para estar allí cuando comercialices las píldoras de la inteligencia. Sólo quiere utilizarte.

—Yo también quiero utilizarlo, en parte para tener tiempo de realizar las pruebas con los primates, cuando lleguen el lunes. Con las normas tan rígidas que tiene la FDA el Hexagon Seis quizá nunca llegue a ser lo suficientemente seguro como para comercializarse.

Dorsey exageraba sus dudas.

Teóricamente había ideado un proceso para sintetizar una cadena doble alrededor de la molécula de seis hexágonos que podría llegar a convertir la droga en algo seguro, pero la falta de tiempo no había sido la única razón por la que había retrasado la puesta en práctica del proceso. Las cuestiones más allá de la posibilidad científica de un Hexagon Seis seguro le obsesionaban. Los monos podrían darle una idea del porcentaje de muertes que podía esperarse de un elevador de la inteligencia, pero la droga podía conducir a la humanidad a peligrosas zonas de la escala de la evolución, e incluso a una moralidad extraña.

Ningún primate que no fuera el hombre podía responder a las preguntas que le atormentaban y el único espécimen al que podía observar era Marlon.

—Querida —dijo, abandonando estos pensamientos y volviéndose hacia Liza—, debes olvidar a Grace Aldine. Todo eso ocurrió hace más de dos meses.

—¿Podrías perdonar a un hombre de cuarenta y cinco años que violara a tu hija?

Para hacerle ver la realidad, Dorsey contestó:

—Violar a un varón es un delito que requiere cooperación. La pérdida de la virginidad no suele crear un trauma en un joven.

—Quizá no en algunos, pero gracias a Dios tu hijo no es completamente igual a ti.

Está cortejando a una muchacha de la UCLA y sé que no ha llegado a nada con ella porque se lo he preguntado.

Las noticias eran una agradable sorpresa para Dorsey.

—Eso es una pregunta poco apropiada para que la haga una madre.

—Quiero estar segura de que sale con una chica agradable.

—Yo estoy encantado con el hecho de que salga con una chica, sea como sea.

¿Cómo se llama?

—Allegra no-sé-qué, uno de esos apellidos extranjeros. La ha invitado a cenar el viernes de la semana próxima y si es mexicana tendrá que traer su propia comida.

Con tu úlcera no voy a permitir a Bertha que sirva picante.

Como Liza no estaba con ganas de charla, Dorsey se fue del salón en la primera oportunidad y se dirigió a la habitación de Marlon para enterarse de más detalles sobre la chica. Concentrado en sus estudios, Marlon estuvo educadamente brusco.

—Su nombre es Allegra Venturelli. No quiero hacerte perder el tiempo hablándote de ella, ya que la semana próxima la verás por ti mismo. —De repente hizo una mueca—. Quizás un poco influida por sus padres, pero es que son italianos. Es una estudiante graduada en antropología y muy bonita.

Incluso al describir a una mujer, Marlon puso antes sus intereses intelectuales.

La primera semana de trabajo de Alan Page estuvo marcada por un aumento en las ventas a lo largo del Wilshire Boulevard. La afabilidad de Page ocultaba un poder de organización y una voluntad de trabajo que impresionó a Dorsey. Aunque diez años más joven, Page como vendedor era un maestro para él.

—Puedes llegar a los médicos enamorando a las secretarias comentó, mientras la centralita telefónica se encendía constantemente a causa de las llamadas para el señor Page. La mayor parte de las voces eran femeninas.

En la primera conferencia sobre ventas del viernes por la tarde, Dorsey comentó la popularidad de Alan y le preguntó:

—¿Por qué te casaste, limitando así tus talentos?

—Por protección y beneficio. Cuando una mujer sale con un hombre casado sabe que es algo temporal y no se hace la tímida. Cuando saben que uno está casado, Dorsey, se liberan.

Luego Page inició otro tema que le interesaba más.

—Has tratado de cubrir tú solo demasiado territorio, Dorsey. Una única visita no basta. Tienes que dejar que los farmacéuticos te vean a menudo y que noten que te interesan. Échales una mano en sus estantes. Si ocultas unas cuantas cajas de Rekordar tras otras de Memorazine no lo notarán. Inténtalo, Dorsey. Concéntrate en el área de Valley y déjame a mí la zona Oeste. Una vez que levantemos la compañía podemos mandar algún tipo bueno a otras zonas.

»A propósito, me gustaría echar una ojeada a tu contrato con la gente de Houston.

Estoy escribiendo un artículo para un médico a quien le gusta ver su nombre en las revistas médicas y necesito material de base. Naturalmente, el Memorazine es el

que recibe más publicidad con la historia.

Así se movía Page, rápido y seguro. Podía encontrar un ángulo de ventas en un círculo perfecto, pero hizo todavía más. Después de unas cuantas entregas urgentes a los farmacéuticos de su zona, demostró que los costes de la entrega de paquetes cubrirían los de una furgoneta y un chofer fijos, lo que Dorsey, por supuesto, autorizó. Personalmente supervisó la inscripción sobre el panel de la furgoneta y contrató al conductor, Manuel González, después de entrevistar a otros seis aspirantes.

Cuando llegaron los monos, Dorsey pasó la mañana del sábado con Wakefield preparando el experimento del Hexagon Seis con dexametasona, después de haber analizado los cultivos de los hornos y comprobar que las cadenas continuaban.

Voluntariamente le confió a Page la naturaleza del experimento y los posibles efectos colaterales de la droga. Como Dorsey sospechaba, Page no hizo ningún comentario sobre las implicaciones sociales de una droga que aumentaba la inteligencia.

—Si puedes controlar los riesgos, conseguiré que Millie Dupont diseñe un envase que atraiga la atención y me tendrás que pagar un millón de dólares en comisiones.

El entusiasmo de Alan por la venta era tan contagioso que Dorsey trazó de nuevo su ruta a través del Valle de San Fernando con un estado de ánimo más alegre que antes y los farmacéuticos le acogieron con una cordialidad estimulante. Ahora pasaba las noches en su casa preparando sus actividades del día siguiente y Liza se dirigía cada vez más a la botella en busca de entretenimiento. El que no pudiera reconocer que su trabajo estaba creando un cambio notable en sus destinos vejaba a Dorsey, pero no podía hacer nada. Supervisar una compañía, cubrir las ventas de una zona, e investigar en el laboratorio, no le dejaba tiempo para cuidar a una alcohólica.

Después de su reacción inicial negativa, Liza se interesó bastante por la próxima visita de Allegra Venturelli. Conocedora ahora de los antecedentes familiares de la muchacha, Liza propuso a Marlon un menú que incluía sopa minestrone y lasagna.

—Deja que Bertha ponga lo que quiera, mamá. Puedes preparar un postre especial como un detalle, pero Allegra no apreciará toda esa rutina étnica.

Cuanto más se acercaba la visita de Allegra, mayor era la expectación de Dorsey.

Se decía que siguiendo la tradición Dewelwy-James deseaba observar el comportamiento de su hijo en un ambiente social. Pero en realidad, sospechaba que lo que más atraía su curiosidad era el deseo de ver si su hijo había heredado su gusto exquisito por las mujeres.

El día de la cena, Dorsey llegó a la oficina unos minutos antes que Page para su conferencia y encontró en su escritorio una nota pidiéndole que telefonara a James West, el director en los Angeles de Pacific Drugs, distribuidores de los productos Clayton en la costa del Pacífico. La nota decía «urgente».

Sintiendo cierta aprensión, Dorsey marcó el número de West.

—¿Cómo estás, Jim?

—No muy bien. —La voz al otro lado del teléfono era beligerante—. Uno de mis vendedores estaba esperando en la sala de un médico en Wilshire cuando alguien pasó como un tornado y les colocó el Memorazine antes de escuchar ni siquiera a mi muchacho. ¿Qué pasa?

Dorsey se agarró al brazo de su sillón, escuchando el eco del «¿Qué pasa?» en su mente mientras que su estómago descendía sobre la región intestinal.

—Mira, Jim, he contratado a un muchacho que quiere adquirir experiencia en la venta de productos farmacéuticos y en relaciones públicas. Le dejo que actúe por su cuenta.

—Entonces dile que venda galletitas a las niñas. Yo ya tengo mis propias obras de beneficencia.

—Quizás un poco de competencia no sea mala para que tus muchachos se mantengan en forma.

—Yo no necesito un director de ventas. Mientras me pagues para que haga el trabajo, déjame manejarlo a mí.

—Hablaré con mi hombre. ¿Tienes el nombre del doctor?

—¿Para qué lo quieres? Sácale de las oficinas de todos los doctores.

West colgó.

Aunque realmente había estado esperando y temiendo esa llamada, Dorsey quedó impresionado por la ira del distribuidor. Tarde o temprano West se enteraría de la competencia directa y Dorsey temblaba al pensar en su reacción.

Todavía no se había recuperado cuando llegó Page y le contó lo que había ocurrido.

—Dile a los de Pacific que se vayan. No les necesitamos.

—No es tan simple. Pacific maneja todos nuestros asuntos desde Seattle hasta San Diego.

—Y también los de Berkeley-Johns —dijo Alan—. Finánciame un viaje y te dejaré colocado en manos de distribuidores locales más pequeños y activos en todos los puntos de la costa. Hay mucha gente que está harta de Pacific. El Memorazine será su ejemplo. Pero quiero hablar contigo sobre el contrato. Limita tu distribución a los siete estados occidentales, pero no dice nada sobre limitar las ventas por correo.

—Se da por sobreentendido.

—No tenemos por qué entenderlo así, y no hay nada escrito que lo diga.

—Es el espíritu del contrato.

—Al diablo con el espíritu. Estoy hablando de cuestiones legales... Piénsalo, pero más tarde, Estás alterado por la llamada de Pacific. No dejes que te afecte. Tarde o temprano iban a terminar descubriendo el pastel y estarán encantados de chupar

también de la teta.

Mientras se dirigía a casa, consolado por la lógica de Page, Dorsey sentía una lasitud que se iba convirtiendo en euforia. Ésta era todavía una sociedad competitiva, los más fuertes seguían ganando las batallas y John Stuart Mill vivía todavía en Alan Page. Sintiendo liberado, y algo embrollado, Dorsey esperaba ahora oír a Jim West cuando «descubriera el pastel».

Entonces recordó que esa noche era la reservada para la visita de Allegra Venturelli, y su lasitud desapareció.

Radiante a causa de los martinis, Liza le saludó con un nuevo modelito de John de Westwood: Un corpiño gris con hilos plateados entretejidos se abría en una sutil falda tachonada de lentejuelas plateadas que cubría las rodillas. A pesar de tener el cuello alto y no ser corto, el traje parecía muy atrevido. Su material parecía haber sido tejido con escarcha y brumas, y Liza no llevaba sostén. Lo único que llevaba eran las medias pantis y dos triángulos inteligentemente colocados que le disimulaban los pezones.

La impresión producida por el traje fue tan abrumadora que la estrechó con fuerza cuando se acercó a darle el beso de bienvenida, olfateando el gustillo a ginebra bajo un olor mucho más intenso a perfume francés. Por un momento ella se abandonó juguetonamente, pero después lo rechazó con burlona censura.

—Contrólate, Marlon y la chica llegarán pronto. Después de engrasar tu maquinaria social conmigo, debes afeitarte y ducharte. No dejes de limpiarte las uñas.

Dorsey bebió rápidamente un martini mientras ella añadía:

—Ponte el traje oscuro. No quiero sentirme demasiado formal.

—Para que parecieras formal tendría que ponerme mi traje de Adán.

Más tarde, en la ducha, conteniendo las náuseas provocadas por la ginebra en su estómago vacío, tuvo otro tipo de pensamientos al recordar su modelo para una cena de estudiantes. De todas maneras, el vestido estaba de acuerdo con su carácter. Liza tenía su propio estilo, y los jóvenes debían ser tolerantes y dejar hacer a los demás lo que quisieran.

A pesar de su anterior ansiedad, Dorsey no se apresuró mientras se vestía para la cena. Probablemente Marlon había ligado con la primera muchacha de nombre italiano que se puso a su alcance, para lograr puntos ante un padre cuyas predilecciones recordaba. En cualquier caso, era un compromiso de Marlon. Los pensamientos de Dorsey habían regresado a sus propias preocupaciones mucho antes de que sacudiera la última mota de polvo de sus zapatos, enderezara su corbata y comenzara a bajar las escaleras.

Al llegar abajo, escuchó la voz de Marlon a través de la puerta de entrada.

—Aquí estamos.

—Pasemos al salón —contestó Liza—. Tu padre todavía se está acicalando.

Notó la cuidadosa pronunciación de Liza, un método que siempre utilizaba para evitar que se le trabara la lengua cuando había bebido mucho. Sin embargo, «acicalando», la manera sureña de decir «arreglando», tenía una connotación sarcástica cuando se aplicaba a un hombre. Sola en el salón, Liza había engrasado su maquinaria social hasta un punto en el que los engranajes podían comenzar a resbalar, porque la bebida podía provocar en ella un estado de ánimo malévolo.

Al pie de las escaleras Dorsey miró hacia el vestíbulo y vio a Marlon ayudando a la muchacha a colgar su capa veraniega en el guardarropa. Alta, unos diez o doce centímetros más baja que su pareja, se estaba volviendo hacia Marlon sonriendo para darle las gracias. El balanceo de sus hombros y el espigado y erecto torso sugerían la ligereza de un nadador de larga distancia, pero el perfil reclamaba su atención.

Contra el fondo oscuro de su ondulado pelo que le caía casi hasta los hombros, su piel de alabastro definía claramente la cara alargada, con una nariz delicada, finos labios, y fuerte barbilla sobre un esbelto cuello. Su cara tenía un algo patricio y grácil a la vez, y llamaba la atención por la claridad de líneas.

Entonces sus pasos se hicieron vacilantes. Con un movimiento de hombros la muchacha se había quitado la capa. El pecho era alto, la cintura estrecha, los miembros ágiles. Traía a su mente otra imagen. Con las armonías de su cuerpo, Allegra Venturelli proyectaba la vivacidad y ligereza de espíritu que había conocido, hacía mucho tiempo, en Angela Fregosi. Al volverse, vio a Dorsey y sonrió acercándose para saludarle mientras Marlon colgaba la capa.

Los ojos eran grises y tenían una gran transparencia a causa de las oscuras pestañas. Caminaba rítmicamente, el andante de la zancada como contrapunto del allegro de su sonrisa. Le tomó la mano mientras decía:

—Usted es el señor Clayton.

Incapaz de olvidar la metáfora musical, Dorsey dijo espontáneamente:

—*Allegra, bella figlia del amore.*

«Realmente —pensó Dorsey— no existe la excelencia de la belleza sin una especie de reserva en las proporciones. Esta muchacha viene doblemente recomendada por la gracia de la longitud de la cara y la opalescencia de los ojos».

—Marlon le aprecia más que a nadie —estaba diciendo ella.

—Si me aprecia más que a ti, entonces tendré que charlar con él sobre su mal gusto.

—Cuando lo haga, señor Clayton, espero que no tenga que beberse una botella de whisky.

—Así es que te ha hablado sobre mi horrible charla.

—La encontré más interesante que el *Decamerón* de Boccaccio.

Hasta su ironía era como la de Angela, pensó. Literaria, alusiva. Al entrar Marlon, retiró su mano.

—Bueno, papá —dijo sonriendo con su aire juvenil—, ¿qué te parece Allegra?

—Ya se lo he dicho... Allegra, ya que conoces mi historia, deja que mi Adonis te presente a su madre.

Mientras los dos le precedían camino del salón, Dorsey se encontró repitiendo interiormente la frase que le ayudaba a salir de sus crisis de identidad: «Soy Hugh Dorsey Clayton, varón caucásico, de cuarenta y cuatro años, y felizmente casado con Liza Mae Gentry».

Pero el talismán no funcionaba. Hacía muchos años que no pensaba en Liza por su nombre de soltera.

- Capítulo VII -

—Allegra, eres encantadora. —Liza, todavía sentada, extendió su mano, sonriendo—. Me gustaría poder decir que eres más encantadora de lo que Marlon nos había dicho, pero Marlon apenas nos habla de ti. El muchacho nunca me hace confidencias. Sentaos, por favor... Dorsey, prepara las bebidas. Vamos a tomar un martini a la salud de la señorita Venturi.

—Venturelli, mamá.

—Bueno, lo intentaré... Escuché a mi marido hablando en italiano. Espero que no dijese nada impropio.

—En absoluto, señora Clayton.

—Dijo que era la más bella de las hijas de las gracias, mamá. Allegra me está enseñando a hablar italiano.

—Gracia es un nombre que no nos gusta mucho por aquí, Allegra. Pero supongo que Marlon no te habrá hablado de Grace. Incluso yo tuve que enterarme por otras fuentes. ¡Qué vestido más bonito llevas! Parece un modelo de John de Westwood.

—Me gustaría que lo fuera, pero es del sótano de Ohrbach.

Desde el bar, Dorsey les dirigió una mirada. No se había fijado en el traje de Allegra, de un tejido parecido al lino, azul pálido, de manga corta y cuello adornado con cordoncillo blanco, Era atractivo, pero ella hubiera convertido un saco de arpillera en algo delicioso.

—No importa —dijo Liza—. A ti te queda estupendamente. ¿No crees que Allegra es encantadora, Dorsey?

—La segunda mujer más maravillosa del mundo —respondió Dorsey.

—Lo dices con demasiado entusiasmo, Dorsey... Allegra, cuéntame algo sobre ti. Mientras escuchaba, Dorsey seguía preparando las bebidas.

Liza se sentía agraviada por la visitante. Mientras él había estado arriba había guardado los vasos de martini y los había sustituido por unos de plástico, que llevaban el nombre del hotel de donde se los había llevado. Dorsey guardó los vasos de plástico y sirvió el martini en vasos normales.

Cuando había bebido, a Liza le bastaba un instante para pasar de encantadora a hostil, de sentimental y enternecedora a insensible y dura. Con la ayuda de Marlon quizá podría sacarla de una situación embarazosa, pero el muchacho había dado muestras de falta de tacto al traducir el italiano de Dorsey a su madre, y ahora estaba sentado junto a Liza en el sofá y la silla junto a Allegra estaba vacía.

—Entonces eres una estudiante graduada —estaba diciendo Liza cuando Dorsey entró con la bandeja de las bebidas—. Debes de ser unos años mayor que Marlon...

Ah, al fin podemos beber algo... Allegra, eres demasiado bonita... Marlon, ¿estás seguro de que no nos estás metiendo de contrabando a una de las amantes de tu

padre? En serio, Allegra, ¿no conocías ya a Dorsey?

—Le prometo que no, señora Clayton.

Allegra se adaptaba tan bien al excéntrico humor de Liza que Dorsey propuso un brindis.

—Por Allegra y mis demás amantes.

—Por Allegra —dijo Marlon—, y por mamá, la más maravillosa mujer del mundo para mi padre.

—Por su mujer y sus amantes —dijo Allegra, levantando su vaso hacia Dorsey.

—No ha dicho que yo fuese la mujer más maravillosa del mundo, Marlon.

Los ojos de Liza comenzaban a empañarse.

—Querida, sabes que nunca caigo en una adulación demasiado obvia —replicó Dorsey.

Se sentó en la silla vacía, junto a Allegra. Los tres Clayton alineados sobre el sofá frente a ella, podían parecerle sospechosos en una comisaría, o quizá se hubiera sentido como si la estuviera examinando el tribunal de la inquisición.

Afirmándose en su papel de anfitriona, Liza continuó.

—Cuéntamelo todo sobre la antropología, Allegra.

—De una manera general, señora Clayton, es el estudio del hombre en relación con el medio ambiente...

—Nosotros estudiábamos esto en el bachillerato bajo el nombre de economía doméstica —la interrumpió Liza—. Si quieres aprender algo sobre los hombres, cástate y ten un hijo.

—Nuestro enfoque del tema es más impersonal —dijo Allegra.

—Si alguna vez Marlon y tu llegáis a algo personal, Allegra, me gustaría que te acordaras de lo que voy a pronosticar. Yo perdería un hijo, pero Dorsey ganaría una hija, créeme.

Dorsey esperaba que Allegra, inocentemente, no comprendiera las implicaciones de la observación de Liza, y para impedir que la muchacha comenzara a sopesar su significado, habló rápidamente.

—Eso es cierto. Ganaría una hija espiritual.

—Entonces, quizá me dedique a estudiar economía doméstica —rio Allegra.

—No lo hagas —dijo enfáticamente Liza—. Búscate un hombre que pueda pagarte una cocinera. Y si piensas en tener hijos, estudia genética, en todos sus aspectos.

Dorsey, creo que debías servirnos a todos otra copa, por la genética.

—Creo que deberíamos cenar primero, querida —sugirió Dorsey—. ¿No estás hambriento, Marlon?

—No, papá.

—Pues yo tengo un hambre voraz —intervino Allegra, dándose cuenta de las

intenciones de Dorsey y prestándole el apoyo que Marlon le negaba.

—Terminaré mi copa antes de comer —dijo Liza—. Cuando busques marido, Allegra, no elijas a un míster Universo. ¿Has echado el ojo a alguien en la UCLA, aparte de a nuestro maravilloso muchacho, aquí presente?

—La mayoría de los jóvenes son demasiado inmaduros —respondió Allegra—. No creo que pueda casarme con un hombre que no haya tenido que probar en algún momento su carácter, que no tenga alguna cicatriz.

—Si hablamos de cicatrices, querida, como dice el Libro Sagrado, es mejor producirlas que recibirlas. La mejor manera de probar el carácter de un hombre es haciéndolo por sí misma.

—Liza —dijo Dorsey amistosamente—, sueñas como un Aristóteles de alcoba.

—Te equivocas de nuevo, Dorsey. Cuando me meto en la cama, mi filosofía se queda con mis zapatos.

Allegra sonrió y Bertha apareció en la puerta del salón para anunciar que la cena estaba servida.

De alguna manera y ante la consternación de Dorsey, cuando Liza se levantó para hacer su entrada, Marlon se colocó en su posición habitual a su lado, ofreciéndole el brazo. El muchacho no le dejó otra alternativa, así es que ofreció a Allegra el brazo y entró en el comedor tras Liza y su hijo. Una vez dentro, Marlon siguió el ritual de costumbre para sentar a su madre, y Dorsey hizo lo mismo con Allegra. Quizás en Europa se hacía así, pensó, pero estaba algo defraudado. Un muchacho norteamericano debería ir dando traspiés para ser atento con una muchacha tan encantadora como Allegra. Pero tal vez había subestimado el poder de Liza sobre Marlon.

—Marlon no ha querido que preparásemos ningún plato típico, Allegra —dijo Liza—, pero le di instrucciones a la cocinera para que hiciera un plato en tu honor.

—Realmente no era necesario.

—Es una ceremonia, querida. Eres la primera muchacha que Marlon nos trae abiertamente. No dudo que ya te habrá contado algo sobre su vida.

—Como soy su tutor informal de lenguas, ha sido muy honesto conmigo sobre su pasado. Y tiene una tremenda admiración por su padre.

—Eso es exactamente lo que pensaba —dijo Liza, y sus palabras comenzaron a hacerse confusas.

—Me sorprende enterarme de que Marlon esté estudiando italiano —dijo rápidamente Dorsey a Allegra—. ¿Qué tal lo hace?

—Su mente es una grabadora —dijo ella—. Con pronunciar las palabras una sola vez las retiene con una entonación perfecta.

—Concédeme un capricho, Allegra. Habla un poco con él en italiano. Hace muchos años que no lo oigo.

Así lo hicieron, intercambiando frases sobre la comida y los objetos de la habitación y Liza pareció relajarse ante el torrente de palabras en lengua extranjera. Después del interludio permaneció más silenciosa. Mientras comían la sopa y la ensalada, servidas a la agradecida luz de las velas, la conversación en torno a la mesa se hizo más lenta.

Sintiéndose cómodo ahora, Dorsey observó más de cerca a su invitada. Tenía la serenidad y los modales de una condesa y su actitud hacia Marlon parecía más la de una matrona y mentora que la de una amiga, actitud comprensible para Dorsey, quien recordaba el abismo que separaba a un estudiante graduado de uno que ni siquiera había ingresado en primer año. Allegra les dijo que se había sentido atraída por Marlon a causa de su candor y su inteligencia durante un curso que hicieron juntos. Aparentemente le concedía un gran valor a la honestidad.

Entonces entró Bertha con una sorpresa que colocó en el centro de la mesa y Liza se reanimó.

—Ahora voy a desvelar la «piece de résistance».

Con un movimiento floreado levantó la tapa de la sopera y aparecieron los spaguetti con albóndigas.

Pollo a la cazadora, escalopines al Marsala, o incluso ternera parmesana, pero no spaguetti con albóndigas, pensó Dorsey. No era únicamente que el plato careciera de clase, sino que también era uno de los que menos le gustaban.

—Comida de su tierra para Allegra —exclamó Liza—. Bertha es un genio preparando albóndigas.

Según Dorsey podía recordar, Bertha nunca había preparado una albóndiga desde que la contrataron.

—Marlon debe de haberle contado algo, señora Clayton —dijo Allegra—. Los spaguetti con albóndigas son mi plato favorito.

—No lo sabía —puntualizó Marlon.

—Me encanta la comida italiana —dijo Liza—. Nunca pasa un día sin que recuerde la pizza que Dorsey y yo comimos en Palermo.

Con disgustado silencio, Dorsey se inclinó sobre su plato. En toda su vida de casada, Liza nunca se había comportado con tal falsedad, y su último comentario, que la muchacha no había entendido o prefería ignorar, se acercaba peligrosamente a un insulto.

Mediada la comida, que para Dorsey consistió en media albóndiga con algunos pedacitos de viscosos spaguetti rescatados a duras penas de la grasienta salsa, Liza dio deliberadamente otro paso en falso.

—Oh, está delicioso, aunque es pura fécula. Ya entiendo por qué las mujeres italianas engordan tanto al envejecer.

Malhumorado por el comentario de una anfitriona que ahora había comido lo

suficiente para comportarse de manera civilizada, Dorsey habló, tratando de que su voz sonara ligera y agradable.

—¿Como Gina Lollobrigida o Sofía Loren?

—Papá se siente muy atraído por las mujeres italianas, Allegra.

—Sí, ya me lo habías comentado —dijo la muchacha con calma.

Con helada arrogancia, Liza se volvió hacia él.

—Observo que no comes nada, Dorsey. ¿Es que la presencia de Allegra te ha sumido en la nostalgia de Angela Fregosi?

El chismoso de su hijo se lo había contado todo a su madre, comprendió Dorsey.

Nunca había mencionado a Angela Fregosi ante Liza, porque se habían casado antes de que se embarcara para Italia.

—Gracias por recordármela, Liza, Añádela a mi lista.

Afectando todavía altivez, Liza se volvió a la invitada.

—Mencionaste tu desencanto por los jóvenes, Allegra. ¿Has pensado alguna vez en un hombre maduro?

Era un golpe bajo y totalmente inesperado, y Allegra enrojeció ligeramente, mirando hacia su plato.

—Creo, señora Clayton, que como el viejo loco Rey Lear, no he pensado mucho en ese tema.

—Entonces, Allegra, te sugiero que comiences a pensarlo. La habilidad y la experiencia ofrecen más a una mujer que el entusiasmo y la espontaneidad. ¿No es verdad, Dorsey?

—Pregúntale a Marlon —dijo él—. Es el experto en mujeres maduras.

—Mamá no habla de mujeres maduras, papá. Habla de hombres maduros.

La cena podía convertirse en una pelea familiar frente a una chica cuyo tacto y diplomacia ya habían sido suficientemente probados. Manteniendo un tono apacible, Dorsey añadió:

—El amor no es una cuestión de habilidad o de experiencia, y no es restrictivo.

Cuanto más das, más tienes que dar. La amistad que sentí por Angela Fregosi le pertenecía únicamente a ella. No se interfiere con el amor por mi mujer, mi hijo o la pequeña Colleen O'Keefe, nuestra vecina.

—Para ser una gran pasión, la tuviste muy bien escondida.

—Las grandes pasiones son para los santos.

—Papá, deberías haber sido predicador.

—O el encargado de un criadero de caballos —añadió Liza.

—Debería haber sido un científico dedicado a la investigación —dijo Dorsey, tratando de dirigir la conversación hacia un terreno más seguro.

Fue de nuevo Allegra quien acudió en su ayuda.

—Me pregunto por qué no lo ha sido, señor Clayton. Considerando lo que ya ha

realizado, creo que debería tener algo que ofrecer al mundo.

—Deudas —contestó Dorsey—. El mundo me pesa demasiado.

—Me ha contado Marlon que ahora se dedica a la venta. —Había más comprensión y simpatía en la voz de Allegra que la que había encontrado en los últimos meses en su propia familia—. Estoy segura de que es una profesión honorable, pero para usted debe ser un campo desconocido. —Se volvió hacia Liza —: Algunas veces pienso que la mayoría de los hombres, al igual que lo hace mi propio padre, trabajan tan ciegamente como Sansón en el molino con los esclavos.

La idea de Allegra era la misma que él había tenido cuando caminaba por Compton, y provenía del mismo poeta.

—¿A qué se dedica tu padre, Allegra? —preguntó Liza, con una curiosidad que hizo comprender a Dorsey que Allegra le había sacado del atolladero.

—Fabrica equipo industrial para lavanderías, pero su amor es la música. Toca el violín.

—No importa, querida, los bienes culturales son todavía una fuente de placer, incluso de comodidad. Estoy segura de que consigue sentirse realizado.

A pesar del «querida» lleno de afectación, la voz de Liza era cálida y el comentario sonaba como algo genuino.

La conducta de Liza vejaba y desconcertaba a Dorsey. A veces parecía dirigir su animosidad contra la muchacha, otras veces hacia Marlon o hacia él. En ocasiones era agradable e ingeniosa. Pero había una amargura constante en sus modales que le preocupaba por sus graves implicaciones y que le impedía concentrar todo su poder de observación en Marlon.

El postre no tuvo nada de especial; era un pastel de arroz. Después de las condimentadas albóndigas, Liza se salía por la tangente.

—¿Sabes, Allegra? Dorsey tiene un problema con su úlcera, así que tengo que vigilar su dieta. Bertha prepara este fantástico pastel de arroz que recubre su estómago e impide que los ácidos le hagan daño... Los hombres con úlcera están secretamente hambrientos de amor, así es que le doy mucho pastel de arroz y mucho amor. ¿Quieres la receta, querida?

—¿Tu receta para el pastel de arroz o para el amor, mamá?

—Para el pastel de arroz, hijo. Mis recetas para el amor vienen en el Krafft-Ebing.

—El pastel está delicioso —confirmó Allegra—, pero vivo en una residencia de estudiantes y tengo pocas oportunidades de cocinar.

La voz de Allegra estaba llena de gentileza, no se advertía en ella condescendencia o ironía, pero sonaba lejana y abstraída, como la que puede utilizar un doctor para hablar con sus pacientes.

—Allegra, siento como si te conociera desde hace mucho tiempo. Espero que de

tu noviazgo con Marlon salga algo más que una sórdida aventura en el asiento trasero de uno de esos minúsculos coches extranjeros. La ley debería obligarles a llevar banderas en sus antenas de radio.

Realmente preocupado ahora por las desconcertantes ideas de Liza, Dorsey propuso tomar el café en el salón. Liza pensó que era una brillante idea, pero, una vez allí, sugirió tomar un café italiano, café negro mezclado con martini. Allegra declinó la oferta y lo mismo hicieron Marlon y Dorsey.

—Era la moda en Roma la última vez que estuvimos allí.

Primero Dorsey pensó que la sugerencia era únicamente otro ejemplo de su sentido del humor. La última vez que habían estado en Roma era la única vez que habían estado en Roma, y el café italiano del que Liza hablaba era tan desconocido para él como la pizza de Palermo. Pero Liza insistió en tomar café italiano y, para mantener la paz, Dorsey consintió.

La bebida pareció aplacarla y Dorsey pudo dirigir la conversación hacia temas no polémicos. Liza estaba cada vez más vencida. De repente comenzó a sollozar abiertamente.

—¿Te encuentras mal, Liza? —preguntó Dorsey.

—No. Soy un fracaso como anfitriona. —De repente se secó los ojos y habló implorante a Allegra—. Deseaba tanta hacerte esta visita agradable. Pero tengo un pequeño problema. Bebo. Cuando me pongo muy ansiosa, bebo demasiado y me vuelvo aburrida. Perdóname. Sé que mi marido y mi hijo no lo harán. Mira, Allegra, estoy casada con una computadora IBM I que ha convertido a mi hijo en una IBM II con más y mejores transistores. Pero vivo sola en esta casa con mis dos hombres, porque ambos tienen problemas en sus circuitos amorosos. Cuando encuentro alguien como tú, con un alma maravillosa, mi alma se eleva a su encuentro y tengo tendencia a ponerme demasiado sentimental.

—Encuentro a sus hombres encantadores, señora Clayton.

—Mamá, ya le había hablado a Allegra de tu problema antes de traerla.

—¿Cómo te atreves a hablar de eso fuera de la familia?

—Señora Clayton, todas las familias tienen algún secreto que guardar.

—Es cierto, Allegra. Pero los Clayton tienen demasiados. Ya notaste lo descaradamente que Dorsey habló ante mí de Angela Fregosi en la cena. También está Grace Aldine, sexólogo residente del Van Ellen. Pero más vale no mencionarla.

—Esas cosas ocurren, señora Clayton.

—Pero aquí ocurren con más frecuencia que en los demás sitios. Tanto mi marido como mi hijo son altamente inteligentes, pero utilizan sus mentes únicamente para encontrar caminos originales para un comportamiento aberrante. Y por una vez, no los voy a honrar con mi presencia por más tiempo.

Se puso en pie, aparentemente decidida a abandonar la habitación, pero Marlon se

levantó junto a ella. Treinta centímetros más alto, se destacaba por encima de su madre mientras le pasaba un brazo protector sobre los hombros y le hablaba con una voz de timbre especialmente resonante, que pareció envolverla.

—Querida madre, más allá de la curva del tiempo todos los laberintos de la tierra convergen en ti, ataviada por los rayos de la luna y con los rizos coronados por las estrellas, donde todos los vientos del espacio murmurarán tu nombre. —Su voz se hizo más grave, el timbre tan resonante producía un sonido vibrante que recordó a Dorsey el de un chino hablando en inglés—: Ahora, deja que te invada la serenidad y te conduzca a tu cama donde los ángeles arrullarán tu sueño, y papá nos acompañará hasta la puerta.

Sin saber nada sobre los alcohólicos, Marlon había respondido a las lágrimas de borracha de Liza, como ante una crisis, y se había quitado la máscara. Dorsey se sentía aliviado. La supermente todavía estaba sujeta a las emociones primitivas: amor, lealtad filial, interés por los demás, aunque parecía indiferente a la atracción sexual.

Repentinamente radiante y sonriente, Liza se volvió hacia Allegra.

—Aprende la lección. Cuando no puedas atraer su atención por ningún otro medio, recurre al histrionismo. Siempre da resultado. Olvídate de los cursos de economía doméstica e inscríbete en los de arte dramático.

Extendió su mano hacia Allegra mientras continuaba:

—Ahora debo irme a la cama, porque he bebido un poco más de lo debido. Me ha encantado conocerte. Debes venir de nuevo.

Sonriendo, Allegra se levantó.

—Quisiera darle las gracias, señora Clayton, por una de las veladas más interesantes de mi vida.

La muchacha era una excelente diplomática. No había dicho que lo hubiese pasado bien, pero Liza, al volverse para dar a Dorsey su beso de buenas noches, no reparó en la omisión. En cambio, Dorsey sí se percató y lamentaba que la muchacha no pensara volver.

Una vez que salió Liza para acostarse, Dorsey les acompañó hasta la puerta, esperando allí hasta que las luces del pequeño coche extranjero de Marlon desaparecieran. Dejó encendida la luz del porche, pues imaginaba que Marlon regresaría pronto, y entró de nuevo en la casa. Aunque la muchacha sólo había permanecido en ella poco tiempo, ahora parecía vacía sin su presencia.

Sintiendo de nuevo el cansancio que le había invadido antes de la cena, subió lentamente las escaleras esperando encontrar a Liza durmiendo arrullada por los ángeles de Marlon. En lugar de eso, estaba echada, arrebujada con la sábana y apoyada sobre un codo.

—Oye, Dorsey, ¿no te parece que Marlon ha estado muy cariñoso?

—Sí —afirmó Dorsey, colgando la chaqueta en el guardarropa—. Ha manejado una situación difícil con mucho tacto. —Se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos—. Espero que Allegra no se fijara en tu frase sobre la idea de no dejar pasar un día sin recordar la pizza.

—¿Qué hay de malo en ese cumplido?

—Como cumplido, ha sido un poco pobre, sobre todo para una invitada, casi una niña.

—¡Una niña! Tiene veintidós años.

Intentó desenredar el nudo de los cordones de su zapato, pero terminó mirándolo con cansancio.

—Ahora parece estar sobria. ¿Estabas haciéndote la borracha?

—No estaba borracha ni intentaba parecerlo.

—Motivo de más para avergonzarse por las cosas que has dicho ante una jovencita culta e inteligente. Si vuelve alguna vez a esta casa, o le dirige la palabra a Marlon, será que tiene menos inteligencia de la que le concedo. Pero quizás eso es lo que tú deseabas.

—Creo que eso es lo que quería —dijo Liza, extrañamente introspectiva—. Reconocí a una enemiga, en mi propia casa, desde el momento en que comenzaste a murmurarle dulces tonterías en italiano. Te sentaste a su lado, la condujiste al comedor y bebías cada palabra que pronunciaba.

Dorsey seguía luchando por deshacer el nudo.

Algo que recordaba no encajaba en la historia de Liza. ¡Ah, sí! Había cambiado los vasos de cristal por vasos de plástico antes de la llegada de Allegra, antes de saber la impresión que le iba a causar.

—¿Estás segura de que es de mí de quien estabas celosa?

—¿Qué quieres decir?

«Bueno —pensó él—, si no puedo quitarme el maldito zapato, puedo acostarme con él».

—Quiero decir que me pregunto lo que realmente sucedió la noche que Marlon te metió en la cama.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

De un revuelo apartó la sábana y se sentó frente a él, con la cara blanca por la ira.

«Va a abofetearme», pensó Dorsey. Pero la albóndiga le estaba cosquilleando en el estómago. Sintió una náusea repentina.

—Perdóname, voy a vomitar.

Liza debió pensar que estaba bromeando, o huyendo de ella, pues ya había levantado la mano para abofetearle, pero en realidad llegó al baño justo a tiempo.

Inclinándose sobre la taza, vomitó en una convulsión una materia negra y viscosa que ensució la loza y salpicó las paredes. Un olor nauseabundo inundó el cuarto

mientras tiraba de la cadena y se enderezaba, mirándose la cara en el espejo. La tenía blanca, sudorosa. Se sentía mal.

Ahora sabía que su extraño cansancio provenía de la debilidad, y la debilidad de la pérdida de sangre. Salió y cerró la puerta del baño, cruzó el dormitorio y llegó a la entrada, desde donde llamó a su médico pidiéndole que enviara una ambulancia.

—Mi úlcera se ha abierto de nuevo, doctor, y estoy sangrando bastante.

Regresó al dormitorio, donde Liza le miró con una mezcla de alarma e ira en la cara.

—Escucha atentamente, Liza. Estaba fuera de mí cuando dije lo que dije, y no era responsable de mis actos. Ahora sí lo soy. Me voy al hospital, pero quiero que tú te quedes en la cama y duermas, porque no puedes hacer nada más. Ahora voy a besarte y quiero que recuerdes mientras vivas que, de todas las mujeres de mi vida, reales o imaginarias, tú has sido la más amada y apreciada.

Se inclinó y la besó.

—¿Qué es esa cosa negra que tienes en las comisuras de los labios? El aliento te huele fatal.

—Es un problema interno. Empezó en la oficina, esta tarde, y se ha desarrollado más rápidamente de lo que imaginaba. No entres en el baño. Dile a Marlon que lo limpie cuando llegue.

Se volvió y salió de la habitación, mientras oía los pies de Liza sobre el suelo.

Agarrándose a la barandilla con ambas manos, logró bajar las escaleras. Tenía que llegar a la planta baja. La última vez, los camilleros de la ambulancia tuvieron problemas para bajar sus noventa kilos.

De repente, advirtió a Liza a su lado sosteniéndole con sus débiles fuerzas. Con su ayuda cruzó la entrada, salió fuera y bajó las escaleras del porche. Su apoyo parecía ser cada vez más fuerte.

Le sostuvo mientras vomitaba de nuevo, sobre el césped, formando un charco que se extendía ante él a la luz del farol.

«Es la más jodida de todas las hemorragias —pensó, mirando cómo se agrandaba el charco. ¡Qué diablos!, me estoy muriendo. No lo había imaginado de esa manera».

El estómago no le dolía. No tenía previsto morir a medianoche y sin dolores.

Tendría que darle crédito a Keats por esa frase, recordó justamente antes de desvanecerse. Pero de lo que no tuvo ya ningún recuerdo fue de Liza tirando de él, mientras se derrumbaba, para evitar que cayese sobre su propio vómito.

A través de una neblina que comenzaba a aclararse vio a una rubia al pie de su cama. Dorsey tenía el brazo izquierdo atado a la barra de la cama y un tubo que salía de una botella le corría hasta la mano. Otro tubo aparecía por el agujero izquierdo de la nariz. Entonces vio que la figura al pie de su cama era Marlon, cuyo pelo largo le había inducido a pensar en una chica. La cabeza de su hijo estaba

ligeramente inclinada hacia atrás y sus ojos estaban concentrados con una mirada que Van Ellen, se suponía, había eliminado.

—Hola, Culebra. Deja de lanzarme tu diabólica mirada azul.

Marlon sonrió. Sus ojos retornaron a la normalidad.

—Estás en el Saint John, papá. El tubo de la nariz es de Levine. Están sacando de tu estómago todo el ácido y la sangre. Vas por la segunda botella de plasma. Te han dado vitamina K para ayudar a la coagulación, y un sedante para ayudarte a dormir.

¿Qué hora es?

—Un poco más de medianoche. Pero no te preocupes más por el tiempo. Él es quien te va a curar.

—Deberías estar en casa y en la cama. ¿Dónde está Liza?

—Trataba de arrancar el coche cuando llegué a casa, pero estaba demasiado alterada para conducir. La mandé a la cama. No podía hacer nada por ayudarte y yo sí, así que por eso vine.

—Despachaste rápidamente a Allegra.

—No vive lejos, y no tenía ningún sentido prolongar su embarazo. Allegra olvidaría la escena si yo se lo pidiera, pero sería más por ti que por mí, y no voy a pedírselo.

Hemos roto.

—Golpeó la palma de su mano con un golpe de karate.

—Qué pena. Era encantadora.

—Todas lo son ante un hombre al que desean... He consultado con tu internista y le he recomendado un cirujano de la UCLA para que realice una vagotomía y una resección estomacal tan pronto como tu hemoglobina sea normal.

—¿Y qué piensa el internista de tu elección?

—No le he pedido su opinión. Eres tú el que me preocupa, no las tonterías de la etiqueta profesional. Otra ansiedad que estoy dispuesto a hacer desaparecer es la de tu temor por los negocios. Yo los dirigiré durante tu ausencia, y para tu provecho, porque tú no te beneficiabas en absoluto de la tecnología.

—Muchas gracias, y ¿qué hay sobre tus estudios?

—En la segunda sesión del verano sólo voy a tomar tres cursos, así es que tendré tiempo. Pero ése es un problema mío. Tu problema es no tener problemas. Tus ansiedades han sido causadas por una sobrecarga para defenderte en la sociedad competitiva y ellas son las que te han producido una hiperactividad en tu secreción de ácidos. De todas maneras, es mejor que haya sido el estómago que el corazón o la mente, como en el caso de mamá. Hubierais sido más sabios escogiendo el estreñimiento como dolencia psicósomática.

—¿Dónde has aprendido todo eso?

—Esta computadora es una IBM II muy mejorada —sonrió con la tímida sonrisa

de Liza y su voz bajó unos cuantos registros—. Ahora, querido padre, entra gentilmente en tu noche, para dormir, para soñar dónde miran sus ojos grises, dónde destellan sus pisadas, en qué etéreas danzas, por qué arroyos italianos.

«Mi hijo, el hipnotizador», pensó Dorsey. La mezcla de poemas de Marlon era digna de crédito, pero también había dicho que Allegra olvidaría la escena por él. Ahora Dorsey sabía que tendría que cambiar sus planes, pero los cambios podían esperar.

Por un momento el recuerdo de los ojos grises de Allegra fue más dulce para intentar dormirse que el recuerdo de la cara de Liza cuando él la acusó de todo, incluso de incesto.

Dorsey durmió hasta las dos de la tarde, cuando una enfermera entró para despertarle y ponerle una inyección que le hiciera dormir.

El sábado por la mañana, poco antes del almuerzo intravenoso de glucosa en agua destilada, un repartidor de flores entregó un ramo de rosas junto con una nota escrita por Allegra expresando sorpresa y disgusto por la enfermedad. La nota terminaba diciendo: «Espero que todo lo que le quede de esto sea otra maravillosa cicatriz».

Aunque estaba encantado y sorprendido por la prontitud y la consideración de la muchacha al expresarlo, estaba más interesado en su escritura. Si él hubiera escrito la nota y firmado con el nombre de Allegra, habría sido necesario realizar una inspección bastante profunda para detectar la diferencia.

Después de la comida Liza llegó con unos claveles, un beso y su perfume mezcla de clorofila y ginebra.

—Marlon me ha traído. Se ha ido a la oficina a recoger los cheques de la nómina para que los firmes.

Al colocar las flores sobre la mesita leyó la nota de Allegra que colgaba entre las flores y se acercó a la cama de Dorsey para sentarse sobre ella, tomándole la mano libre entre las suyas.

—Fue muy cariñoso por tu parte, anoche, el decirme que sólo me amabas y me querías a mí, y deseo asegurarte que tu eres mi único amor.

No estaba repitiendo exactamente lo que él había dicho, pero le contestó con la misma formalidad.

—Nunca he dudado de tu amor.

—Me equivoqué al considerar a Allegra como una rival. Su nota lo explica todo, su afinidad por ti, sus ojos grises. He adivinado la verdad al ver su escritura, tan parecida a la tuya.

—He notado lo de la escritura, pero, ¿qué verdad revela eso?

—Allegra es la hija de tu amor por Angela Fregosi...

—De todas las...

—No, no lo niegues, Dorsey. Ahora sé la verdad, y como te quiero te perdono.

Tristes, ansiosos, dementes, sus ojos reflejaban tal martirio que no quiso perturbar su sufrimiento con una abierta negativa. Tristemente, movió la cabeza.

—Siento anunciarte que el placer de la concepción de Allegra lo disfrutó un fabricante de maquinaria para lavanderías.

—Naturalmente, ésa es la historia que todos vosotros repetís, y Marlon tiene que apoyar la historia de su hermana.

—En absoluto. Nunca permito a mis hijos que mientan los unos por los otros. Pero, ¿cómo inseminé a Angela en Italia? ¿Por correo?

—Allegra es la hermana mayor de Marlon.

—Dos años mayor. Hacía cuatro que yo había vuelto de Italia cuando nació Marlon.

—Allegra tiene veinticuatro años, no veintidós.

Se agarró a su mano como si fuese la única cosa segura de él que pudiera poseer, y el rasgo conmovedor de su acción le inclinó a tomárselo con sentido del humor más que a ridiculizarla.

—Liza, ¿por qué no te vas a casa, escribes tus sospechas y después me traes el papel para que lo repase punto por punto?

—Entonces, ¿no quieres que me quede aquí, Dorsey?

—No te estaba proponiendo que te fueses corriendo a casa. Naturalmente que quiero que estés aquí todo el tiempo que puedas.

—Quieres que me quede aquí para que no beba.

—¡Diablos, Liza, todo lo que digo te parece mal! Este tipo de conversación es anormal.

—Dorsey, ¿quieres decir que estoy loca?

La enfermera de día entró a tomarle la temperatura y el pulso. Dando a su voz un tono convencional, Dorsey añadió:

—No estoy calificado para juzgar esas cuestiones, Liza.

—Admitir la ignorancia es algo que no te va, Dorsey. Tu humildad apesta. Siempre noto cuando estás tramando algo bajo tu humilde sinceridad y tu amable lógica. Así es que no voy a presentarte ninguna lista de psiquiatras para que me analicen y me encierren.

Cuando la enfermera le quitó su mano de las de Liza para tomarle el pulso, la rabia en la voz de ésta creció vengativamente.

—Una vez expresaste tus temores de que tu hijo fuera homosexual. Os he observado a los dos muy de cerca. Las excusas que fabricáis el uno para el otro, el apoyo mutuo, tu manera vigilante de mirarle, todo me hace preguntarme si realmente estabas temeroso o esperanzado.

Después de lo que le había dicho, se merecía ese comentario, pensó Dorsey, mientras la enfermera le sacaba el termómetro de la boca; pero hubiera preferido que

Liza hiciera su acusación sin testigos.

Impersonal, la enfermera devolvió su mano a las de Liza diciendo:

—Puede quedárselo, señora Clayton. Es demasiado feo para mí, con todos esos tubos que le cuelgan. Además, necesita afeitarse.

Mientras la enfermera se movía alrededor de la cama para dirigirse a la puerta, Liza la llamó.

—Señorita, ¿está usando un catéter?

—Todavía no. Se dará cuenta de que tiene un catéter cuando las líneas se marquen.

Salió, mientras Liza preguntaba agriamente:

—¿Cómo se llama?

—¿Cuál es la diferencia?

—Ahora estás protegiéndola. Seguro que te has acostado con ella anoche, mientras yo lloraba hasta quedarme sin lágrimas. Quiero que la quiten de aquí.

La mujer era una enfermera de día, pero ese hecho tan obvio no podía ser comprendido por Liza.

—Me ocuparé de que la cambien esta noche... ¿Cuándo va a venir Marlon?

—¿Por qué lo preguntas? —De nuevo su voz era cortante, llena de sospechas.

Sin contestarle, se echó hacia atrás y cerró los ojos. No había manera de hablar con Liza sobre Marlon sin levantar sus sospechas, y ahora estaba seguro de que su errático comportamiento no era debido al alcohol. Su afición a la bebida era un síntoma, no la causa, de una enfermedad mucho más grave que la suya; y él debía haberlo adivinado desde el comienzo de sus cambios de humor, sus repentinos saltos del júbilo a la tristeza, la variabilidad de sus ideas, y ahora ilusiones paranoicas.

La luz de su vida se escapaba, perdiéndose en la larga noche de la esquizofrenia.

—Dios mío, Liza. ¡Cuando más te necesito!

Echado como estaba, con los ojos cerrados, la cara inmóvil, logró apartar la atención de Liza de su tumulto interior.

Se echó contra él y recostó la cabeza sobre su hombro, sollozando.

—¿Qué es lo que me pasa, Dorsey? No debería venir a verte a tu habitación de enfermo y comportarme así. Parece como si los pensamientos explotaran en mi mente, hiriéndome. Me hacen daño, pero no debía molestarte. Estoy tan confundida... No sé si soy Hamlet u Ofelia.

Agarrándola con su mano libre, la consoló.

—Eres mi chica dorada, Liza, todo irá bien.

Pero Dorsey sabía que mentía.

- Capítulo VIII -

—¿Dónde se ha ido todo mi valor?

—Lo tenias anoche cuando me ayudaste a salir de casa.

Secándose las lágrimas con un pañuelo que había tomado del bolso, pareció recuperar las esperanzas.

—Quizá sea un desarreglo hormonal. Puede que necesite estrógeno. Preguntaré a Marlon. Sabe de todo, Dorsey.

—No se lo menciones. Está muy ocupado con los negocios y por otro lado, tu capacidad para arreglártelas por ti misma se debilitará si dependes de alguien más.

Quiero que seas fuerte porque necesito tu fortaleza.

Sentada de nuevo, sin agarrarse a su mano, consiguió sonreír. Toda su amargura había desaparecido, todo el mal humor y la malicia de sus ojos se habían evaporado, y Dorsey se sintió como si acabara de salir de una pesadilla y se diera cuenta de que únicamente había soñado todos los horrores.

—Tienes razón, Dorsey. Marlon tiene sus secretos, así es que nosotros también tendremos los nuestros... El cuarto de baño está reluciente y lo he hecho yo sola.

Puedes decir que lo he limpiado con un cuidado ritual, porque tu sangre es sagrada para mí.

Dorsey rió entre dientes.

—¡Y pensar que te di albóndigas! Qué absurda manera de preparar una cena para una posible futura nuera. No una hija tuya. Esa idea me debe de haber venido del resentimiento que me produjo ver que las flores de Allegra te habían llegado antes que las mías. ¿Cómo se enteró de que estás enfermo?

—Me figuro que Marlon la habrá llamado.

—Ha estado en casa toda la mañana, estudiando farmacología. Sólo le ha llamado la señorita Weber, preguntando cuándo ibas a ir a firmar los cheques.

—Pues no lo entiendo —admitió Dorsey.

Cuando Marlon llegó, tampoco pudo comprender cómo Allegra se había enterado tan rápidamente de la enfermedad de Dorsey, pero al menos tenía una teoría.

—Quizás existan unas ondas físicas que os unen a los dos. Ayer me pareció notar que Allegra intentaba saltar el abismo generacional para interesarse por mí viejo papá.

Si hubieran estado solos, el comentario de Marlon podía haber sido divertido, pero en presencia de Liza, Dorsey lo consideró poco delicado. Antes de que Dorsey hubiera podido pronunciar una respuesta, Marlon abandonó los temas frívolos.

—Papá, en lugar de traerte los cheques, fui a la oficina de Dave Jenkins y te traigo un documento por el que me traspasas tus poderes. No voy a tener tiempo para ir de un lado para otro con papeles para que los firmes.

—Pero eres menor de edad.

—No te preocupes por los detalles, papá.

—Levanté la compañía precisamente porque presté atención a los detalles.

—Eso es parte del problema. Deberías haber sido más selectivo en cuanto a los detalles que merecían la pena.

Aparentemente, Marlon no estaba de humor para escuchar los consejos paternos.

Dorsey ojeó el documento que el abogado había realizado y se dio cuenta de que Jenkins le traspasaba sus poderes solamente durante el período que durase la ausencia de Dorsey de la oficina.

—Marlon, ¿te das cuenta de que esto te da el absoluto control de Productos Farmacéuticos Clayton?

—Sí, señor. Pero no estamos hablando de la General Motors.

—La compañía es lo que nos da de comer.

—Papá, tengo que llamar al cirujano, llevar a mamá a casa, volver a la oficina, revisar los libros, los contratos y familiarizarme con los procedimientos de la planta, así es que no tengo tiempo que desperdiciar. Firma el documento.

Su voz no parecía irritada ni irrespetuosa, únicamente denotaba precisión y dotes de mando.

—Hubieras sido un buen sargento —comentó Dorsey mientras firmaba—. Pero te estoy rebajando de categoría. No interfieras con Wakefield y los experimentos de los primates. Bajo ninguna circunstancia saques los cultivos de los hornos de temperatura constante.

Al tenderle Dorsey el documento, Marlon le dedicó una de sus sonrisas infantiles.

—Sí, señor. Ahora me voy a llamar al cirujano desde el teléfono de la sala de espera para que mamá y tú podáis decirnos adiós. Os quedan siete minutos.

Dando media vuelta salió por la puerta mientras Liza le miraba.

—No hay duda de que va en línea recta hacia las cosas que desea conseguir.

—Es nuestra supermente, según la opinión autorizada de Van Ellen.

—Algunas veces me gustaría que fuese más sentimental y menos mental —dijo ella, después hizo una pausa para modificar sus palabras—. Naturalmente que es muy comprensivo cuando desea serlo.

«O cuando el serlo está de acuerdo con su política», pensó Dorsey, y no se arrepintió de su pensamiento.

Como el cirujano que Marlon había escogido tenía privilegios de plantilla en el hospital, Dorsey no tuvo que ser trasladado, y en dos semanas le encontraron lo suficientemente recuperado para la operación. Marlon no fue a visitarle en persona.

En vez de eso, todos los días, incluidos los sábados, le telefoneaba antes de abandonar la oficina y le hacía un resumen de las actividades diarias. Los domingos los pasaba estudiando sus asignaturas de la universidad.

Como no podía perder el tiempo en llevar y recoger a Liza al hospital, Marlon le pidió que no bebiera hasta que Dorsey hubiera sido operado, y ella lo cumplió tan estrictamente que Dorsey casi empezó a sentir nostalgia del olor a clorofila alcoholizada, pero cada día de abstinencia parecía quitarle un año a Liza. Su humor y vivacidad conquistaron al personal del hospital y su palidez se desvaneció bajo el bello tono tostado que fue adquiriendo, ya que pasaba las mañanas en la piscina donde había tomado el lugar de Marlon como compañero de juegos favorito de Colleen O'Keefe.

Concedía a Marlon todo el mérito de su cambio.

—Ahora actúa como un hijo. Llega a casa por las tardes y habla de sus problemas conmigo.

—¿De qué problemas?

—Cuestiones técnicas, muy superiores a mi comprensión. Te tengo un secreto, Dorsey: Colleen ha hecho una flor de papel y quiere traértela en persona. La niña es un verdadero genio haciendo tulipanes.

Desgarbada, llena de pecas y tímida, Colleen vino un día con Liza, trayéndole su tulipán confeccionado con papel amarillo y sostenido por un alambre recubierto de papel verde. Después de escuchar los efusivos cumplidos de Dorsey sobre su trabajo, la niña se sentó en un lado de la cama y charló con él sin reparo.

—Mamá me dice que todo mi talento está en la punta de los dedos, señor Clayton, y Marlon debe pensar eso también, porque ya nunca me habla, sólo me saluda.

Pero me sonrío y es un chico guapo.

El antiguo compañero de juegos de Colleen era igualmente conciso con su padre.

Sus informes eran breves pero significativos. Descontando las facturas por cobrar, vendió el papel y canceló el préstamo del banco para conseguir un préstamo mucho mayor sobre el edificio para poder promocionar el Memorazine bajo un nuevo nombre.

—Va a llamarse simplemente IQ. Lo hago para crear una nueva imagen y para terminar con los descuentos de distribución a los farmacéuticos. Los distribuidores tienen la fuerza de la venta y con ciertas mejoras la píldora se venderá por sí sola.

Los farmacéuticos podrán seguir comprando directamente, pero serás tú el que te embolses la comisión del distribuidor.

—Puedes tener problemas con la Comisión de Comercio si anuncias que las píldoras aumentan la inteligencia —le señaló Dorsey.

—La memoria es una función de la inteligencia y puedo defender mi opinión ante la Comisión. Las iniciales IQ no significan nada por sí mismas, y los anuncios respetan las restricciones de la licencia porque utilizan la palabra «mejorar» en lugar de «aumentar».

—¿Cómo puedes mejorar la píldora?

—Haciéndola mayor, blanda y con un sabor que atraiga a los niños y que la haga parecer como un regalo. He enviado la nueva píldora y copias de los anuncios publicitarios al Servicio de Consumidores, dentro de la FTC.

Al final de la segunda semana, Marlon informó de nuevo:

—La agencia de Kevin O'Halloran va a encargarse de la promoción en la zona de San Francisco. Su hermano dirige la cadena Big Deal por lo que Big Deal está intentando lanzar el IQ por encima del Rekordar.

Dorsey se acordó de que él también había asociado a los dos hermanos, pero su punto de vista quedaba muy retrasado respecto al de Marlon, o más exactamente al de Alan.

El lunes de la semana en que se iba a realizar la operación de Dorsey, fijada para el Jueves, Marlon comunicó otra vez ciertas novedades.

—Alan y yo hemos estado estudiando el contrato de Houston con Dave Jenkins, y Alan va a comenzar nuestras ventas por correo.

—Estás violando el espíritu del contrato.

—Pero no la letra, y el espíritu siempre seguiré a la acción. Los de Houston no se quejarán cuando sus ingresos comiencen a crecer.

La estimación del valor que Marlon pensaba que tenía en su trabajo le llegó a Dorsey por una extraña nota el miércoles anterior a su operación, cuando Liza le sorprendió con el anuncio de que iba a comenzar unas sesiones psiquiátricas por las tardes especialmente preparadas para ella por Marlon.

—El doctor Hagen es maravilloso, Dorsey y solo cobra setenta y cinco dólares por sesión. Puede recibirme cinco veces por semana a última hora de la tarde.

—¿Trescientos setenta y cinco dólares por semana?

—Es barato, cariño. El doctor Hagen lleva a cabo la rehabilitación del comportamiento y dice que al cabo de cuatro semanas tendré un control total de mis patrones de bebida.

Cuando Marlon llamó esa tarde, Dorsey cuestionó la necesidad de todo aquello, especialmente porque veía que Liza había mejorado mucho por sí misma.

—Está mejorando porque he consagrado parte de mi tiempo a escucharla, papá, y lo he hecho para poder quitártela de encima. Contando el tiempo que necesitaré para ir y venir, Hagen me liberará dos horas cada tarde. Una estimación conservadora de las ventas de esta semana hacen que el valor de una hora de mi tiempo sea de mil quinientos dólares. Así es que consigues tres mil pagando setenta y cinco.

—¿Y qué hay de tu madre?

—Se beneficiará. Hagen combina las técnicas freudianas con el condicionamiento de Pavlov y creo que logrará curarla de su problema con la bebida.

Sobre la base del comportamiento de Liza al día siguiente, Dorsey sintió que el optimismo de Marlon era prematuro.

Por la mañana, casi tres semanas después de su recaída, Dorsey fue conducido a la sala de operaciones. Permaneció allí echado un momento discutiendo el tipo de anestesia que planeaban utilizar cuando el estómago comenzó a dolerle y preguntó si el cirujano iba a tardar mucho.

—Está comiendo.

Dorsey no se dio cuenta de que había sido anestesiado y se despertó diciendo:

—Díganle que se olvide del postre. Siento mi estómago como si tuviera una pelea a cuchillo y la estuviera perdiendo.

El anestesista le dirigió una mirada y sonrió.

—Señor Clayton, la operación ha terminado.

Era cierto.

Liza, con la cara marcada por una larga espera, se inclinó sobre él.

—Querido, estás en la sala de recuperación y todo ha salido muy bien. Vas a ponerte bueno.

Se inclinó un poco más y le besó. A pesar de tener sus sentidos un poco adormecidos Dorsey notó el olor a whisky. Su comportamiento todavía no había sido modificado, pero al menos había esperado hasta la operación.

Marlon se acercó por el otro lado de la cama y le cogió una mano.

—¿Cómo te sientes, papá?

—Con muchos dolores.

—El dolor es un estado mental. Si hubieras practicado la disciplina del loto, no habrías necesitado anestesia.

Una enfermera negra se acercó.

—Déjenmelo a mí, amigos. Tengo algo para sus dolores.

Sus manos eran suaves, llevaba el pelo peinado a lo afro y sus pechos eran de tipo italiano.

Dorsey señaló su pecho y dijo:

—Estos vencerían a tus lotos en cualquier momento, Marlon, pero no le digas a tu madre que te lo he dicho yo.

Liza y Marlon sonrieron ante su broma mientras el dolor desaparecía permitiendo que el sueño le invadiera.

A los ocho días de convalecencia en el hospital, autorizaron a Dorsey para que regresara a su casa, donde debería recuperarse gradualmente durante tres semanas dando paseos con Liza, antes de que le dieran de alta para regresar al trabajo. Durante ese período, Marlon finalizó su segunda sesión de verano y pudo consagrarse enteramente a los negocios. Se realizaron algunos cambios en el patio de la planta, y Marlon pensaba que él era el único que podía dirigirlos, por lo que al mejorar la salud de Dorsey sugirió a sus padres que tomaran dos semanas más de descanso en Acapulco.

—¿Podemos afrontar los gastos?

—Las ventas están subiendo. Si quieres, puedes pasarte un mes en Tahití con mama.

Pensando en Liza, Dorsey prefería Acapulco, pero decidió no tomar todavía ninguna decisión. Desde que había regresado a casa Liza había permanecido sobria, pero todavía no estaba seguro de que sus patrones o los de su marido fueran lo suficientemente fuertes como para no beber durante dos semanas en un centro de vacaciones.

Para confirmar o desechar sus dudas, Dorsey telefoneó al psiquiatra de Liza y le preguntó su opinión.

—Lo está haciendo lo mejor que se podía esperar, señor Clayton.

—No tengo una idea definida, doctor Hagen. ¿Piensa usted que podrá hacer frente a dos semanas en Acapulco?

—Sería un experimento interesante. Apreciaría mucho que tomara nota, para mis registros, de cualquier comportamiento que le parezca inconsistente respecto a la conducta ordinaria de Liza.

—No deseo espiar a mi mujer, doctor Hagen.

—Como científico, señor Clayton, obsérvela. No tiene que espiarla.

—Pero también son mis vacaciones, doctor Hagen. ¿Cree usted que podrá enfrentarse con su problema durante dos semanas sin su ayuda?

—En mi sistema, señor Clayton, no utilizo la transferencia. Mis pacientes no se sienten dependientes de mí.

—¿Entonces cree que podrá hacerle frente?

—Eso dependerá del grado de rehabilitación de Liza.

—¿Piensa usted que su rehabilitación ha alcanzado el grado necesario que le permita pasar dos semanas en Acapulco sin perder el control?

—Mi pronóstico es optimista, pero con reservas.

Aceptando el optimismo con reservas del psiquiatra como una posible indicación de que podía no ocurrir nada malo si iban a Acapulco, Dorsey se decidió a hacer el viaje.

Marlon les llevó al aeropuerto, conduciendo el automóvil con la cuidadosa seguridad de un taxista más que con la agresividad descuidada de los jóvenes. Había reservado los billetes de avión y el hotel y cuando llegaron a Acapulco les esperaba un coche del Hotel Punta. Su habitación tenía una maravillosa vista sobre el cabo y el océano, y el personal del hotel parecía excesivamente cordial.

Los dos primeros días Dorsey disfrutó de una total inactividad. El tercero, mientras Liza recorría las tiendas, se fue a una excursión de pesca a alta mar y por la noche recorrieron algunos bares, bebieron, escucharon a los mariachis y disfrutaron de la evidente admiración que sentían los jóvenes mejicanos por Liza. Pero estaba

más débil de lo que suponía y el quinto día restringieron sus actividades al hotel y la playa. Los días y las noches pasaban en agradable somnolencia y el tiempo parecía hacerse más lento en torno a ellos, llegando finalmente a estancarse. Dorsey trataba de permanecer atento en presencia de Liza, pero su mente seguía escamoteándole valencias atómicas y entretejiendo cadenas moleculares.

Una tarde, en la playa, estaba parcialmente echado bajo la sombrilla mientras Liza, dándole la espalda, le untaba una loción para el sol en los pies y las piernas. Vio a una muchacha mejicana en bikini que caminaba por la playa hacia ellos.

Arrastrando los dedos de los pies por la espuma del mar, justamente en la línea de la marea, dando saltitos para evitar las pequeñas olas que intentaban mojarle los tobillos, jugueteaba de una manera encantadoramente natural. Su juego la absorbía, sin permitirle fijarse en nada más, y él se sintió encantado al ver el placer de un joven animal hembra, que no tendría más de dieciséis años.

Al acercarse y sentir su presencia, echó atrás su largo cabello con un movimiento de cabeza y caminó frente a ellos, con la cabeza erguida, moviéndose con una ligereza y un contoneo claramente perceptibles. Su manera de caminar, en la que se mezclaban la dignidad con la armonía, le hizo recordar a Allegra Venturelli, y mientras observaba a la muchacha de la playa sintió una repentina soledad y deseo por la lejana muchacha.

Sin volverse ni verle la cara, Liza comentó:

—Estás lleno de malos pensamientos, Dorsey. Eso quiere decir que ya estás bien.

—Querida, estaba admirando la curva de los músculos de tu hombro.

Vistiéndose para la cena después de pasar la tarde en la playa, Dorsey, distraído, anudó mal la corbata. Liza advirtió su error y rehízo el nudo, ajustándose lo cuidadosamente.

—¿Quién te cuidará, Dorsey, cuando yo me vaya?

—Proyecto irme antes que tú —dijo él—, para evitarme los arreglos funerarios.

—Algunas veces, Dorsey, tengo la impresión de que voy a dejarte solo, sin que nadie te cuide.

Apoyó la cabeza sobre su pecho y, al darse cuenta de que lloraba, la rodeó con sus brazos para consolarla en su prematura aflicción. Pero ella continuó sollozando, agarrada a él, y tuvo que tratar de calmarla con palabras, hablándole con dramáticas hipérbolos.

—Qué cosa más extraña y maravillosa es una mujer, algo capaz de consolarse rápidamente pero que necesita enormemente el consuelo, tan débil en su fortaleza y tan fuerte en su debilidad, de formas angelicales pero totalmente terrestre.

Realmente es una paradoja.

Pensó que sus palabras habían surtido efecto, porque dejó de sollozar y se deshizo de su abrazo, pero fue para mirarle con los ojos llenos de ira.

—Pareces un actor en una fiesta de fin de curso.

—Sí, extraña mujer —continuó declamando—, tan rápida para caer ante los pies de unos y para agarrar por el cuello a otros.

—Déjame decirte una cosa, Dorsey —dijo con una irrelevancia total—. Estoy harta de tacos y tamales. Esta noche voy a pedir polio y budín. ¿Cómo puedo saber si no si el cocinero es realmente bueno? Todas las enchiladas me saben igual.

Se volvió para tomar su capa de noche, que estaba sobre una silla, y Dorsey advirtió que no había terminado de vestirse.

—Espera, Liza. Te has olvidado de quitarte el sostén o de abrocharte la parte trasera del vestido.

—Qué diablos —dijo ella, imitando su encogimiento de hombros—. Déjalo. Al menos los muchachos mejicanos disfrutarán un poco. Los lotos son cosa tuya.

Dócilmente, dejó que le subiera la cremallera, pero mientras bajaban las escaleras hacia el comedor dijo pensativamente:

—Nunca puedo ver a un joven negro ligeramente coloreado sin ponerme a meditar.

No tuvo ningún problema en persuadir al camarero para que le sirviera pollo y budín, y Dorsey aceptó compartir el plato para no gastar demasiado. Mientras esperaban la especialidad de la casa, Liza sobrepasó su cupo de bebidas previas a la cena y en vez de tomar un par de cócteles se tomó seis, pero su vivacidad retornó con las bebidas y Dorsey bebió con ella.

Cuando les sirvieron el pollo y el budín ninguno pudo diferenciarlo de los tamales y Liza no dejó de advertirle de que tuviera cuidado de una úlcera que ya no existía.

Después de la cena, bebieron y bailaron hasta que se sintieron incapaces de seguir el ritmo de la música, y, apoyándose uno en el otro, subieron a la habitación.

Torpemente, Dorsey la desnudó y Liza le pidió que durmiera con ella en una de las estrechas camas.

Muy borracho, él insistía en saber por qué.

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De la noche y el silencio sale un algo diabólico que viene hacia aquí.

—Querida, si citas a alguien, por favor, indica quién es.

Más tarde, acurrucándose contra él, dijo:

—Ya me voy a acordar, Dorsey... Ya llega... Es una cita de la tía Harriet Gentry.

Murió gritando.

La tía Harriet había muerto en el hospital para enfermos mentales del Estado de Georgia, en Milledgeville.

—Es la única manera de morir —dijo él sin ironía.

En algunos círculos fundamentalistas del Sur, morir gritando alabanzas al Señor

era considerado como una muerte santa.

Por la mañana Liza se despertó demasiado silenciosa como para que su silencio fuese debido a la resaca, y después de un desayuno sin palabras, Dorsey hizo los arreglos para regresar a Los Ángeles por la tarde, acortando tres días sus vacaciones.

Mientras hacía las maletas, Liza se sentó junto a la ventana mirando al océano, aunque él sabía que ni siquiera lo veía, y no le ofreció su ayuda en una tarea que generalmente hacía ella sola. Hagen le había dicho que observara sus comportamientos poco normales, pero que no le informara sobre el problema de la bebida, y mirándolo retrospectivamente la petición del psiquiatra adquiriría un nuevo significado. La noche pasada Liza tenía miedo de dejarlo solo, y por la mañana su chica dorada se había marchado. Era únicamente el caparazón de Liza quien obedecía sus instrucciones, esperando que le dijera lo que tenía que hacer a continuación.

Aterrizaron en Los Ángeles a última hora de la tarde y tomaron un taxi hasta la casa. Después de hacer que se echara en la cama, Dorsey telefoneó a Marlon a la oficina.

—Hemos regresado porque tu madre está seriamente enferma. De repente se ha quedado callada, ausente. Mira al espacio con una expresión fija, como si estuviera tratando de solucionar algún problema profundo dentro de ella.

—¿Puede entenderte o responderte?

—Me oye y responde como un robot.

—Papá, en este momento estoy atrapado en la oficina. Alan escribió un artículo para «Automation Trends» y un grupo de hombres de negocios de México viene a visitar la planta mañana. Estoy preparando una pequeña conferencia en español.

¿Le dirás a mamá que iré a casa en cuanto pueda?

—Marlon, tu madre está seriamente enferma.

—Lo sé, papá, pero no soy un psiquiatra. Enviaré al doctor Hagen lo antes posible.

Cuando Marlon colgó, Dorsey permaneció junto al teléfono un momento, sopesando la reacción de su hijo. Excepto cuando utilizaba la compasión como instrumento, Marlon sólo se guiaba por la lógica. Una vez Dorsey había conocido un general del Ejército que actuaba con precisión y soltura en situaciones en las que los hombres normalmente perdían el control, pero que se entristecía con la carta de una de sus hijas. Comparado con Marlon, era un sentimental.

Una hora más tarde, cuando llegó Marlon acompañado de un hombre alto, de cabello gris, que se movía con aire de suave competencia por el salón donde Liza estaba sentada, Dorsey casi llegó a pensar que su juicio era erróneo. Marlon presentó a su acompañante como el doctor Hagen, el psiquiatra de Liza.

Después de la presentación, Hagen se apartó de ellos, acercó una silla y se sentó frente a Liza, le tomó las manos entre las suyas y preguntó:

—¿Lo has pasado bien en tus vacaciones, Liza?

—La primera parte fue divertida, después ocurrió algo.

—¿Qué ocurrió?

—Hice tonterías, doctor. Lo estropeé todo.

—¿Te sientes bien?

—Me siento..., me siento... Usted es el doctor. Dígamelo.

Permaneció sentada mientras él se inclinaba hacia ella, iluminándole los ojos con una pequeña linterna. Ella continuó mirando a lo lejos. Finalmente, Hagen se levantó.

—Esta mujer necesita un largo descanso, señor Clayton.

Dorsey se sentó en el sofá junto a Liza y le tomó la mano. Estaba fría y sin vida.

—¿En Sunnyvale? —preguntó Marlon.

—Preferiblemente, porque formo parte del personal.

—Henderson también es un buen hombre —añadió Marlon.

—¿Tan grave es, doctor? —preguntó Dorsey.

—No hay nada seguro en estos casos, señor Clayton, pero el pronóstico es grave.

—¿No existe ningún tratamiento que se pueda hacer en casa, una de esas drogas milagrosas de las que tanto se habla?

—Los milagros se producen generalmente en las revistas y los periódicos —dijo Hagen—. Nuestros grandes problemas siguen siendo grandes problemas.

—Esta casa será una tumba sin Liza... Doctor, hemos tenido un problema con la bebida durante varios años. La he vigilado, cuidado...

Hagen adivinaba hacia dónde se dirigía el pensamiento de Dorsey y le interrumpió:

—Necesita cuidados profesionales todo el día. Su casa tendría que ser modificada.

—Quiere decir que es peligrosa.

—Para sí misma, lo es.

—Papá, su problema nunca fue el alcohol —medió Marlon—. Para ella, beber era una manera de atontarse que le ayudaba a controlar su ansiedad. Cuando se sienten asustados por un diablo que no pueden comprender, lo convierten en un problema que sí pueden entender.

Moviendo afirmativamente la cabeza, Hagen escuchaba a Marlon como si estuviera recibiendo las opiniones de un experto colega, pero los modales clínicos de su hijo fastidiaban a Dorsey.

—Marlon, no hables en presencia de tu madre como si fuera un objeto. No la voy a confinar basándome en la opinión de un solo hombre.

—No tienes que apoyarte en las palabras de Hagen para eso, papá. Mira a mamá. Ya está en estado semicatatónico.

—Yo también he leído algunos libros —espetó Dorsey—. Mi amor puede

ayudarla.

—Estoy totalmente convencido de que el amor tiene un valor terapéutico, señor Clayton —dijo Hagen—. Pero un matrimonio combina el afecto con multitud de pequeñas hostilidades. Las reacciones de ella hacia usted pueden ser imprevisibles.

—Pero no las mías hacia ella. ¿Cómo podría dormir por la noche con la cama de Liza vacía a mi lado?

De repente Liza habló:

—No estará vacía mucho tiempo, Dorsey, créeme.

Su comentario apoyaba la opinión del psiquiatra, pero Hagen prefirió ignorarlo.

—Señor Clayton, usted está demasiado involucrado con Liza como persona. Ella necesita ser tratada como paciente por personal preparado para manejar esta enfermedad.

—Pero la amo.

—Y ella lo sabe —dijo el doctor—. Pero, ¿cómo reaccionaría usted al verse acusado, por ejemplo, de ser el padre de todos los niños que ve cuando cruza una calle?

—Entonces, ¿es ése el problema? —dijo Dorsey.

—No, ése no es su problema —intervino Marlon—. Sus acusaciones son una pantalla.

Se ha estado avergonzando de sí misma por su niño retrasado. Se ha producido una ruptura entre su ego ideal y su realidad funcional.

—Pero tú estarás aquí para cubrir la ruptura.

—Papá, yo no puedo cuidar a mamá.

—Ella te ha cuidado durante diecisiete años. Jamás hubiera permitido que te encerrara en una institución a pesar de las recomendaciones médicas.

De repente Liza se volvió hacia él, y con la mano libre dio unos golpecitos sobre la mano que agarraba la suya.

—Querido, escucha al doctor. Sunnyvale no es ningún lugar horrible. A mi último psiquiatra le enviaron allí.

Automáticamente, él la corrigió:

—Le enviaron a Camarillo, querida.

—Se graduó en Camarillo, Dorsey, pero comenzó sus estudios en Sunnyvale.

Le apretó la mano.

—Liza, ¿cómo podré seguir viviendo sin tu sentido del humor?

—Tendrás a Flip Wilson. Si te acuerdas, querido, abandoné Georgia y vine a California porque Camarillo sonaba más romántico que Milledgeville.

—Pero tú no quieres dejarme solo, ¿verdad?

—Hay algo muy agradable en estar solo. Lo he aprendido aquí. Si me encerraran en una cáscara de nuez llena de otras nueces, todavía tendría un espacio infinito.

Su mano dejó de acariciar la suya, cayó de nuevo sobre su regazo y añadió con una voz que parecía salir de lo más profundo de su garganta:

—La cita es de Hamlet, edición no-se-qué revisada.

Con sus últimos rastros de lucidez, Liza trataba de prepararle para hacer frente a lo inevitable. Dorsey hubiese preferido su ira, histeria, cualquier emoción que no fuese el amor que impulsaba sus divagaciones.

—No le gustaría cuidar de ella, señor Clayton. —Hagen pareció introducirse en sus pensamientos—. Sus hábitos personales pueden degenerar de manera espectacular.

Dorsey podía inferir el significado del comentario, pero le parecía tan lejano de la limpia y aseada mujer sentada a su lado que pensó: «Pues entonces le pondré pañales y los lavaré».

Durante un momento reinó el silencio, y Dorsey comenzó a especular sobre el tiempo que le llevaría lograr una cadena doble alrededor del Hexagon Seis.

Entonces Marlon dijo amablemente:

—Papá, si es demasiado duro para ti, la llevaré yo y me ocuparé de que la admitan.

Dorsey levantó la vista.

—Nunca he abandonado a Liza, y jamás lo haré. —Volviéndose hacia ella, continuó—: Querida, te prepararé la maleta. Por la mañana iremos juntos a Sunnyvale.

Ella le miró, ausente, desvió la vista y dijo:

—Pero tú regresarás, Dorsey.

—Llamaré al servicio de admisiones por la mañana —se ofreció Hagen—. Henderson es el director, un buen hombre. Pero lleve su talonario de cheques. Los precios son altos.

—¿Cómo van nuestras finanzas, Marlon? —preguntó Dorsey.

—El seguro pagará la mayor parte. Además, he estado apartando una suma para mamá desde tu segunda semana en el hospital.

Dorsey se sintió agradecido por la previsión de Marlon, pero también pensó que el muchacho se había movido con una seguridad pavorosa en un campo en el que nada era seguro.

Por la mañana, la vivacidad de Liza retornó y ayudó a Dorsey a hacer la maleta, indicándole qué iba a necesitar. Advirtiéndole su depresión comentó:

—No estés tan cabizbajo, querido. Imagínate que vamos de paseo.

—¿En viernes? —dijo, esforzándose por sonreír—. Es mi día más ocupado.

Su alegría continuó después de subir al coche.

—Si en ese lugar me dan privilegios para pasear, voy a contar todas las encinas. Si no hay mil encinas en Mil Encinas, me quejaré a la Cámara de Comercio.

—Querida, ¿recuerdas los carteles de la segunda guerra mundial «¿Es necesario este viaje?»? Por la manera en que actúas esta mañana, me estás dando la esperanza de que éste no lo sea —dijo Dorsey mientras conducía alejándose de la casa.

—Entonces, querido, como conozco mi destino, devuélveme la esperanza que te he dado... ésta es de Robert Browning.

Desde su última noche en Acapulco, cuando ambos estaban muy borrachos, recordaba Liza su comentario irrelevante sobre dar crédito a las citas. Por un momento pensó que su demencia podía ser tan provocada como su afición por la bebida.

—¿Por qué eres tan pesimista, Liza?

—Marlon... Creo que recomendó al doctor Hagen porque forma parte del personal de Sunnyvale. Marlon hará que le restituyan una parte de la cuenta, así es que hará que me tengan allí.

—Pero Marlon va a pagar la cuenta.

—La pagaré con tu dinero. Como en Navidades, cuando te compró algún regalo y lo cargó a tu cuenta.

—No creo que Marlon me engañe.

—No te fíes de él. Ahora va a por ti. A mí ya me tiene. Estaré encerrada toda la vida sin esperanza de libertad bajo palabra.

—No es un criminal, Liza.

—Curaste su cerebro con una fórmula que le robaste a un asesino. Ni siquiera habla como las demás personas. Bong, bong, pop. Esto es así y fuera.

—Utiliza el vocabulario de los jóvenes con mucha pericia.

—Ésa es su pantalla. Es una florecilla con una serpiente venenosa escondida entre sus pétalos. Sólo actúa como un ser humano cuando golpea a alguien. Vigílale, Dorsey.

—Me sentiría más a gusto si supiera que me odiaba. Cuando te dio un beso de despedida esta mañana, mientras salía corriendo hacia la planta para dar su conferencia en una lengua que yo ni siquiera imaginaba que podía hablar, me di cuenta de que para él era un día igual a los otros.

—Cuando tiene esa extraña mirada en los ojos —dijo ella—, me recuerda a un ser de otra dimensión.

—Según Van Ellen, está engrasando sus engranajes.

—Está planeando sus movimientos —insistió ella—, y sabe mucho más de lo que tú o yo podríamos soñar nunca. Me recuerda a ti, pero sin tu calor, y tú nunca has ganado ningún premio por sentimental. Nunca te he visto llorar.

—Los anglosajones no lloramos. Os dejamos las lágrimas a vosotros, los irlandeses. Pero no subestimes nuestro poder emocional. Escribimos buena poesía.

—Naturalmente que no —dijo ella, pensativamente—. Tú has sido un amante

muy bueno en tu época. Tengo un cuarterón de sangre francesa, así es que puedo saberlo. Pero Marlon es diferente con cada persona. ¿Notaste cómo le escuchaba anoche el doctor Hagen?

—Si estabas lo suficientemente despejada para notar todas esas cosas, ¿por qué no nos vamos tú y yo a Tijuana?

—¡Oh, no! Llévame a mi almohadillada celda. No quiero que nadie venga a verme, aparte de ti. Marlon, de todas formas, no lo hará. Después de tres semanas, quiero que vengas conmigo a la celda. Éste es un mundo duro, Dorsey, y va a ser más duro todavía. Lo siento en mi hueso occipital.

—Pareces una profetisa de la condenación.

—Quizá sea por culpa de este tramo de la carretera. Nunca me gustó.

Un psiquiatra, pensó Dorsey, hubiera sacado connotaciones de este comentario, pero a Dorsey tampoco le gustaba ese tramo. Antes de que estuviese hecha la autopista, la carretera se llamaba bulevar Sepúlveda, y se enroscaba a través de un oscuro y prohibido cañón, con túneles, curvas y trampas mortales para los motoristas. Sus temores provenían de una vieja costumbre.

Liza, si están conspirando contra nosotros, también podemos preparar nuestra propia conspiración. Tan pronto como tenga bajo mi control el trabajo, si las finanzas lo permiten y el nivel de Marlon está bien, trataré de hablarle de Yale o Harvard.

—Quizá sea ésta la terapia que esta chiflada necesita.

—No digas eso.

—Chiflada suena más cálido que psicópata.

Estuvo de acuerdo, aunque no dijo nada, pues estaba maniobrando en un cruce para tomar la carretera norte, hacia Mil Encinas. Si ella era una psicópata, también él tenía su parte.

—¿Sabes, Dorsey? —dijo repentinamente—. Estoy contenta de llegar a tiempo para la comida. Un bistec en su punto es lo que le hace falta a mi apetito siempre a punto. La cita es de la tía Harriet Gentry, y no ha sido revisada. La tía Harriet hablaba en rimas. Siempre pensamos que era una persona encantadora hasta que se convirtió en una impúdica. Fíjate, Dorsey, sabía doscientas treinta y seis palabras que rimaban con «mierda».

Ese lenguaje, aunque fuese citando a alguien, no era característico de Liza, pero se limitó a registrar la observación mientras ella dejaba fluir libremente las ideas.

—Era una cruz para papá. No es que fuese poco amable con ella, pero no podía soportarla. Así es que la tía Harriet iba de hermano en hermano y en hermana, dando tumbos hasta comenzar de nuevo. Quizá lo que la llevó a Milledgeville fue el sentir que nadie la amaba. Rechazo lo llaman ahora. No puedo soportar ver cómo rechazan a la gente. Es por eso que siempre soy amable con la gente de color.

Mientras hablaba, el ritmo de sus palabras se hizo más rápido y el acento de su

tierra natal apareció más pronunciado.

—Pero verdaderamente tengo que reconocer que tía Harriet comenzó a chiflarse porque se quedó soltera y ya sabes que las tías solteras siempre tienen que estar nerviosas. Su piel se volvió seca y escamosa. Eso es porque una mujer necesita una inyección de hormonas masculinas de vez en cuando, suponiendo que inyección sea la palabra adecuada. Por eso las lesbianas utilizan maquillaje con aceite. En el aceite hay testosterona. ¡Diles eso a las del Women's Lib!

Mientras aumentaba la agitación de su charla, su espíritu, sin embargo, iba decayendo. Cuanto más se acercaban a su destino, mayor era el terror que la invadía, y buscaba el valor en sus propias palabras.

Cuando abandonaron la autopista, siguiendo las indicaciones, Liza se recostó en el asiento y las palabras comenzaron a salirle entremezcladas.

—Así es que la tía Harriet se volvió loca, una insuficiencia de hormonas masculinas. Su cerebro se secó literalmente. Fíjate, cariño, cuando le hicieron la autopsia su cerebro no era mayor que una avellana.

Aunque no sabía hacia qué tinieblas se dirigía, pensó Dorsey, llevaría siempre con ella sus dotes imaginativas y una manera de mirar el mundo que podían haber hecho de ella la Emily Dickinson de la prensa underground.

Después de doblar bajo un arco donde se leía «Sunnyvale», condujo por un paseo bordeado de eucaliptos hacia un edificio que se parecía a Mount Vernon o a una enorme funeraria. Las palabras de Liza se hicieron vacilantes. Se enderezó sobre el asiento y todavía pudo añadir algo:

—Nunca me dejaste compartir tus problemas, Dorsey. Ahora tengo mi propio problema y nadie puede ayudarme a resolverlo... Dicen que cuando la tía Harriet murió, sólo hablaba de los campos de algodón.

Ésas fueron las últimas palabras que Liza le dirigió, y no añadió que eran de Shakespeare, edición revisada. Cuando la ayudó a bajarse del coche, tenía la mirada ausente y respondía automáticamente a su mano mientras la conducía hacia la entrada del edificio. Permaneció inmóvil donde él la dejó mientras rellenaba los formularios de admisión y hacía algunas preguntas.

Cuando la enfermera se la llevó, caminó en silencio, sin volverse. Cuando la vio partir, moviéndose con la rigidez que, según Marlon le había explicado la noche anterior, era indicativa de esquizofrenia, Dorsey luchó para mantener el estoicismo del que siempre había alardeado.

Pudo guardar su compostura hasta entrar en el coche, pero una vez allí, inclinó la cabeza sobre el volante y cubriéndosela con los brazos comenzó a llorar. Pero aun entonces, sabía que lloraba tanto por la raza humana como por la mujer que había amado.

- Capítulo IX -

De nuevo en la casa tan llena de recuerdos de Liza, donde hasta las botellas de whisky alineadas en el bar parecían solitarias, Dorsey intentó disfrazar la ansiedad de su voz y llamó a la oficina para informar a Marlon de que había llevado a cabo su tarea.

—¿Cuál es el precio?

Marlon habló de una manera tan abrupta que hizo pensar a Dorsey que quizás hasta las botellas de whisky se sentían más conmovidas que él por la ausencia de Liza.

—Tres mil al mes.

—El seguro cubrirá la mayor parte. ¿Vas a venir a la oficina?

—No, quiero mudarme a la habitación de atrás y guardar algunas de las cosas de Liza. Los recuerdos son demasiado penosos.

—¿Pero vendrás a trabajar el lunes por la mañana?

—No, por la tarde. Por la mañana voy a ir a ver al doctor Henderson después de visitar a Liza. Para entonces ya tendrán decidido su tratamiento.

—Mamá no te reconocerá, y Henderson hará lo que tenga que hacer en cualquier caso. Cuento contigo para que estés aquí el lunes temprano.

—Pues deja de contar —dijo Dorsey ásperamente.

—El trabajo es tu mejor terapia, papá —en su voz había ahora una nota conciliadora—. Contaba con que te reincorporases al trabajo el lunes porque tengo que ir a Arizona y quiero salir temprano.

—Considerando las circunstancias, puedes retrasar la excursión algunas horas.

—Como quieras, papá —Marlon colgó.

Mientras recogía las cosas de Liza por la casa, Dorsey meditaba sobre la indiferencia de Marlon hacia su madre. Quizás había habido ciertas lagunas en el análisis de Dorsey sobre los efectos del Hexagon Seis en el cerebro de Marlon.

Pensaba que de manera positiva había detectado emociones humanas tras la máscara que su hijo asumía, y si se había equivocado su error podía ser fatal.

Como la cocinera estaba libre hasta el lunes, Dorsey preparaba escalopas de ternera, y en la cena, Marlon pareció apreciar verdaderamente su esfuerzo.

—Papá, si Allegra hubiera probado esto nunca se habría enterado. Si puedes hacer el amor tan bien como cocinas y arreglas la casa, serías una buena esposa para un hombre.

—Eso es lo que tu madre solía decirme.

Marlon sonrió tristemente.

—Era muy ingeniosa —dijo.

—Dime una cosa, Marlon. ¿Recomendaste a Hagen por sus métodos o por su

conexión con Sunnyvale?

—Un poco por ambas cosas —admitió Marlon—. Hagen marchaba en buena dirección con su condicionamiento pavloviano, pero mamá estaba ya demasiado lejos.

Henderson tampoco la ayudará, pero al menos en Sunnyvale no le harán daño.

—¿Cuándo comenzaste a notar los síntomas de Liza? —preguntó Dorsey.

Un poco después de que me pusieras el Hexagon Seis. No ocurrió repentinamente.

Comencé a notar los desacuerdos de mamá poco a poco.

—¿Qué tipo de desacuerdos?

—Ése es el problema. —Marlon se encogió de hombros—. Si supiera las preguntas podría darle las respuestas.

—¿Cómo notaste los desacuerdos?

—Puedes llamarlo intuición, pero en realidad es una habilidad especial para leer, algunas veces de manera subconsciente, los pequeños cambios en las expresiones faciales o incluso de la posición del cuerpo. Blackstone, el mago, refinó este arte hasta el punto de poder realmente leer las mentes.

Dorsey conocía algunos análisis muy elaborados sobre el significado de los movimientos del ojo derecho y del izquierdo, por lo que encontró válido el argumento de Marlon. En Acapulco, Liza había comprendido que él estaba mirando a la chica mexicana de la playa observando el cambio de ritmo de la muchacha.

—¿Afecta esta habilidad a tu comprensión de los problema de Liza? —preguntó Dorsey.

—No a mi comprensión. Afecta a mi reconocimiento de su problemas. Puesto de manera mecánica, ella ha estado desconectando interruptores de su mente para no dejar pasar ciertas corrientes a su consciente. Aparentemente, las corrientes han sido demasiado fuertes y ha tenido que desconectar todos los interruptores. Si supiera lo que está tratando de esconder de su mente consciente, podría abrir algún paso alternativo —hizo una pausa y miró a Dorsey—. O tú podrías poner fusibles nuevos que aceptaran una carga más pesada.

—Oh, no. —Dorsey movió la cabeza—. No voy a darle Hexagon Seis hasta que haga las pruebas con los primates. Puede que tenga que construir una cadena doble alrededor de los cristales. No quiero matarla para curarla. ¿Por qué querías que ingresara en Sunnyvale?

—Henderson no cree en la terapia por electrochoque y yo no quiero que la utilicen por temor a que pueda dañar el cerebro de mamá.

—Entonces es que piensas que puede curarse —dijo Dorsey.

—Papá, casi puedo garantizar que se recobrará. Sé que piensas que tengo demasiada sangre fría respecto a sus problemas, pero esta actitud no es debida a que

no me preocupe por ella. Una vez que haya analizado lo que la obliga a desconectar sus interruptores, se curará.

Ahora que sabía el motivo de la indiferencia de Marlon, Dorsey se sentía más tranquilo. Sin embargo, su curiosidad no estaba satisfecha.

—Tu madre debería ser lo más importante para ti, sin embargo, te vas a Arizona.

¿Por qué?

—Arizona puede formar parte de la solución, pero además existen otros problemas aparte de los de mamá. Y también estoy trabajando todavía en tus problemas.

—Olvídame. Piensa en tu madre.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Cuando trabajo en los problemas de mamá me encuentro con las manos atadas.

—¿Por qué?

—Qué diablos, papá. —Marlon se encogió de nuevo de hombros—. Para qué sirve dar golpes a ciegas...

Marlon se calló por un momento, pensando. Exteriormente su expresión era meramente pensativa, pero hubo un minúsculo encogimiento de sus labios, un estrechamiento infinitesimal en sus ojos. Interiormente el muchacho luchaba con tremendas tensiones.

—Supón que después de estudiar su problema —continuó—, llego a la conclusión de que tú eres su problema. Entonces, ¿hacia dónde dirijo mis lealtades filiales?

—Hacia tu madre. No hacia mí.

La tensión de los labios se relajó. Los ojos se abrieron con una sombra de vergüenza. Marlon estaba sintiendo una victoria.

—Entonces tengo tu permiso para hacer lo necesario para ayudar a mamá, no importa lo que sea.

—Siempre que no pongas en peligro su vida por causas químicas, sí.

—De todas maneras, quiero irme a Arizona el lunes.

Dorsey fingió sorprenderse.

—Bueno, adelante. Volveré de Sunnyvale tan pronto como sea posible. ¿Estás preparándote unas vacaciones?

—Algo parecido. Realmente es una excursión ecológica. Quiero explorar algún método para convertir la biosfera habitable para la noosfera.

La respuesta de Marlon era una insolencia verbal que implicaba desprecio intelectual y estaba llena de una arrogancia y orgullo que los griegos llamaban soberbia. La respuesta revelaba a Dorsey mucho más de lo que su hijo imaginaba.

Por decirlo de alguna forma, el chico, después de todo, era humano y Dorsey podía ver el origen de su contribución a ecología. La excursión a Torrey Pines Park

estaba en el fondo de todo eso.

Mientras tanto, el muchacho tenía que aprender que él no era el único que había leído un libro y comprendido grandes cosas.

—¿Y cómo pretendes purgar la biosfera y terminar con la polución? —preguntó con ira.

Marlon escondió su disgusto tras una sonrisa infantil.

—Bueno, papá, ése es el problema.

Marlon había proyectado una mentira visual y todavía era capaz de disimular su candor. Dorsey sabía que no tenía ningún problema sobre el método para detener la polución del planeta, de igual forma que no lo tenía para librar a Liza de su psicosis.

La blanca pintura sobre las paredes de estuco que quedaban frente a la entrada lateral, el polvoriento recibidor, el de ordenado y extrañamente vacío aparcamiento, las latas y botellas en el patio, todo produjo en Dorsey un agradable sentimiento de permanencia cuando, el lunes a primera hora de la tarde, dejaba su coche tras el rojo Volkswagen de Marlon, frente a Productos Farmacéuticos Clayton.

Al menos, los escombros sobrevivían y mejoraban con el tiempo, pensó mientras entraba en el vestíbulo. La planta de plástico todavía estaba junto al sofá. En la pared, en un marco de plástico, el ciervo vigilante seguía bebiendo sin hartarse; Liza se lo había regalado para que se acordase de ella. Su sentimiento de permanencia chirrió al entrar en la oficina principal y encontrar a la señorita Weber sentada en el escritorio de la recepcionista.

—Señor Clayton, qué contenta estoy de volver a verle —dijo levantándose para darle la mano.

—Yo también, señorita Weber ¿Dónde está la recepcionista? ¿Y el personal administrativo?

—En el rincón. —Señaló una caja metálica gris, de más un metro cuadrado, con dos gruesos cables eléctricos que desaparecían en la pared—. Daisy «la trabajadora» hace los pedidos y resuelve la facturación. Yo actúo de recepcionista y atiendo la centralita telefónica.

—Es una computadora para oficinas, papá —dijo Marlon saliendo del despacho de Dorsey—, activada por la tinta magnética que llevan nuestros formularios de ventas.

Y está modificada para controlar también la planta. Ven para acá y te enseñaré cómo funciona.

Marlon precedió a Dorsey por el corredor hacia el almacén donde había instalado una tolva gigantesca durante la ausencia de Dorsey. En la base de la tolva, un compresor alimentaba una válvula. De una máquina clasificadora emergía una hilera de frascos de plástico sobre una cinta transportadora, formando grupos de cuatro, bajo el entabulador. El compresor silbaba. El entabulador resonaba. Una vez que

recibían las tabletas, los frascos continuaban su camino hacia la máquina encargada de taponarlos, que después de hacerlo los levantaba introduciéndolos en unas cajas de cartón, que una vez llenas se movían hacia otra cinta transportadora que se perdía por una pequeña ventana en la pared.

—Son frascos biodegradables, papá. Cuando el aire entra comienzan a desintegrarse. Es un buen punto ecológico a favor de Alan y un recuerdo para el comprador de que tome las píldoras. Incidentalmente te diré que he abandonado completamente el Memorazine y todos los otros productos para concentrarme en el IQ.

—¿Sin consultarme?

—Tú seguiste mis corazonadas en Hollywood Park, papá, y esto es algo seguro. Espera a ver los informes de ventas.

Dorsey permaneció un momento junto al alimentador del entabulador. Diez grandes tabletas cayeron en el frasco y éste continuó su camino.

—¿Sólo diez por frasco?

—Sí, señor. Pero el nuevo y mejorado producto se vende a un dólar la tableta, es decir, diez dólares el frasco.

—Todavía puedo contar, hijo. ¿Y qué dicen los de Houston sobre el aumento de precio?

—Aumenté sus derechos y no se quejan. Sólo vendemos un frasco por cliente porque diez píldoras constituyen un tratamiento completo y permanente.

—Entonces, ¿no hay ventas repetidas?

—No. Pero tenemos toda la población del mundo como posibles clientes, lo que nos mantendrá a una producción máxima durante dos años. Después de eso, los miembros de la nueva generación tomarán el relevo. Y Productos Farmacéuticos Clayton se ocupará de los niños. Alan ha estado concediendo licencias a fabricantes extranjeros para el IQ, pero ninguna por más de tres años. Ahora déjame que te enseñe el cuarto del correo. A propósito, ¿cómo está mamá?

Mientras salían de nuevo al corredor para dirigirse al cuarto del correo, Dorsey contestó:

—Trajeron a Liza al patio. Estaba bellísima, con un quimono floreado. Nos sentamos al sol y bebimos limonada. Mejor dicho, bebí limonada. Ella iba siguiendo los dibujos de su traje con el dedo índice o jugaba con los botones. Tu madre no se enteró de que yo estaba allí.

—¿Qué tipo de terapia propone Henderson?

—Algo a lo que llama Laingean modificado. Una enfermera se sienta con Liza e imita su comportamiento. Fue algo horrible. No podría decir quién era la enfermera y quién la paciente.

—Bien, hay que darle un sobresaliente en creatividad —comentó Marlon

mientras entraban en el cuarto del correo—. Fíjate en esto, papá. Las cajas ya están cerradas y la factura va en el interior. No solamente la máquina pone la dirección sobre el paquete, sino que también adjunta la factura. Pero aquí fuera, en la plataforma de embarque, tenemos esperando a la fortuna —y abrió la puerta sobre la plataforma de embarque.

La cinta transportadora del cuarto del correo recorría tres amplias cajas de aluminio y terminaba en la última. Unas tenacillas especiales seleccionaban los paquetes de la cinta y los iban introduciendo en contenedores.

—Éstos son embarques en contenedores para entregas locales, domésticas y para carga aérea al extranjero. La calculadora de peso de las tenacillas envía la información a una computadora de la Compañía de Servicio Aéreo de Paquetes, que hace cuatro recogidas al día. Si surge algún problema sobre los cargos de embarque las computadoras lo arreglan entre ellas. Pero esas tenacillas también realizan un inventario de las existencias y Daisy envía las órdenes oportunas a nuestros proveedores cuando nuestras existencias comienzan a disminuir.

—¿Qué hay sobre el mantenimiento?

—La mayor parte de las reparaciones se realizan automáticamente. Las averías más importantes emiten una señal en la oficina de Servicios de Computadoras y nos envían un equipo de reparaciones. Eso es todo.

—Estoy boquiabierto. Pero, ¿cuánto ha costado todo esto?

—Unos setecientos cincuenta mil dólares, mil más o mil menos.

—¿Cómo ha sido financiado?

—Las cifras están en la oficina. —Marion condujo a su padre hacia la parte delantera del edificio—. Para la financiación inicial tuve que hacer una pequeña trampa, papá.

Utilizando la dirección del patio del aparcamiento y del terreno vacío me las arregle para hipotecar la planta tres veces y conseguir el dinero para el primer pago y los gastos de instalación utilizando una compañía de préstamos en Orange City, otra en Sepúlveda y nuestro propio banco.

—Eso es fraude —dijo Dorsey.

—Lo hubiera sido si no hubiese salido bien. Pero cancelé la deuda con las compañías antes de que pudieran investigar a fondo y el préstamo del banco no tenía nada de irregular.

—Suponte que no hubiese salido bien.

Marlon hizo una mueca.

—Hubiera roto el poder notarial y te hubiera escrito agradables y cariñosas cartas mientras estabas en la cárcel.

—Era un acto criminal, Marlon.

—No más criminal que cuando tú me diste el Hexagon Seis.

—Pero yo lo hice porque te amaba.

—Yo también lo he hecho por amor.

Entraron en la oficina de Dorsey y Marlon se sentó en el sillón tras la mesa de despacho revolviendo en los cajones.

—¿Cuánto debemos por el equipo? —preguntó Dorsey.

—Un cuarto de millón más o menos. Ah, aquí están —y sacó algunos papeles del escritorio.

—¿Me estás diciendo que tengo una deuda de un cuarto de millón?

—Aquí tienes un talonario de una cuenta numerada en Suiza. En ella hay dinero suficiente para pagar todo el equipo mañana, si eso es lo que deseas. Lo único que necesitas es tu firma. Pero Daisy se encarga todos los meses de mantener los pagos al día y así te beneficias al poder descontar, los intereses del préstamo, de los impuestos. Aquí tienes las ventas de septiembre. Daisy puede darte la previsiones para octubre.

—¿Dónde está Alan?

—De viaje, contratando distribuidores al otro lado del océano. De ahí viene el dinero de Suiza. En el banco local tienes unos setenta y dos mil dólares y los pagos de la hipoteca que tenemos en el mismo banco no llegan a treinta y cinco mil.

Mientras Dorsey miraba las ventas del mes anterior, sonó el teléfono, Marlon contestó, hablando calmadamente.

—¿Dígame? Sí... Sí... ¿Has hablado con el gobernador?... ¿Es un iniciado o un hostil?... Quizá podamos perforar la sal... Te veré más tarde... No te preocupes...

Hasta luego.

Cuando colgó, Dorsey le miró.

—¿Tengo que darte las gracias?

—El aspecto de tu cara vale por un millón de gracias. Tu experimento con los primates sigue progresando y parece tener buen aspecto. Mantuve a Wake en su puesto para que te acompañara en tus juegos, porque no podía automatizar el cuidado y la alimentación de los monos. Alan ha convertido a Manuel González en vendedor, porque Manuel habla español. La señorita Weber es la única empleada que necesitas para llevar los cheques al banco.

—Hay algo de lo que quiero hablarte —dijo Dorsey—. No te has matriculado para el curso de otoño en la UCLA. Para el semestre de invierno quizá te gustaría entrar en alguna universidad del este...

—Papá, voy a dejar la universidad. Es demasiado lenta e irrelevante. Lo abandono todo.

—¿Quieres decir que vas a dejar esta mina de oro? Dorsey señaló los informes de ventas.

—Esas cifras están en mi mente y quiero librarme de ellas. —De repente se inclinó hacia adelante—. No puedo hacerlo, papá. Cuando miro esos datos te veo

sangrando sobre el césped. Veo a mamá en estado catatónico en Sunnyvale. El dinero no lo es todo para mí.

—El dinero no lo es todo. —Dorsey estaba de acuerdo—. Pero no fue el dinero que me hizo sangrar en el césped o encerró a tu madre en Sunnyvale. Fue el sentido de la responsabilidad. No podemos abandonar las cosas. Si lo hiciéramos no tendríamos nada que dejar a nuestros hijos.

—Si no se puede pensar en nada mejor que dejarles, es mejor no tener hijos.

—¿Qué hay de Liza?

—No tengo que sentarme en su regazo para analizar lo que va mal. Estoy tratando de interesarme por la artesanía. Pienso mejor cuando tengo las manos ocupadas.

—¿Iconografía? —preguntó Dorsey.

Marlon hizo una mueca.

—¡Qué diablos! Puede que intente tallar alguno... Alan llamará desde Seattle dentro de un par de semanas. Todos los libros están aquí, junto con tu poder notarial. Ahora me voy a casa a coger un par de mudas y a comenzar el viaje.

—¿Necesitas dinero?

—No, tengo tarjetas de crédito... Bueno, suerte, papá.

Se levantó para estrecharle la mano.

—¿Dónde vas? —preguntó Dorsey.

—Regreso al Edén... Hasta pronto, papá.

Y se fue tan de prisa como un fugitivo huyendo de un crimen. «Una extraña prisa —pensó Dorsey—, en alguien cuyos movimientos siempre están bien calculados».

Cuando oyó salir el Volkswagen, Dorsey se dirigió hacia la puerta de su oficina.

—Señorita Weber, ¿me puede traer la grabación de la última llamada de Marlon y las transcripciones de todas las conferencias entre él y Alan Page?

Mientras la señorita Weber buscaba en sus archivos las transcripciones, Dorsey puso la grabación que le había traído.

Marlon había saludado a una mujer que decía:

«Marlon, soy Janet. ¿Vas a venir hoy?».

«Sí».

«¿Vas a traer los tres mil dólares para el pozo?».

«Si».

Marlon no había dicho que no tenía dinero, recordó Dorsey. Su comentario sobre las tarjetas de crédito sólo implicaba que andaba corto de efectivo.

«Quizá tengamos que barrenar una propiedad del Estado», hizo notar la voz.

«¿Has hablado con el gobernador?».

«No, lo hizo Freddie».

«¿Es un iniciado o un hostil?».

«Iniciado. Freddie se ha puesto de acuerdo con él. Pero puede que el agua no esté

allí».

«Quizá podamos perforar la sal».

Dorsey decidió que se referían al río Salado, así es que Janet y él debían de estar trabajando juntos en una comuna en el sur de Arizona, en algún lugar cerca de Séneca.

«No sé. Quizá sea demasiado salada».

«Te veré más tarde».

«¿Irás cómodo en tu coche?».

«No te preocupes».

La voz de Janet parecía la de una mujer mayor y su interés por la comodidad de Marlon era meramente convencional. No le dio a Dorsey ninguna noción sobre sus relaciones. El término «ponerse de acuerdo» referido al gobernador podía significar soborno o algo parecido, pero lo que sí parecía cierto era que Marlon se había ido hacia Arizona. «Iniciado» y «hostil» podían ser las palabras que utilizaban para referirse a personas que aceptaban o rechazaban su movimiento comunal.

La señorita Weber entró con las transcripciones.

—Sólo hubo dos conferencias, señor Clayton.

Dorsey tomó la transcripción más antigua, fechada en la época de su período de convalecencia. La llamada era de Roma.

ALAN: Marlon, tengo una sorpresa. Ésta es Lucía, la operadora de llamadas de larga distancia.

OPERADORA: (Habla en italiano).

MARLON: (Contesta en italiano).

ALAN: Su tío vive en Nueva York y le ha mandado IQ por correo. En mi primer día en Lisboa encontré un informante.

MARLON: ¿Conseguiste sus declaraciones?

ALAN: ¿En portugués? Ni hablar. ¿Dónde está Manuel?

MARLON: En Argentina. Acabó ya con Brasil, donde aprendió portugués. ¿Cómo va Europa?

ALAN: Inglaterra, bien. Los ingleses se ocuparán de África junto con los franceses, porque Francia también está ya cubierta. La madre Rusia es una mujer perdida.

Toda Europa es nuestra y acabo de cerrar el trato con un israelí para que maneje Egipto. ¿Qué te parece? Una conexión judía en El Cairo.

MARLON: Si tarda más de seis días, despídelo.

ALAN: ¿Cuál es la última fecha estimada para el día «E» en los Estados Unidos?

MARLON: Mediados de octubre.

ALAN: ¿Cómo está Dorsey?

MARLON: Es un neutral. Mamá lo tiene en casa ahora. Estoy tratando de

convencerle para que se vayan a Acapulco.

ALAN: Qué pena que sea un R.E.

MARLON: Si hubiera sido un iniciado, él y yo hubiéramos podido hacerlo todo en una semana. Trabajar sin que se entere es un problema.

ALAN: Bueno, también podía haber sido un hostil. C'est la (r)évolution! (?) El paréntesis alrededor de la «r» era de la señorita Weber y el interrogante indicaba que no podía entender si Alan había dicho «révolution» o «évolution».

MARLON: No puedo actuar con la antigua moral. Conseguí hipnotizar a papá cuando estaba bajo los efectos de la morfina, así es que deja que venga la revolución, comerá fresas de mi mano.

ALAN: ¿Cómo puedes predecirlo?

MARLON: No puedo. Es extraño. Sus ondas no registran. Pero sé que es listo. Las piezas se unirán ante sus ojos cada vez más rápidamente, una vez que se recupere del disgusto por haber perdido a mi madre. Le he proporcionado una diversión y se divierte fácilmente.

ALAN: ¿Has tanteado a Liza?

MARLON: La he tanteado y puedo predecirlo. Está segura. Saldrá de ésta en cuanto pierda su dependencia. Es carnívora, y papá es indigesto cuando está saludable.

ALAN: Ella me tanteó a mi con sus encantos naturales.

MARLON: No te lo creas. A mamá le gustan los tipos duros, y tú eres blando y delgadocho.

ALAN: Sólo tienes razón a medias, hijo de puta.

MARLON: No insultes mi linaje. Compartes conmigo la fuente de mi sangre. A propósito. He tanteado a tu mujer. Se muestra hostil.

Dorsey hizo una pausa ante estas líneas, preguntándose si Marlon habría heredado las desilusiones de Liza y creía como ella que Dorsey era el padre de todos los hombres de la costa.

ALAN: Bueno, así están las cosas. El dinero en efectivo está en Suiza. Me voy a Estambul.

MARLON: Llámame desde Tokio. *Arrivederci.*

Dorsey leyó de nuevo la transcripción. No le preocupaba la referencia a Liza como una carnívora, pero la predicción del muchacho sobre su depresión era exacta, tres semanas antes de que ocurriera. Tardíamente, Dorsey podía decir que su razonamiento había sido correcto. La muchacha de la playa de México había precipitado el declive de Liza, no porque Dorsey la admirara, sino porque su reacción ante la belleza había sido la de un hombre saludable.

Alan y Marlon manejaban los nombres de los países como hombres del Pentágono.

No hablaban en clave, pero tampoco parecían dos vendedores discutiendo sus territorios, y su conversación no habría ganado un premio a la claridad.

¿Qué sería un RE?, se preguntaba. ¿Qué significaba «tantear»? ¿Qué era un informante?

El diálogo de Alan tenía un nimbo espúreo a su alrededor, y el comentario de Marlon: «no puedo actuar con la antigua moral», merecía un análisis.

Dorsey cogió la segunda transcripción, fechada el viernes último. Marlon había llamado a Alan justo cuando Dorsey llevaba a Liza a Sunnyvale. La llamada era a Tokio.

MARLON: Alan, siento despertarte, pero necesito tu informe. ¿Cómo va China?

ALAN: El Libro Rojo de Mao pronto tendrá que ser revisado. Australia está cubierta.

Indochina y las Filipinas están siendo manejadas por un ejército PX. Japón será nuestro el lunes.

MARLON: Bien. Papá regresa el lunes. Las cosas han comenzado a estropearse en la primera prueba con los primates. Mejor será que pases una semana extra en Macao. Yo me voy de la ciudad por algún tiempo.

La transcripción finalizaba bruscamente, y para Dorsey, con una nota de confusión.

La primera prueba con los primates estaba todavía en progreso, según las declaraciones de Marlon. Las mentiras eran el escudo de los cobardes, y un superman no tendría que mentir. Además, el muchacho no tenía ninguna razón para temer a su padre y el día «E» era a mediados de octubre, todavía quedaba más de una semana.

¿Por qué el día «E» en lugar del más convencional día «D»? Si la «E» venía de evolución, ¿planeaban los dos hombres un salto en la escala de la evolución a fecha fija? Imposible. De alguna manera las transcripciones sonaban a algo falso, y Dorsey no era hombre que dejara vagar conceptos por su mente sin buscar una definición. Leyendo de nuevo el diálogo, encontró un sentido oblicuo en el aura de su conversación. Page parecía un hombre que se hacía pasar por un vendedor, cuando en realidad era un vendedor, y el comentario de Marlon sobre la antigua moral implicaba la existencia de una nueva.

Repentinamente, encontró lo que buscaba. Los dos sonaban como si trataran de parecer seres humanos. Pero, si no eran humanos, ¿qué eran? Eran supermentes y aliados. Alan Page, el bromista hipócrita, se había recetado a si mismo el Hexagon Seis y había sobrevivido. Por lo que Dorsey sabía, cada hombre vivía una vida llena de tranquila desesperación, y Alan quizá más que otros, tenía motivos para correr el riesgo. Marlon había consentido el experimento de Alan para conseguir un aliado.

Juntos habían dado la droga a Manuel.

«Vamos paso a paso», se dijo Dorsey levantando el teléfono. Mary Page había

sido «tanteada» y era «hostil», por lo que iba a llamarla.

Diez minutos más tarde Dorsey se arrepentía de su impulso.

Mary estaba encantada de saber que estaba de vuelta, pero también sentía muchísimo la enfermedad de Liza. Alan estaba feliz con su nuevo trabajo. Admiraba a Dorsey y quería mucho a Marlon. Acababa de llamarla desde Tokio. Salía para Macao y en dos semanas regresaría a casa vía Seattle. Le había prometido un nuevo Cadillac.

Si Mary Page era una «hostil», pensó Dorsey, cuando finalmente colgó, que le librasen de los iniciados.

Llamó a su banco y un oficial que reconoció su voz le dijo que tenía 73.650,85 dólares en la cuenta. Marlon no le había mentado.

En alguna parte del primer experimento con los primates estaban las respuestas a algunas de las preguntas que tenía en mente, por lo que se dirigió hacia el laboratorio. Al pasar por el cuarto de embalajes oyó el agradable murmullo de la maquinaria llenando los frascos biodegradables y recordó el interés de Marlon por la ecología. Quizás aquella noche en el hospital Marlon había modificado las emanaciones de las ondas de su cerebro dándoles una señal que le identificara como un RE: recuperable ecológicamente.

Por otro lado, podía haberle marcado como neutral (¿en qué guerra?) bajo la antigua moral que indicaba que un hijo debe honrar a su padre y a su madre. Pero Dorsey pensaba que bajo la antigua moral, Marlon no había honrado a su madre en el sentido bíblico de la palabra «honrar».

Wakefield dormitaba en su cubículo, con los pies sobre la mesa. Dorsey le sacudió una pierna.

—Despierta, Wake.

—¡Dios mío!, señor Clayton. Me alegro de volver a verle.

—¿Cómo están los monos?

—Muy bien, señor. Ya no llamo a los muchachos «monos».

—¿Han sobrevivido?

—Hasta el último —dijo, levantándose lentamente—. Es un poco temprano para que cenén, pero voy a darles un aperitivo. Quiero enseñarle algo.

Se puso en pie y fue hacia el almacén, hablando mientras seleccionaba algunos plátanos.

—Lo que les dio les mantuvo vivos, pero no mejoró en nada a trece de los treinta.

Son tan tontos como antes. Hay otros cuatro que no son ni tontos ni listos, son neutrales.

«Así es que los neutrales son los que no se sienten afectados por el Hexagon Seis», concluyó Dorsey.

—¿Cuánto tardó la droga en hacer reaccionar a los primates, Wake?

—Es difícil de precisar, señor Clayton, porque ninguno murió. Pero transcurrieron seis o siete semanas hasta que los más listos comenzaron a molestar a los más tontos. Eso es lo que voy a enseñarle.

Volvió renqueando y Dorsey bajó las escaleras junto a él, caminando hacia la jaula del patio.

—Fíjese que llevo aquí doce plátanos que todavía están un poco verdes.

Cuando Wake colocó los plátanos en el comedor, no hubo ninguna carrera hacia ellos. Trece monos se acercaron con su paso habitual y escogieron cuidadosamente los plátanos, evitando los que estaban verdes. Pero no se comieron la fruta. En lugar de eso, se subieron al árbol y a las anillas, entregando los plátanos a los demás. En el intervalo, cuatro monos llegaron hasta el comedero, cogieron plátanos maduros y se fueron. Los trece que habían servido de camareros regresaron y tomaron las frutas poco maduras.

—Los cuatro que cogieron sus propios plátanos ni molestan ni se dejan molestar.

Los más tontos reciben golpes y mordiscos si tratan de comerse los plátanos buenos. Me figuro que habrían muerto si no fuera por lo que me hizo inyectarles junto con el Hexagon Seis.

Observaron durante un momento y finalmente Dorsey dijo:

—Muchas gracias, Wake. Siento haberte despertado, pero ha sido muy interesante.

Lentamente regresaron hacia la oficina del anciano.

—Wake, ahora que has visto lo que puede hacer el Hexagon Seis, ¿te gustaría tomarlo si consiguiera la aprobación de la Oficina de Control de Alimentos y Medicamentos para el consumo humano?

Wake pensó durante un momento.

—Creo que no, señor Clayton —contestó—. A mi edad no quiero comenzar a actuar como un gran señor o algo así. De todas maneras, lo que es bueno para los monos no significa que sea bueno para el hombre.

Mientras regresaba a su propio despacho, Dorsey pensó que había algo que no encajaba bien en la respuesta del anciano, pero sus pensamientos se dirigieron de nuevo hacia las transcripciones. Comenzaban a tener sentido.

Un «tanteo» era la estimación de las posibilidades de una persona para llegar a ser un iniciado. Una «predicción» estimaba la reacción de alguien ante un cambio en la evolución. Un RE «hostil» la desaprobaba, un RE «neutral» permanecería indiferente, así es que las iniciales debían significar «resistente a la evolución».

Siguiendo esta línea de razonamiento, Dorsey, como neutral, estaría en la misma categoría que los cuatro monos que no molestaban ni se dejaban molestar, según las palabras de Wake.

En el primer experimento con los monos, Marlon había detectado la forma de una

próxima revolución. Ahora como había predicho él mismo, Dorsey había realizado las mismas observaciones.

En la mayoría de los mamíferos y aves existía un orden, pero un cisma tan amplio entre los humanos como el que acababa de observar entre los primates conduciría a la humanidad a las divisiones sociales de la Edad Media. Hacia mediados de octubre una nueva nobleza aparecería dominando a una nueva clase esclavizada.

Sin duda Marlon había efectuado mejoras en el Memorazine. El IQ no tenía nada que ver con el Memorazine. Era Hexagon Seis con los efectos fatales neutralizados por las cadenas de dexametasona.

Si su teoría era cierta, Marlon, Alan y Manuel eran los Aramis, Portos y Athos de una nueva humanidad. Juzgándoles por la antigua moralidad, eran culpables por correr un riesgo monstruoso al comercializar la droga antes de probarla de manera suficiente; pero los tres mosqueteros eran superhombres sin ninguna atadura con la antigua moralidad. Era seguro que no habían sometido la droga a la aprobación de la Oficina de Control, porque en ese caso estaría todavía en período de pruebas.

Habían inundado el mercado mundial con el producto en un tiempo increíblemente corto, porque cada cliente que tomaba la droga y que se convertía en un iniciado se convertía también automáticamente en el mejor vendedor del Hexagon Seis.

En general Dorsey desaprobaba las diferencias de clases. Ahora, como neutral, no estaba en posición para contrarrestar las humillaciones sociales. El elitismo siempre había formado parte de la condición humana. Si tenía que haber una nueva aristocracia, no podía pensar en una mejor que la basada en el intelecto.

Pensando en sí mismo comprendió que siempre había estado en el medio. Si la nueva generación le necesitaba como vendedor en algún rincón del mundo, vendería IQ con o sin el consentimiento de la Oficina de Control.

Pasado el mes de octubre quizás ésta ya no existiese. Con una humanidad compuesta en su mitad por genios no haría falta ningún gobierno. Pero siempre existiría la necesidad de la droga, ya que los cambios genéticos no podían inducirse químicamente.

Sólo existía una grieta en su historia.

Los hombres a los que siempre había considerado más inteligentes, los Einsteins que estaban en el salón con el pijama puesto, generalmente no buscaban cambiar de clase. De entre todos los hombres, los más inteligentes eran los menos inclinados a escalar las pirámides sociales.

Dorsey giró sobre sus talones y volvió hacia la jaula de los monos, notando al pasar frente a su oficina que Wake estaba durmiendo de nuevo.

Pasó quince minutos mirando por entre los barrotes de la jaula, concentrando su atención finalmente sobre uno de los cuatro primates neutrales que ocasionalmente le

devolvía la mirada. Obviamente era un mono normal que saltaba sobre el suelo de la jaula, rascándose.

Dorsey levantó su mano derecha para ver si el mono imitaba su acción, pero el animal permaneció indiferente. Cogió el pañuelo de su bolsillo y lo agitó para atraer la atención del mono. Sus ojos parecieron fijarse en la blanca tela y Dorsey levantó la mano derecha. El mono levantó su pata izquierda. Colocó el pañuelo de nuevo en el bolsillo y levantó la mano izquierda. Siguiendo la imagen del espejo, el mono levantó su pata derecha, después perdió el interés y comenzó a rascarse de nuevo.

Dorsey dio la vuelta y caminó lentamente por el patio. Al pasar por la oficina de Wake, se acordó de un pensamiento perdido, algo que Wake había dicho y que no parecía encajar con la verdad.

Dorsey rememoró su conversación, estudiando cada palabra en su contexto, hasta que llegó a una frase: «Lo que es bueno para los monos no significa que sea bueno para el hombre».

Ahí estaba.

Las personas iletradas no utilizaban términos genéricos: Wake debería de haber dicho «bueno para un hombre» o «bueno para mí».

Probablemente Wakefield había observado los experimentos de Dorsey con el mono neutral. Si lo había hecho podría estar al tanto del descubrimiento de Dorsey e informar a Marlon del incidente. Dorsey esperaba en el fondo que fuera así.

Entonces Aramis sentiría que D'Artagnan todavía rondaba por allí, y la sospecha incluso tardía, quizá podría atemperar la soberbia del muchacho con cierta humildad.

De repente se le ocurrió pensar que el que «las cosas hubieran comenzado a estropearse» indicaba algo más que un mero cataclismo social. En el sentido más refinado de la palabra podía incluso llegar a significar genocidio. Si era así, las letras RE tenían una connotación más siniestra de lo que Dorsey había pensado al principio. Las iniciales podían significar «residuos de la evolución».

Pero Dorsey todavía tenía alternativas.

Se dirigió al teléfono y llamó a Garland Keene a la UCLA.

—Garland, ¿podrías ponerte en contacto inmediatamente con el director del ciclotrón, ya sea en Stanford o en Berkeley, y hacer que me llamara?

—Dorsey, no soy un físico. Haz tu propio trabajo.

—No tengo tiempo. Creo que me quedan diez días para encontrar una cura para el blastoma.

—¿Has perdido el juicio? Lo siento, Dorsey, Marlon me llamó para decirme lo de Liza.

—Créeme, Garland, estoy bien. Podría estar totalmente equivocado, pero, si mi teoría se mantiene, no va a ser un asunto que afecte solamente a los físicos, neurólogos o citólogos. Dependo de tu comprensión, pero no puedo ser totalmente

franco contigo. Parte de mi secreto se refiere a la legalidad y en parte es porque mi programa tiene que tener una base real.

—Te voy a preguntar una cosa, Dorsey, sólo para estar seguro de tu cordura.

¿Tiene esto algo que ver con las pruebas que estabas haciendo con Marlon?

—Sí. Y tiene aliados.

—Dorsey, te lo advertí. No estamos preparados para... Deja la línea libre. ¿Dónde me puedo poner en contacto contigo?

Dorsey pensó por un momento. Wakefield tenía un teléfono separado en el laboratorio, así es que no podría interferir con el de Dorsey. La señorita Weber estaba quizá contaminada, pero era un riesgo que tenía que correr.

—Llámame aquí, a la oficina, Garland.

- Capítulo X -

Dorsey tenía dos caminos ante sí: dejar que Marlon prosiguiera con sus planes o detenerlos. La tradición judeo-cristiana le aconsejaba detenerlos, pero...

Para cancelar el experimento de Marlon se necesitaba una proeza de ingeniería comparable a la separación de iones desintegrables del uranio del Proyecto Manhattan. De todas maneras, tenía esperanzas en poder sintetizar un antídoto antes del día «E». En Acapulco había estado pensando en un nuevo método de síntesis molecular y se sentía ansioso por probar el sistema construyendo una doble cadena alrededor del Hexagon Seis.

Pero sus cálculos neutrales habían encontrado un obstáculo. La composición evitaría los tumores cerebrales y aislaría el cristal orgánico contra los impulsos de las neuronas.

Las supermentes se verían reducidas a sus afanosos orígenes.

Aunque tuviese el antídoto preparado, la elección todavía sería difícil. Como científico, deseaba observar el resultado de un experimento sobre una especie completa. Como hombre civilizado, sentía curiosidad por saber qué tipo de sociedad emergería de esa catástrofe social. Además, admitía que un elemento primitivo en su naturaleza disfrutaría observando la lucha que surgiría al desarrollarse la escisión entre las clases.

Si estallaba un conflicto que comportara genocidio; significaría una guerra de guerrillas, porque los que no sufrieran los efectos del Hexagon tendrían entre ellos intelectos superiores agudizados por una guerra de supervivencia. Con macabra ironía se dio cuenta de que, como privilegiado neutral, podría observar, como si fuera en la televisión, cómo los indios y los blancos derramaban sangre real, e incluso podría animar a ambos bandos. Quizás el motivo del viaje de Marlon a Arizona fuera que esperaba algo de esto, pues él sería el primer blanco de los hostiles.

De nuevo en el laboratorio, Dorsey revisó los cultivos de los hornos y comprobó que las cadenas de la dexametasona todavía se mantenían. Si no decaían a causa de los impulsos de las neuronas, si no ocurría ningún imprevisto y el homo sapiens sobrevivía, ¿qué ocurriría entonces con las subespecies en una cultura basada en la droga? ¿Coexistencia pacífica, servidumbre o esclavitud?

Como neutral, la especulación era vana para Dorsey, pero prefería mantener alternativas abiertas. Decidió continuar con el antídoto para el Hexagon Seis.

Puso a Wakefield a soldar un tanque centrifugador. Aun cuando el anciano fuera un espía, su cerebro, supersaturado, no podía haber recibido suficiente Hexagon Seis para deducir el propósito del tanque.

El miércoles por la mañana le llamó el director del ciclotrón de Stanford. Al parecer, Keene le había explicado la urgencia del proyecto, porque escuchó

atentamente mientras Dorsey le daba las dimensiones de los aisladores gemelos que necesitaba.

El director prometió enviarlos el día siguiente.

Los aisladores de ánodo-cátodo que Dorsey deseaba eran del tipo compuesto por cuatro alambres —un artefacto cuántico para amplificar y concentrar las ondas electromagnéticas— para inducir las líneas de fuerza coherentes, no mayores del diámetro de un neutrón, y casi simultáneamente alimentar desde los bancos del condensador, detrás de cada polo, una solución de azúcar de fosfato con sulfito de hierro en estado de inversión-reversión. En teoría, en la cima de la curva de metamorfosis, los átomos de hierro repentinamente magnetizados por una contracarga se precipitarían llevando los iones de hierro dos electrones de azufre al fondo del vatio.

En este punto la reacción se volvería crítica. Con dos electrones de menos, la valencia del átomo de azufre enlazaría uno de los lados de su anillo exterior con un radical de metano en el anillo de la dexametasona y, simultáneamente, el otro lado enlazaría con un radical OH del azúcar de fosfato para formar una molécula de configuración idéntica a la del anillo único de la dexametasona.

En lenguaje químico, el resultado sería un hexadexametasulfato o una dexahexasulfametadona.

Para que el experimento tuviera éxito, el campo electromagnético tenía que estar tan confinado y polarizado que su energía activase únicamente los átomos de hierro. Según los conocimientos de Dorsey, ése era el empleo principal del electromagnetismo como catalizador independiente en una reacción química, pero sus conocimientos en este campo eran limitados.

Comenzaron a surgir problemas para tender el alambrado del tanque y conectarlo con la corriente continua que necesitaba, y para montar el interruptor necesario para controlar la corriente. Uno a uno, con la ayuda de un electricista, un ferretero y un especialista en metalurgia, Dorsey fue resolviendo los problemas, hasta que el viernes por la tarde tuvo que abandonar su trabajo. La señorita Weber le llamaba por el intercomunicador para que acudiese al teléfono. El doctor Garland Keene estaba al aparato y era urgente.

Se dirigió rápidamente a la oficina principal para contestar la llamada y, por una vez, Garland Keene parecía excitado.

—Ha estallado una epidemia de tumores cerebrales en la UCLA. Seis estudiantes han sido admitidas en el hospital esta mañana; todas ellas eran muchachas que estaban en los cursos de verano. He hablado con una, Luisa Rossi, antes de que muriera, y declaró haber comprado a Marlon una píldora que, supuestamente, le ayudaría en sus exámenes finales. Marlon vendía la droga por el campus. Una chica murió en una de las residencias la semana pasada, pero no relacioné su muerte con

Marlon.

De repente Dorsey comprendió claramente que el primer experimento con primates de Marlon no había sido con los monos, y que los «hostiles» nunca podrían llevar a cabo su guerra de guerrillas.

—Escucha, Dorsey —continuó Keene—, la policía tiene la declaración de la chica y la Oficina de Narcóticos está investigando su muerte. Deben de estar buscando a Marlon, pero, como fabricante de la droga, puede que te detengan a ti también.

¿Cómo vas con el antídoto?

—Todavía estoy montando el equipo. Si funciona, tendré el suero para el miércoles. ¿Había una tal Allegra Venturelli entre las chicas que murieron?

—Todavía no. Pero consigue el antídoto, Dorsey. El tiempo vuela.

Estremecido, Dorsey colgó.

Marlon había probado la droga con sus compañeras de estudios, todas muchachas, y aunque Keene no lo supiera todavía todas de ascendencia italiana. Si le habían dado IQ a Allegra cancelaría el experimento. Sin Liza, y con Marlon revelándose como lo menos parecido a un hijo, Allegra era lo único que le interesaba a Dorsey, pero al menos era suficiente. En el cerebro humano, la cadena que rodeaba el Hexagon Seis decaía. Marlon había calculado el día «E» pensando en la muerte del primer estudiante. A pesar de la evidencia de los monos vivos y de la estabilidad de las cadenas de los cultivos en los hornos, no habría finalmente ninguna revolución social, ni servidumbre o esclavitud.

Marlon estaba limpiando la biosfera para prepararla para la noosfera, pero lo que era bueno para los blancos no era necesariamente bueno para los indios, y los neántropos sobrevivientes, las reliquias de la evolución, los ER, serían una pequeña minoría, entre los que se encontraba Dorsey Clayton.

El día «E» era el comienzo de una muerte gigantesca.

Desde el principio Marlon había sabido que Dorsey sentiría un afecto paternal por Allegra, que no la dejaría correr el riesgo, y que gastaría un tiempo muy valioso en determinar si había tomado o no la droga. Si era una iniciada, Allegra ocultaría su complicidad, pero hablando con ella, cara a cara, leyendo sus expresiones, podría determinar la verdad en menos de una hora.

Dorsey pensaba que la táctica era un error, mientras levantaba el teléfono y marcaba el número de información. Allegra era la diversión que Marlon había planeado para Dorsey, pero también podía ser su estímulo. Si trabajaba el sábado por la noche podía tener el antídoto el domingo.

—¿Información? ¿Me pueden dar el número de teléfono de la residencia femenina de la UCLA?

La puerta principal de la residencia estaba entreabierta. Siguiendo las

instrucciones de Allegra entró sin llamar, cruzó un salón desierto y después de subir las escaleras se dirigió hacia la derecha. Sobre el suelo alfombrado sus pasos eran silenciosos y las habitaciones ante las que pasaba estaban vacías con las puertas entornadas.

Era viernes por la tarde, todas las muchachas habían salido y la residencia era terreno libre.

En la habitación 206 la encontró, inclinada sobre el escritorio, junto a la ventana, estudiando. El pelo oscuro le caía sobre los hombros. Llevaba mocasines con abalorios y una blusa de algodón blanco, liso, remetida en los pantalones vaqueros.

Durante unos segundos permaneció en la puerta, observándola. Después golpeó ligeramente sobre el batiente. Volviéndose, ella sonrió y se levantó, acercándose para saludarle.

—Sabía que algún día vendría aquí, señor Clayton. Estoy muy contenta de verle.

—Me gustaría que fuera por algo más agradable —dijo él.

Ella había cogido la silla de su escritorio colocándola junto a la cama, invitándole a sentarse.

—No quiero quitarte el sitio. Me quedaré de pie.

—Me sentaré en la cama —sonrió ella—. Aquí somos muy informales. Los reglamentos que rigen la residencia dicen que si recibimos alguna visita masculina debemos dejar la puerta abierta. Cuando cerramos la puerta quiere decir que estamos estudiando y no queremos que nos molesten.

—¿Cómo sabías que iba a venir? —preguntó él.

Dorsey se sentó, pero ella caminó hasta la ventana y miró hacia el follaje de un árbol cercano.

—Me gustaría pensar que su visita estaba predestinada, señor Clayton, pero estoy comenzando a pensar que estaba preordenada.

Estaba confuso y no se lo ocultó.

—También lo estoy yo —convino ella—. Por teléfono me dijo que estaba intentando ordenar las piezas de una especie de mosaico sobre la conducta pasada de Marlon.

Yo he encontrado algunos pedacitos que parecen formar un patrón.

Caminó hacia la cama y se tendió sobre ella con la gracia desgarbada de la juventud, apoyándose sobre un lado. Sin que se notara, Dorsey estudió su cara buscando los diminutos cambios musculares, y vio que ella le miraba con aire especulativo.

—¿Pensaría que soy terriblemente presuntuosa, señor Clayton, si le pido que me deje llamarle Dorsey y le tutee?

—Hazlo si lo deseas. Pero, ¿quién ordenó este encuentro?

—Un dios o quizás un demonio. ¿Has jugado alguna vez al juego de la verdad, en

el que dos personas se sientan y hablan intentando ser absolutamente honestos?

Estaba sorprendido. Allegra dudaba de él y todavía seguía haciéndolo.

—Siempre he jugado a ese juego —dijo— pero no sabía que estaba jugando.

—Creo que nunca podré mentirte, Dorsey. ¿Podrías mentirme tú?

—No te mentiría, permanecería callado.

Ella sonrió.

—Dime la verdad, Dorsey, ¿te gustaría hacer el amor conmigo?

La pregunta le sobresaltó por el rumbo que tomaba, pero comprendió que estaba tratando de tomarle por sorpresa. Su voz era impersonal y no había ninguna invitación escondida en sus modales.

—Prefiero callarme, Allegra. Soy veintidós años mayor que tú.

—Para un antropólogo, veintidós años no significan nada. Para una mujer, la rapidez de tu respuesta con la diferencia de edad previamente calculada, tampoco significa nada.

—Él sonrió. Allegra le estaba interpretando mejor que él a ella.

—Entonces, ¿tú también has estado pensando en ello?

—A menudo, y también sobre tus cicatrices —contestó ella—. ¿Eres un romántico de mediana edad?

—No era romántico cuando tenía dieciséis años —dijo—. Siempre he sido realista con una apreciación bastante aguda.

Ella rió.

—Dime la verdad, Dorsey. ¿Sientes una atracción especial hacia mí?

Dorsey decidió que ya se habían estudiado lo suficiente.

—Verdaderamente, Allegra, nunca me sentí tan atraído por ninguna mujer. Cuando dije que eras la hija de mi espíritu, sólo decía la verdad a medias. Si soy capaz de un amor irrazonado, tú eres también la madre de mi amor —hizo una pausa—. Lo que hace de este amor algo incestuoso. ¿Sabes dónde ha ido Marlon?

Había hecho la pregunta con rapidez para cogerla desprevenida.

—Te diré la verdad, Dorsey. No sé dónde ha ido Marlon —contestó sin vacilar, añadiendo—: No he vuelto a saber de él desde la noche que hizo su conexión y desapareció.

—¿Su conexión?

—Tú y yo. Quería que nos conociésemos.

—No podía haber escogido una noche peor.

—Ya lo sé. Llamé a tu oficina a la mañana siguiente, porque sabía que trabajabas los sábados, y la señorita Weber me dijo lo que había ocurrido.

—Muchas gracias por las rosas. Pero, ¿por qué me llamaste a la oficina?

—No quería preocupar más a tu mujer, y quería decirte que apreciaba el tacto con que manejaste una situación difícil.

—Fue peor para Liza.

—No lo sé. Su actuación parecía preparada, casi recitada.

—No lo era. Está hospitalizada con un desarreglo nervioso.

—Lo siento de verdad —dijo ella—. Pero ahora me pregunto si Marlon sabía que iba a ocurrir.

—No podía prever mi hemorragia.

—Eso no. Me refiero a la depresión de Liza —dijo Allegra—. Era obvio que algo no andaba bien en ella. Y quizá Marlon quería que yo viera que tú eras un marido incomprendido, etcétera, etcétera.

—A veces prefiero ser un incomprendido —dijo él.

Ella rió.

—Pero Marlon sabe cosas, y da órdenes. Estuvo dando órdenes a su madre toda la noche.

—Dime la verdad, Allegra. ¿Te ordenó que me atrajeras de ésta manera?

—De ésta manera no —sonrió ella—. Esto que todavía no es mayor que nosotros dos es ya mayor que yo. Existía aparte de Marlon. Lo que hizo él fue reconocerlo y revisarme.

—¿Cómo podía preverlo? —preguntó Dorsey—. ¿Qué tipo de revisión realizó?

Ella permaneció en silencio, con aspecto meditativo, y él pudo advertir los signos de una fuerte lucha interior.

—Sé uno de los métodos que utilizó.

De repente se sentó, doblando las piernas y rodeándolas con los brazos.

—Dorsey, ¿te disgustaría mucho saber que Marlon me hizo el amor?

—No me disgustaría, pero hubiera preferido que no lo hiciera contigo.

—A mí me disgustó, mucho.

Su lucha interior era dolorosa y, sin quererlo, Dorsey dijo:

—Querida, si te hace daño, no hables de eso.

Ella no pareció notar que la había llamado «querida», pero quizás ése era un término normal en su mundo. Pareció esforzarse por sonreír.

—Dime la verdad, Dorsey, ¿te gustaría escuchar nuestra historia de amor, tuya, mía y de Marlon?

—Estoy mudo de nuevo, la curiosidad me deja sin palabras.

—Entonces, te la contaré. Una tarde me ordenó dejar las clases e ir a un motel en Santa Mónica, un lugar con un horrible espejo en el techo. No había amabilidad en sus órdenes, pero le obedecí.

Como si estuviera reviviendo algún horror, hizo una pausa. Dorsey no podía pedirle que dejara de hablar, que lo olvidara. En su propio bien debía de sacarlo de su interior, se dijo a sí mismo. Pero sabía que no estaba jugando al juego de la verdad consigo mismo. La verdadera razón por la que quería oír la historia estaba basada

especialmente en la lascivia.

—Al principio fue algo extraño, pero no desagradable —sonrió amargamente—. Sus dedos me recorrieron, palpando, acariciando, probando, incluso presionando en las áreas nerviosas. En determinado momento abrí los ojos y vi su cara reflejada en aquel espejo. Era pavoroso, Dorsey. Su oreja estaba pegada a mi cara y estaba escuchando, como un doctor con un estetoscopio, y sé que estaba escuchando los cambios de mi ritmo de respiración. Me había convertido en un objeto, una cosa.

Su respiración se cortó ante un recuerdo y por un momento vio en sus ojos la misma expresión vacía que había visto últimamente en Liza.

—Querida Allegra, olvídalo. Te hace daño.

—No, tiene cierta importancia en tu mosaico... Entonces me tomó. Si hubiera tenido experiencia en estas cuestiones quizás hubiera sentido algo diferente, porque él tenía un autocontrol perfecto. Pero no me murmuraba cosas dulces en el oído. Marlon me estaba entrenando. «Resbala como una serpiente», recuerdo que me dijo. «Muévete como un niño en una mecedora». «Rema como si estuvieras en una barca» y comenzó a contar mientras yo remaba, en cadencia, como mi timonel.

Antes de llegar al final, me hizo contorsionarme y colocarme en extrañas posiciones. Y pensar que antes de entrar en aquella habitación yo era lo que se llama una casi virgen.

A pesar suyo, Dorsey sonrió ante su «casi virgen».

—Una vez él tuvo una experiencia parecida con una sexóloga. Quizá consideraba que ese comportamiento era el normal —dijo.

—No. Cuando todo terminó me dijo: «Serviré, pero tus movimientos laterales tienen poca autoridad. Te sugiero que tomes lecciones de baile». ¿Puedes imaginar a un amante diciéndole eso a su amada? Yo le pregunté: «¿Me estás entrenando para el matrimonio?». «No», dijo. «Estoy verificando tu habilidad para otra persona. Quizá tenga que cambiar las reinas». Pensé que era una broma, otro de sus comentarios místicos, pero después de conocerte comprendí que lo decía por ti.

—Hablando de sus comentarios místicos —dijo abruptamente Dorsey—, ¿le has oído hablar alguna vez de alguien como de un iniciado o un informante?

—No —dijo moviendo la cabeza.

—¿Tomaste alguna precaución?

—Él lo hizo. El muchacho es muy eficiente.

—¿Te dio alguna píldora o te ordenó que tomaras alguna píldora?

—No. Sabía que desprecio las píldoras para la cabeza.

Le había dicho la verdad. Si la había hipnotizado, como sospechaba Dorsey, Marlon había descubierto su antagonismo hacia las píldoras como una barrera más fuerte que las inhibiciones sexuales de una «casi virgen» con un cuerpo joven y saludable.

Estaba contento de que no estuviera contaminada. Sus alternativas todavía estaban abiertas y tenía que regresar a la planta.

Levantándose, comenzó a hablar de nuevo.

—Alegra, me has prestado una ayuda mayor de lo que crees, y te lo agradezco mucho.

Ella se levantó, caminando junto a él hacia la puerta.

—Dorsey, me gustaría pensar que está escrito que volverás de nuevo.

Había tal tristeza en la voz de la muchacha, tan crudamente agraviada por su hijo, que la mente de Dorsey se llenó de compasión y la rodeó con un brazo.

—Si mis deseos fueran realidad, Allegra, nunca te dejaría.

Medio vuelta hacia él, apoyando su mano en el picaporte de la puerta, le sonrió.

—Prefiero oírte decir eso que hacer gimnasia para tu hijo.

Sonrió de nuevo, tristemente, una sonrisa amistosa y formal de despedida. No había nada provocativo en sus modales, pero él sintió una rabia repentina por compartir una unión con ella, que inmediatamente reconoció como una locura de un romántico de mediana edad, nacida de su soledad y desesperación.

—De veras, odio tener que dejarte —murmuró.

La muchacha debía haber sentido su tormenta de otoño porque se volvió completamente hacia él, con un timbre nuevo en la voz y una gran dulzura en los ojos.

—Pero Dorsey, no te has marchado todavía.

Su voz, sus ojos, su manera de volverse hacia él, eran más verdaderos que su increíble locura. El corazón de Allegra tenía un sitio reservado para él, y en el suyo había un lugar solamente para ella, extrañamente hermoso, donde los juncos florecían en los campos de otoño.

Cogió su barbilla entre sus dedos, levantó su cara hacia él y se inclinó para besarla, pero antes de que sus brazos la rodearan, antes de que sus labios se tocaran, Allegra, con el sentido común de una mujer, cerró la puerta.

Aquel gesto tenía un significado tan claro que le hizo perder el resto de las inhibiciones debidas a la edad, matrimonio y paternidad. No había venido para eso, pero estaba allí. No había traído sus cicatrices pensando que se las iban a ungir de esa manera.

Pero había algo más que eso.

Allegra colocó la cabeza sobre su pecho. Sus dedos recorrieron su cara, acariciaron sus mejillas y tocaron las lágrimas ocultas tras los cerrados ojos. Sabía que ella sollozaba a causa de una profunda alegría y alivio al quedar libre del tiempo y la oscuridad. Fuera de algún océano primario, dos amebas se habían tocado, dándose cuenta de que debían formar con sus diferentes mitades, una nueva morfología.

—Dorsey, he estado tomando lecciones de rumba.

Como dos bailarines, haciendo piruetas, se movieron alrededor de la habitación.

En la larga noche de su espíritu, únicamente una llama le había alumbrado en el camino, y Allegra era su fuego votivo tanto como su vestal. Su realización no emanaba de la sentimentalidad de un romántico de mediana edad; provenía más bien de una lógica nunca soñada en la filosofía de Kant.

Con los pasos de Allegra conduciéndole a grandes zancadas, se dirigieron en medio de un tango ritual hacia las incestuosas sábanas.

El lunes por la mañana, Dorsey se despertó en su propia cama sin ningún espejo sobre él, en el techo. Mientras luchaba por despertarse del todo, revivió el pasado fin de semana y le vino a la mente una frase de Alan Page: «Cuando saben que estás casado, Dorsey, todo es más fácil». Pero no podía lograr que la experiencia pareciera algo casual.

En los pocos pecadillos de su vida, Dorsey había llegado a la conclusión de que la expresión «hacer el amor» no es totalmente circunlocutoria. El acto del amor genera sus propias lealtades. Si un hombre abrazaba a Medusa, el pelo caracoleado se convertiría eventualmente en algo de rigor en su estética personal, y Allegra Venturelli no era Gorgona.

En el pasado había evitado que tales relaciones se inmiscuyeran en su matrimonio, comparando a las nuevas demandantes de su afecto con las reclamaciones ya establecidas de Liza. Aparte de la cuestión legal, que por sí misma era lo suficientemente importante como para hacer reflexionar a un hombre prudente, Liza había ganado todos los asaltos. Pero Allegra era indiferente. Había descubierto áreas vírgenes de sus emociones y de su cuerpo y había creado afinidades entre sus espíritus que no podía ignorar, de la misma manera que no podía olvidar sus obligaciones con la catatónica de Sunnyvale.

Y esta vinculación no era únicamente una extralimitación por su parte. La mayor responsabilidad recaía sobre Allegra. Su alma atormentada se había sentido atraída por sus deseos, no su juventud por los de él. Marlon también tenía cierta culpa, porque él había programado su encuentro. Incluso Liza compartía cierta responsabilidad en el comportamiento de su marido, ya que sus sentimientos de culpabilidad autogenerados la habían conducido a un punto donde las lealtades ya no contaban. No, realmente él no era responsable de eso.

Tendría que hacer ciertos arreglos, aunque no en una casa consagrada al recuerdo de una mujer a la que había amado. Cuando le dijo adiós a Allegra, ambos sabían que su partida del hotel de Santa Mónica, que ella llamaba «el nido de los muchachos Clayton», no terminaba nada.

Allegra le había deleitado con su sentido del humor casi tanto como con las artes que su hijo tan bien le había enseñado, y en el más rápido fin de semana de su vida,

todas las máscaras habían caído. Estaba convencido de que ella no formaba parte de ninguna conspiración revolucionaria. Ni siquiera quería creer que existía una.

—Suenan como puras tonterías —le había dicho.

Tonterías.

Acercándose al borde de la cama, se sentó, frotándose los ojos. Las realidades que le esperaban durante el día le despertaron rápidamente. Al levantarse, se afeitó, vistió y bajó a tomar el desayuno que Bertha había preparado, pensando todavía en esas tonterías.

Cuando llegó a la oficina, su primera llamada fue para Dave Jenkins, el abogado de la compañía.

De unos treinta y dos años, Jenkins se había graduado en la USC que en los últimos años se había caracterizado por producir unos abogados orientados hacia las responsabilidades sociales, actitud que Dorsey había aprobado cinco años antes cuando decidió retener a Jenkins. La creciente práctica legal había presionado a Jenkins separándole de su compromiso social, pero sus simpatías permanecían firmes.

Jenkins escuchaba mientras Dorsey le resumía los hechos relativos al desarrollo y eventual comercialización, por Marlon, del Hexagon Seis, y le habló también del viaje de Marlon, probablemente a Arizona, después de la primera muerte ocurrida en la UCLA. Dorsey terminó la exposición de los incidentes con una conjetura:

—Desde mi punto de vista, Dave, el muchacho es culpable, pero no quiero prejuzgarle y tal vez haya circunstancias atenuantes. Cuando comenzó a vender la droga, había sido probada en los primates que todavía están bien. Probablemente creyó que los efectos secundarios letales habían sido eliminados. O bien puede que haya estado vendiendo la droga por el campus para ayudar a pagar las facturas de mi médico. Cuando se hizo cargo de todo, mi posición financiera era bastante peliaguda. Cuando sea detenido quiero que se haga justicia, pero quiero que tenga el beneficio de la duda.

Cuando Jenkins contestó, hablaba con la lenta deliberación de un hombre pensando lo que decía.

—Si no tenemos cuidado, la responsabilidad sobrepasará a Marlon y recaerá sobre Productos Farmacéuticos Clayton. Las compañías de seguros no tienen que pagar las reclamaciones cuando se prueba un caso de negligencia criminal en una compañía. Como director de la compañía estabas enfermo cuando todo esto ocurrió.

—Sí, pero le di a Marlon poderes ante notario.

—No importa. No firmó en tu nombre.

—No estoy seguro. Utilizó mi nombre para abrir una cuenta en un banco suizo.

—¡Dios mío! Puede que necesitemos esos fondos más tarde si las familias de los fallecidos presentan alguna reclamación. ¿Tienes noticias de alguna muerte a causa

de las operaciones en el extranjero?

—Todavía no.

—Qué pena. Si pudiésemos conseguir una demanda de un mejicano o canadiense que resida aquí, podríamos prolongar el juicio tanto, que los demandantes de California tendrían que esperar durante años.

—¿Pero qué beneficio sacaríamos con eso? —preguntó Dorsey francamente confundido.

—Sacando el dinero para los costos del juicio de la cuenta suiza y cargando los costos a la compañía norteamericana, conseguirías tiempo para trasladar la fábrica a Canadá bajo nombre diferente. Allí podrías continuar operando mientras declarabas en bancarrota la compañía de Productos Farmacéuticos Clayton a causa de los gastos del juicio, dejando a los demandantes que se repartieran un enorme montón de aire.

—Pero Dave, en lo que estoy pensando es en mi hijo.

—Y yo también. Queremos mantener su operación totalmente al margen de la compañía. Si un sobrino envenena la leche de su anciano tío para cargarse al viejo antes de que cambie el testamento, la enfermera que inocentemente da la leche al tío es meramente el instrumento de un crimen. Ésta es la posición en que tenemos que conservar a la compañía, o te encontrarás realmente en bancarrota a no ser que utilices la solución canadiense.

—Todo lo que me preocupa, Dave, es si Marlon puede aparecer como un monstruo moral y pueden empezar a proceder en su contra.

—Si lo que quieres es la libertad de un monstruo moral, sea culpable o no, a quien necesitas es a Jed Matthews.

—Entonces consígueme a Jed Matthews, Dave.

La segunda llamada de Dorsey fue a Panamá City, en Florida, a la granja tropical de monos. Preguntó por el director, Ed Jepson.

—Hola —dijo Jepson por la línea—. ¿Cuándo vas a venir por aquí, muchacho?

—Tengo mucho trabajo, Ed. Acabo de salir del hospital y estoy tratando de poner en orden esto. ¿Me facturaste el último envío de monos?

—¿Los trece que Wake pidió? No. Lo pagasteis al contado. Tú firmaste el cheque, ¿no te acuerdas?

—Estaba todo el tiempo bajo el efecto de sedantes. ¿Cuándo los enviaste?

—Un momento, Dorsey... Aquí está. Salieron de aquí el catorce de septiembre y llegaron ahí el quince.

—Gracias, Ed. ¿Cómo está el tiempo por Florida?

Seis semanas después de comenzar el experimento, Wakefield había pedido los monos adicionales desde el teléfono trasero para que la conversación no fuera grabada. Marlon había falsificado la firma de Dorsey y había camuflado la suma en el apartado de gastos generales para que la señorita Weber no tuviera conocimiento de

la transacción. Así es que la señorita Weber no estaba contaminada.

Los trece monos esclavizados en la jaula de los primates nunca habían sido inyectados con Hexagon Seis, y los trece monos muertos habían sido incinerados hacía tres semanas. La droga había tardado seis semanas en matar a un hombre o a un mono, pero el porcentaje del cuarenta y cinco por ciento se mantenía igual que con los roedores.

Alan Page y probablemente Wakefield habían sobrepasado ya el momento de la muerte, que parecía comenzar ahora en los Estados Unidos. Habían extendido la muerte por todo el mundo porque los iniciados continuaban propagando la droga.

Dorsey todavía tenía ante él varias alternativas.

Fue de nuevo al laboratorio, encaminándose directamente hacia el cubículo de Wakefield. El tanque estaba acabado y ya no necesitaba a Wake.

El viejo estaba roncando, con los pies sobre el escritorio, y de un manotazo, Dorsey los hizo caer al suelo.

—Quita tus pies de la mesa, asqueroso embustero. Has ayudado a dos locos en su intento por asesinar a media humanidad.

Los pies de Wakefield chocaron contra el suelo y su sillón giró. Miró a Dorsey, mientras que en su cara aparecía una extraña expresión. La boca se puso tirante, los ojos fríos. Enderezó el torso y echó la cabeza hacia atrás. Ya no había ninguna humildad en su aspecto sino que estaba lleno de altivez. El medianero que Dorsey había sacado del barro del Mississippi era ahora un César que no aceptaría ninguna oposición a su voluntad.

—Piensa en credos más duraderos. Los mejores sobrevivirán.

—Para mí eso es todavía asesinato.

—¿Asesinato, matar cerdos? Tus opiniones ya no cuentan, Dorsey... tienes visita.

Dos hombres se dirigían hacia él, acompañados por la señorita Weber. Ambos eran grandes, se movían con la elasticidad de los atletas, pero la cautela de sus caras no provenía de eso.

—Éste es —dijo la señorita Weber, señalándole.

—¿Es usted Hugh Dorsey Clayton? —preguntó uno de ellos.

—Sí.

—Somos detectives del departamento de homicidios, con una orden de arresto contra usted. —Mientras el que hablaba mostraba su identificación, el segundo hombre se colocó detrás de Dorsey.

Dorsey sintió el acero alrededor de sus muñecas y el clic de las esposas le pareció un sonido extrañamente familiar.

No el sonido en sí mismo, pensó, sino la finalidad del sonido.

Le recordó el golpe sordo de la puerta de la habitación de Allegra al cerrarse.

Había perdido sus alternativas.

Como Marlon había dicho, las piezas se reunían cada vez más de prisa. Ahora Dorsey sabía que nunca había tenido ninguna alternativa.

Su único consuelo se lo proporcionó la señorita Weber. Mientras caminaba hacia él con los oficiales andaba tambaleándose y el dedo acusador que le había apuntado estaba ligeramente descentrado.

Siempre en silencio, Dorsey fue conducido a la prisión, inscrito, registrado, fichado, fotografiado, desnudado, duchado y provisto del uniforme. Le permitieron hacer una llamada telefónica, a Dave Jenkins, le dieron cambio de un dólar de su dinero de bolsillo y le condujeron a una celda del séptimo piso.

Con negro sentido del humor el carcelero llamaba a la celda una habitación con vistas a causa de la ventana, con barrotes, que se encontraba a más de dos metros de altura.

—Instálate como en tu casa, Clayton —añadió—. Ahora eres propiedad del Estado de California.

A las cuatro de la tarde vino otro carcelero para llevarle al locutorio donde, a través de una separación alambrada; Dave Jenkins le presentó a Jed Matthews.

El famoso abogado llevaba un chaquetón deportivo amarillo con pequeñas rayas verdes, camisa rosa y corbata púrpura a juego con los rosados zapatos de ante con cordones púrpura. Sus pantalones de gabardina recordaron a Dorsey los ponchos de los marines norteamericanos, moteados de amarillo y verde oliva. El pelo castaño rojizo y rizado estaba cepillado hacia atrás, apartándolo de la cuadrada y sonrosada cara. Sus ojos eran azules y fríos. Irradiaba olor a whisky y optimismo.

—¿Cómo te están tratando, Dorsey?

—No es el club de Bel Air.

—Te acostumbrarás, como a la muerte y a los impuestos. De lo único que te tienes que preocupar es del juez, y yo me encargaré de eso.

—Han cerrado tu fábrica, Dorsey —dijo Jenkins.

También habrían desconectado los interruptores, pensó Dorsey, pero el mecanismo automático los habría conectado de nuevo. La planta seguía produciendo.

Sin notas, rápidamente, Jenkins comenzó a hacer preguntas a Dorsey, todas agudas, directas y relevantes, que evidenciaban un conocimiento detallado de los asuntos de Dorsey relativos al caso. Algunas de las preguntas parecían autoincriminatorias y Dorsey preguntó si la habitación estaba limpia.

—Espero que sí —contestó Matthews— porque si no, llevaré tu caso basándome en los derechos constitucionales. ¿Por qué iba a desear Marlon tenerte en la cárcel?

—Para que no pueda sintetizar un antídoto contra el IQ.

—Conseguiré una orden judicial y revisaré las transcripciones telefónicas con la señorita Weber.

—Debe de haber muerto —dijo Dorsey—. Esta mañana tenía síntomas de tumor

cerebral, paso inseguro y falsa percepción de profundidad. Pero todo lo que he dicho es cierto.

—Naturalmente que sí —dijo Matthews—. Sólo defiendo a hombres honestos, honrados e inocentes. Entre tú y yo y el guardia que está allí, el Estado no tiene nada en que apoyarse. Lo tuyo ha sido el *actus reus*, pero no el *memus reus*.

—Si Jed consigue sacarte inocente de estos cargos —dijo Jenkins— ayudará también a Productos Farmacéuticos Clayton en sus demandas de responsabilidad.

—Pero si no lo logra —comentó Dorsey— no me importará en absoluto lo que ocurra con Productos Farmacéuticos Clayton. ¿Cuándo se verá mi juicio?

—Depende del tribunal —dijo Matthews—. Probablemente a principios de abril.

—¿Y tengo que pasar seis meses en este lugar? ¿Qué ha pasado con mi derecho a un juicio rápido?

—Comparado con el tiempo que tomó a la naturaleza construir el Gran Cañón, tendrás un juicio rápido —dijo Matthews—. El miércoles te serán leídos los cargos, pero no queremos un juicio rápido. Hay que darles tiempo para que entierren los cuerpos. Existe mucho resentimiento cuando alguien muere, pero después del funeral, las emociones se enfrían. Además, de acuerdo con tu historia, que es absolutamente cierta, el Estado puede perder una gran cantidad de sus testigos clave.

—La historia es cierta, Jed, y si me quedo aquí hasta que entierren todos los cuerpos, esperaré por lo menos tres años.

—Podría sacarte el lunes próximo bajo fianza. Pero no quiero que estés fuera.

Cuando los periódicos se enteren de todo esto, serás más popular que la familia Manson, y tengo que proteger a mi único cliente millonario. A propósito, será mejor que me hagas un cheque por cuatro mil dólares.

—Tengo aquí tu talonario de cheques —dijo Jenkins sacándoselo del bolsillo—. Llegó a mi oficina hoy, por correo urgente, desde Phoenix. Marlon me envió instrucciones, por escrito, para que no abriera el paquete a no ser que estuvieras en la cárcel.

Jenkins llamó al guardia para que comprobase que estaba pasando dos cheques en blanco por debajo de la separación.

—Necesito dos mil, Dorsey.

—He guardado el sobre —dijo Matthews—. El muchacho se está condenando con él.

Dave tiene muestras de su escritura para ser comparadas con las del sobre.

—Tengo una sorpresa para ti, Jed —dijo Dorsey, rellorando los cheques y pasándoselos de nuevo a los abogados—. Y os aconsejo que los hagáis efectivos pronto, mientras estéis vivos y podáis gastar el dinero.

—¡Qué hombre éste! —dijo Matthews—. Después de todas las buenas noticias que le he traído... Bueno, este muchacho podría ganarse la vida como falsificador.

Por un momento, la misma cautela que Dorsey había notado en los ojos de los detectives apareció en los del abogado criminalista. Desde que Dorsey había comenzado a interesarse por la lectura de las caras, podía analizar las miradas. En presencia de algún peligro, el sistema autónomo contraía los músculos de los ojos.

Apreciando este reflejo primitivo, Dorsey se dio cuenta de que Matthews no había creído su historia hasta haber comparado la firma del cheque con su recuerdo visual de la escritura de Marlon en el sobre, un detalle que Dave Jenkins había pasado por alto. Matthews estaba asustado y su temor llenó a Dorsey de confianza.

Ahora su defensor conocía realmente los extraños hechos a los que tenía que enfrentarse.

—Mencionaste un antídoto para el IQ —dijo repentinamente Matthews—. ¿Hasta dónde has llegado con él?

—Casi lo había terminado.

—¿No tienes ningún ayudante que pueda terminarlo?

—No. Wakefield es de los suyos. Pero si puedes conseguir al doctor Garland Keene de la UCLA, podrá terminarlo siguiendo mis instrucciones.

—Dame su número. Conseguiré traértelo y que le den escolta policial.

Matthews comenzaba a moverse ahora, y Dorsey cuando le dio el número de Keene se sintió como un corredor de relevos después de pasar el testigo al compañero.

Pero el optimismo de Dorsey tuvo corta duración.

El miércoles permaneció en silencio mientras Matthews contestaba «inocente» por su cliente a los veintidós cargos por asesinato en primer grado y a los restantes veintisiete por violación a las leyes de narcóticos, fraude y práctica de la medicina sin licencia. Ambos abogados estaban tan hundidos como el cliente al que defendían. Antes de la lectura de cargos, Matthews le había dicho a Dorsey que la señorita Weber había muerto a causa de tumores cerebrales y que Garland Keene había sido asesinado a balazos el martes por la noche mientras cruzaba el campus para dirigirse al aparcamiento.

—La habitación no estaba tan limpia, después de todo —añadió Matthews, y Dorsey no tuvo necesidad de preguntar lo que eso significaba.

- Capítulo XI -

Por la mañana, el carcelero le trajo una nota de Allegra:

Querido Dorsey:

Me he enterado por los periódicos de que tus temores no eran tan absurdos. Estoy aterrada por mí misma, pero me preocupas más tú. Aunque ahora pienso que ha sido un diablo quien concertó nuestro encuentro, al menos le estoy agradecida por eso.

No estoy desesperada. Tú estás a salvo en la cárcel, y de algún modo tengo fe en que, sea quien sea el que ha provocado todos estos acontecimientos, no me prive de las dispensas que me había otorgado.

Elevo mis plegarias por ti, o quizás a través de ti, ya que el conocerte me ha convertido en uno de los ungidos.

Sinceramente tuya,

ALLEGRA

Dobló la carta y la guardó en uno de los bolsillos de la camisa, pero la sacaba tan a menudo para releerla que los dobleces comenzaron a quebrarse. Cuando se rompieron, continuó leyendo los pedazos. Mientras, los días se convertían en semanas y se acostumbró a la rutina de la vida en prisión: comer, limpiar la celda, ducharse, hacer ejercicio y dormir siempre con las luces encendidas.

Finalmente rompió la nota de Allegra y la tiró al retrete porque estaba comenzando a leer entre líneas una promesa y la prudencia le hizo controlar su esperanza y no dejar que le condujera a la desesperación.

En su celda no había calendario, pero tampoco lo deseaba. El tiempo pasaba de igual forma. Sólo podía esperar. En su apatía perdió todo interés por Liza ya que ella tampoco podía interesarse por él y, previendo los giros que podía tomar la ley, no esperaba en absoluto la detención de Marlon. Ya fuera por la muerte o por los iniciados, iba a perder a Allegra.

Como el tiempo no tenía ningún sentido para él, desconocía si eran siete u ocho las semanas que llevaba en la cárcel cuando la primera oleada del futuro se extendió por la sección de presos comunes.

Atraído hacia la ventana por el ruido de la lluvia, estaba en pie sobre la cómoda, mirando a través de las rejas las luces de neón del «Little Tokyo», observando los faros de los coches que se reflejaban sobre las mojadas calles.

A causa del escaso tráfico, dedujo que era casi medianoche, y entonces oyó la llamada de un prisionero.

—Carcelero, dame una aspirina. Mi maldita cabeza va a estallar.

Al fondo del corredor, Dorsey oyó abrir y cerrar el armario de primeros auxilios,

mientras miraba directamente la farola en el cruce de la calle Primera con la avenida de Los Angeles. Las gotas de lluvia que caían del oscuro cielo parecían querer doblegar los rayos de luz.

Mientras escuchaba los pasos del carcelero que se aproximaba, oyó el golpe de un cuerpo al desplomarse tres celdas más abajo. El carcelero no apresuró la marcha, pero finalmente llegó a la celda del hombre.

—Está bien. Nadie se desmaya por un dolor de cabeza. Aquí te dejo la aspirina. Tómala o déjala.

Al oír de nuevo los pasos del guardia que se alejaba, Dorsey supo que el prisionero estaba muerto y que el arco aparente de las gotas de lluvia que caían alrededor del foco de luz era una ilusión óptica que sugería una verdad. La energía de la luz podía alterar la trayectoria de una gota de lluvia a causa de la interacción gravitacional.

Se podrían diseñar naves para surcar los caminos del espacio impulsadas por la luz de las estrellas.

El carcelero no era un iniciado. Ante el sonido del cuerpo al desplomarse, un iniciado no se habría molestado en llevar una aspirina a un hombre muerto. Al desaparecer la elasticidad, los cuerpos muertos producen al caer un golpe más seco que los cuerpos vivos.

Una nave espacial necesitaría un timón giroscópico para no chocar contra la luz.

Durante un rato, Dorsey permaneció en la ventana, escudriñando pensativamente la noche, planeando escapar, no de la cárcel, si no del planeta Tierra.

Simultáneamente se preguntaba si el prisionero había introducido por contrabando el IQ o si los iniciados habían contaminado el agua de la ciudad. Sabía que se podía ahorrar las conjeturas porque se enteraría de la verdad por la mañana, así es que se bajó de la ventana.

Echado sobre el camastro, cerró los ojos y enfocó uno de los lóbulos de su cerebro sobre su plan de viaje espacial y el otro sobre sus recuerdos de un mono que levantaba la pata.

Durante el transcurso de la noche oyó, a intervalos separados, una carrera, un quejido y un grito, y antes del amanecer sabía que de los catorce hombres de su corredor sólo diez, aparte de él, verían de nuevo la luz del sol.

Al final del segundo día habían muerto otros tres. El tercer día sólo se produjo una muerte y el prisionero de la celda contigua le llamó.

—Oye, Dorsey, ¿sientes algo?

—Dejé de sentir cosas hace mucho tiempo.

—Debo de estar listo para ingresar en el manicomio. Me siento extraño.

—Estás sufriendo un período de transición; tus ondas cerebrales se están modificando.

—Debo de estar loco —dijo el prisionero—, porque te he comprendido y además puedo sentirte.

—¿Y cómo me sientes?

—Como el interior de una catedral en Semana Santa.

—Eso ha sido un regalo de mi hijo. Las ondas de mi cerebro se registran en tus receptores como las campanas de una iglesia.

El cuarto día no hubo ningún muerto y Dorsey comprendió que si los porcentajes se mantenían, el período de muerte en la galería de los presos comunes había terminado.

Aparentemente, las muertes no afectaron el calendario del tribunal porque los jueces y los defensores también morían, aunque Jed Matthews sobrevivió y pudo contárselo a Dorsey. Una semana después de haberse producido la última muerte entre los reclusos, el abogado se entrevistó con su cliente.

—Los procedimientos del tribunal están siendo modificados para ir más aprisa, pero eso lo llevan diciendo desde hace años. El escándalo de los periódicos comienza a calmarse. Llevamos tres días sin salir en primera página. Así es que creo que puedo hacer un trato con el fiscal, pero necesitaré otros cinco mil para engrasarlo.

Matthews nunca concluyó el trato. Dos semanas después de su charla con el abogado, Dorsey y todos los otros reclusos fueron puestos en libertad. Después del desayuno oyó abrir las puertas de las celdas, de una en una. Finalmente, un carcelero llegó a la suya, trayéndole su ropa de calle.

—Está usted libre, señor Clayton. Puede ducharse si lo desea. Aquí tiene una contraseña para recoger sus pertenencias personales en el primer piso.

Dorsey decidió no tomar otra ducha en la cárcel; prefirió esperar hasta llegar a casa. Súbitamente interesado por Liza, se vistió y bajó al primer piso, presentando la contraseña a una mujer policía con una cara y un tipo preciosos, pero con un corte de pelo masculino y unos modales tan impersonales que le hicieron sentir nostalgia por la pérdida de lo que nunca hubiera podido tener.

En la pared, un calendario indicaba el doce de diciembre. Tomó su cartera y el reloj de pulsera que le devolvieron y salió a una templada mañana de invierno, con pasos que la libertad hacía más ligeros.

Primero miró hacia el cielo, en el que jirones de niebla eran disipados por el sol. Por el Oeste, la contaminación no oscurecía las torres del Centro Cívico. A su izquierda, hacia el suroeste, la ciudad se recortaba claramente contra el cielo. Algunos metros más al sur, en la avenida de Los Angeles, tres taxis esperaban en una parada.

Llamó a uno y notó la ausencia de tráfico mientras el taxi avanzaba produciendo un extraño silbido con el motor.

Dorsey se dejó caer sobre el asiento trasero.

—Vamos a Pacific Palisades, al número ciento catorce de Vista del Mar. ¿Qué tipo de motor tiene este vehículo?

—El Chevy normal. Quema butano a compresión. Acaban de soltarle. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Podría ser un abogado o un policía.

—Pero es un neutral como yo. Ya no hay abogados, y quedan muy pocos policías.

Giró el volante a la derecha y enfiló la autopista de Hollywood. Condujo a cien kilómetros por hora, aunque la amplia cinta de asfalto estaba limpia y vacía.

—¿Qué ha sido de todo el tráfico?

—Bueno, las muertes casi han finalizado, y todo el mundo abandona la ciudad, excepto los neutrales. Ellos dicen que tenemos instinto gregario.

—¿Quiénes son ellos?

—Los nuevos aristócratas, la gente lógica, los que emigran a las montañas y a los bosques. Incluso están instalando casas modulares en las laderas de las montañas.

Pero estoy vivo. La paga es buena y es fácil ganarse la vida. Naturalmente, echo de menos ciertas cosas, como los periódicos, pero cuando no hay un gobierno al que criticar, ni una sección de deportes, ¿para qué sirve un periódico? Y su música apesta. Hace que un hombre sienta nostalgia por el *rock and roll*... Escuche esto.

Encendió la radio y buscó una emisora. El aparato emitió un clanc que retumbó por todo el taxi con las mortecinas vibraciones de un gong chino. Le siguió un plonc, dos rápidos plincs de una cítara y el melancólico tut de una trompa.

—Apáguela —dijo Dorsey.

—No son Merle Haggard —dijo el taxista—. Su música carece de progresión. Les gusta oír las notas de una en una, para poder discutir la calidad mientras tocan una obra. Hablamos de la Generación Actual. La cultura de la nueva droga es la Generación Actual. No tienen ningún sentido de la historia. Todo lo que les interesa del pasado es la tecnología.

—Si abandonan las ciudades —preguntó Dorsey—, ¿qué van a hacer con las universidades y los hospitales?

—Videocassettes para las escuelas, y bancos de computadoras para los hospitales.

Las cosas se están automatizando, señor, y lo digo en todo el sentido de la palabra.

Incluso la agricultura. Pronto podrá volar de aquí a Londres sin ver nunca al piloto.

—¿Los neutrales pueden viajar libremente?

—Somos muy pocos y seremos cada vez más escasos. No necesitamos llevar un distintivo ni tener la piel de otro color. Pueden identificarnos por nuestras ondas cerebrales.

—¿Se muestran hostiles con nosotros?

—La hostilidad no tiene cabida en su comportamiento. No nos molestan. De todas maneras, hacen lo que nosotros debíamos haber hecho antes: limpiar el ambiente, poner fin a la carrera de armamentos. Y nos necesitan. Todavía existen trabajos que las máquinas no pueden hacer, y la paga es buena y la vida fácil.

Dorsey se recostó en el asiento. Sólo habían encontrado tres coches en su camino cuando el taxista entró en la autopista de Beverly Hills.

En tres meses, la humanidad había saltado del siglo veinte a no se sabía cuál. ¿El cuarenta? ¿El cincuenta? A su alrededor podía ver los artefactos de la época antigua que todavía se mantenían, pero que estaban siendo destruidos. Al salir de la autopista y entrar en San Vicente, advirtió que estaban demoliendo un conjunto de edificios comerciales. Preguntó al taxista la finalidad de las demoliciones.

—Están construyendo un cinturón verde alrededor del Gueto Clayton, que es el nuevo nombre de Pacific Palisades y Santa Mónica. Hay otro grupo de neutrales en Playa del Rey para atender el aeropuerto. Después de eso, hay que llegarse hasta San Bernardo para encontrar vida social.

Aunque Dorsey no sintió ningún orgullo paternal por el nombre del gueto, le agradó que Marlon todavía tuviera la vanidad suficiente para permitirle dar su nombre a una sección. Y todavía era un vecindario agradable; nada parecía haber cambiado.

El conductor se detuvo ante su casa, unos metros detrás de una furgoneta blanca repartidora de helados, con su uniformado dependiente recostado contra ella.

Frente al porche, la señora O'Keefe estaba regando un parterre de flores. Le vio al salir del taxi y agitó una mano en señal de saludo. Dorsey le correspondió, advirtiéndole que llevaba un corte de pelo similar al de la mujer policía.

—¿Está de moda el pelo corto? —preguntó mientras pagaba al taxista.

—Entre ellos, sí. No malgastan el tiempo ocupándose del pelo. Son gente muy eficiente. Todos se están mudando de esta zona.

Dorsey le dio dos dólares de propina para hacerle la vida más fácil, y se volvió hacia su casa, advirtiéndole el coche de Liza donde lo había dejado. El Volkswagen rojo no estaba, por lo que imaginó que Marlon se encontraba todavía en Arizona.

Su propio coche, recordó, estaba aparcado frente a la fábrica. Las llaves estaban en la mesa de su despacho.

Vio que la puerta de los O'Keefe se abría y un hombre con un uniforme blanco salió de la casa, llevando a Colleen en brazos. La señora O'Keefe no levantó la vista de sus flores mientras el hombre bajaba las escaleras del porche, pero Dorsey cruzó sobre el césped dirigiéndose hacia él.

—¿Está Colleen enferma? —le preguntó.

—Está muerta.

Dorsey se hizo a un lado mientras el hombre pasaba; después sus ojos vieron los

rizos cobrizo de la niña muerta. Al aproximarse a la furgoneta, el otro encargado caminó hasta la parte posterior y abrió una pesada puerta aislante. Su compañero, con un movimiento experimentado, arrojó a Colleen de cabeza por la abertura.

—Es toda tuya, Al —dijo, encaminándose a la cabina.

Al cerró la puerta y se acercó a uno de los lados de la furgoneta. Apretó un dispositivo y tomó una libreta que le colgaba del cinturón para hacer una anotación.

—¿Eso es todo lo que hacen por los muertos? —preguntó Dorsey.

El hombre llamado Al levantó la vista, notando al parecer que Dorsey era un neutral.

—¿Qué más puede hacer usted por los muertos?

Del interior de la furgoneta Dorsey escuchó un silbido seguido de un zumbido que llegó a convertirse en un suave rugido, mientras el encargado se ocupaba de nuevo de sus notas. Entonces el dispositivo volvió de nuevo a su posición original. El rugido de los quemadores de butano murió en el interior. Escuchó un sonido familiar y un único anillo de humo negro apareció por la chimenea de la furgoneta.

Mientras el anillo subía, disipándose lentamente en el aire, Dorsey lo observaba, escuchando la llamada que realizaban desde el interior de la cabina.

—Cuarenta y tres llamando a base. Ciento dieciséis Vista del Mar. Nada a la vista.

—Base a cuarenta y tres —contestó la radio—. Diríjense al dieciocho mil ochocientos veinte del Sunset Bulevar. Recoger tres extintos.

Al se subió a la cabina y con un silbido del motor, la furgoneta comenzó a alejarse.

Sobre uno de los lados, en letras azules, Dorsey pudo leer: «Condado de Los Ángeles. Oficina del Forense. Crematorio Móvil Wakefield, N° 43».

Deprimido, Dorsey dio la vuelta y se acercó a la señora O'Keefe.

—Siento muchísimo lo de Colleen.

—Sí, es una pena. Ocurrió hace una hora. Mire.

Cogió una rama de trinitarias entre sus dedos y cortó un capullo, separándolo de la masa de flores.

—¿No es precioso?

—Sí —contestó Dorsey.

Era obvio que el sentimiento de dolor por la muerte no tenía cabida en la lógica de la Generación Actual. Si hubiera sabido que los sobrevivientes iban a acostumbrarse tan rápidamente a la tragedia, quizá no hubiera enviado a Marlon y Alan a la arena.

Qué diablos, pensó, encogiéndose mentalmente de hombros. Los jóvenes necesitan sus Vietnams para satisfacer sus instintos de agresión, y Marlon y Alan habían disfrutado con su pequeña conspiración mientras duró.

Con sorpresa, encontró la puerta principal entreabierta, y entró, quedando

totalmente atónito, al oír la voz de Liza.

—En el salón, Dorsey.

Una nueva calidad en su voz disipó su alegría inicial. No estaba dirigiéndole hacia ella, sino ordenando su presencia, por lo que entró diciendo:

—La pequeña Colleen está muerta.

—Hubiera muerto más tarde... Macbeth.

Estaba lejos de la puerta, como antes, y él avanzó para besar su cuello, por ritual, o sus labios, o para arrodillarse y besar su mano, lo que quisiera, porque sentía ahora los tres meses pasados en la cárcel. Pero ya antes de que hablara se detuvo en seco.

—No me beses, Dorsey. Hueles como un pájaro enjaulado. Ven hacia aquí y siéntate frente a la mesita. Entra brisa por la puerta y quiero que estés en la corriente.

Guardando cuidadosamente las distancias obedeció.

—Es el jabón carbólico que vosotros, los que pagáis impuestos, nos dais a los prisioneros. ¿Cuándo te dejaron salir?

—El miércoles pasado, cuando la transformación estuvo lo suficientemente adelantada para permitir al doctor Henderson tratarme con tus píldoras. El doctor Hagen falleció.

Hablaba con fría altivez, pero por el momento a Dorsey no le interesaban sus modales. Liza conservaba su aptitud para estar dentro del estilo general, pero pareciendo diferente. Iba sin medias y en sandalias. Llevaba un vestido en forma de túnica, que parecía un saco de arpillera con agujeros para los brazos y un escote bastante pronunciado.

No llevaba sostén y su pelo no estaba precisamente cortado a la moda: se había afeitado el cráneo y estaba sentada frente a él completamente calva.

—Te has quitado el anillo de casada —dijo él.

—Un símbolo primitivo y degradante, derivado del antiguo brazalete de los esclavos.

—Así es que no sólo eres una iniciada —dijo Dorsey—. Has combinado ese error con la liberación femenina.

—Tu ingenio ya no nos divierte, Dorsey.

—No intento ser gracioso. ¿Has tenido noticias de tu hijo, el asesino?

—No tardará en venir. Nos previnieron de tu llegada y se ha ido a conseguir un plato delicioso para dar la bienvenida a su padre.

—Entonces primero tendrá que probarlo él. ¿Formas parte de mi comité de bienvenida?

—Estoy aquí para aclararte tu situación como miembro del homo semisapiens. Y no critiques al chico. Ha puesto el nombre de este gueto en tu honor.

—Me siento tan honrado como si me hubiera dedicado un urinario público.

—Esperaba cierto resentimiento por tu parte —dijo ella—. Naturalmente, debes

sentir que tu hijo es un conspirador, un cómplice, un manipulador. Déjame recordarte que heredó esos talentos de los Clayton, no de los Gentry. Marlon simplemente tiene tu habilidad para utilizar a la gente y la ha elevado a la enésima potencia. Tu hijo ha manipulado al manipulador.

—Nunca manipulé a nadie en mi beneficio —protestó—. Sólo en el tuyo y en el de tu hijo.

—¿Qué me dices de todas las mujeres a las que has seducido?

No había ningún tipo de celos humanos en su pregunta, pero la pregunta en sí misma se adentraba en un área que le hizo meditar.

—Nunca en mi vida he seducido a una mujer —dijo con sinceridad—, incluyéndote a ti. Piénsalo con calma un momento.

Ella lo pensó, removiéndose con inquietud.

—Bueno, alguien tiene que tomar la iniciativa... y el chico te adora. Te van a permitir quedarte con todo esto, incluso con el laboratorio. Nuestras nuevas especies no valoran las posesiones materiales.

—¿Qué hay sobre el matrimonio en ese nuevo mundo?

—No existirá el matrimonio tal como lo conoces —dijo. Y él pensó que se podría captar un vestigio de amargura humana en su voz cuando añadió: O quizá debo decir que existirá el matrimonio únicamente como tú lo concebías.

—¿Cuál es la actitud de las nuevas criaturas hacia el sexo? —preguntó lisa y llanamente, con la voz llena de emociones primitivas y humanas.

—Saneada, mi antiguo tigre —dijo ella, arqueando sus costados ligeramente con su antigua sinuosidad, sonriéndole y hablando con una voz que venía del fondo de la garganta—. Los preliminares han sido eliminados por considerarlos una pérdida de tiempo.

Aunque su condicionamiento estético era tan anticuado que las mujeres calvas no le atraían, Dorsey comenzó a pensar que el saco que ella llevaba era tan poroso que le permitiría respirar y que podría utilizarse fácilmente para otros fines.

—Conserva tu actuación felina —la avisó él— y serás el primer miembro de la nueva raza culpable de bestialidad con el gato.

Ella rió.

—Todavía eres débil, Dorsey.

—Algunos lo llaman debilidad.

Dorsey se incorporaba ya cuando la altivez cubrió de nuevo la cara de ella, ocultando un destello de recelo.

—¡Siéntate, Dorsey! Oigo venir a Marlon con tu pizza. Llevó su Volkswagen para que se lo transformaran para butano, y trae tu coche. Tu coche ya ha sido transformado.

Dorsey podía escuchar el silbido del automóvil aparcando.

—Yo le llevaré a la estación de servicio en mi coche —dijo ella—. Salimos para Arizona inmediatamente.

—¿No me acompañaréis en mi última cena?

—No malgastamos el tiempo en ceremonias primitivas. Comemos cuando tenemos hambre. Retornamos a la naturaleza.

—Pareces Van Ellen —comentó— eliminando ceremoniales primitivos en cuevas habitadas. Entonces, ¿me vas a dejar?

—Estarás bien cuidado —replicó violentamente, y definitivamente su voz estaba llena de celos—. Aquí está tu delicioso plato, Dorsey.

Entonces lo comprendió.

Marlon hizo entrar a Allegra en la habitación. Llevaba zapatos y medias. Un traje antiguo resaltaba las líneas de su cuerpo y el pelo seguía tan oscuro como antes, pero las líneas de su cara estaban macilentas y sus ojos bajos.

—Hola, papá —dijo Marlon, y la muchacha levantó la vista y vio a Dorsey.

Dorsey comprendió que Marlon había ocultado deliberadamente a Allegra el hecho de que él estaba en casa, porque cuando le vio se pudo apreciar claramente que se le quitaba un gran peso de encima. Sonriendo, se dirigió hacia él, extendiendo una mano para saludarle formalmente, pero la transformación de su tristeza en alegría era demasiado obvia. Ocultarlo no tenía ningún objeto. Moviéndose hacia ella, abrió sus brazos para abrazarla y ella corrió hacia él mientras Dorsey saludaba a su hijo.

—Hola, Marlon.

Con la sonrisa fatua que siempre había puesto en alerta a Dorsey, Marlon dijo:

—Sus padres han muerto, papá. Como sabía que siempre habías deseado una hija, te la he traído.

Dorsey se dio cuenta de que el muchacho le estaba intentando sobornar para conseguir su silencio, por lo que comprendió que todavía no debía confiar totalmente en su madre. Pero Dorsey tenía que consolar a una sollozante jovencita, y mientras la abrazaba, escondiendo su mejilla entre su abundante pelo, la oyó murmurar entre sus lágrimas:

—Llevo en mi interior un hijo tuyo, Dorsey, y deseaba mucho que esto ocurriera.

—No sólo no pierdes un hijo —dijo Liza—, sino que ahora tienes una hija y una nieta de tu hija.

—Entonces yo también lo deseo —contestó Dorsey a Allegra, intentando ignorar a Liza—. Te bendigo mil veces por escribirme aquella carta. Ha sido mi única luz en la oscuridad.

—En sentido abstracto es conmovedor, ¿verdad, madre? —dijo Marlon, tratando de controlar una situación que comprendía debía ser embarazosa para Liza. Pero Liza se negó a colaborar.

—No para mí, hijo —contestó—. He crecido en una granja y he visto cómo mi

padre criaba los animales.

Dorsey trató de ignorar a la mujer que comenzaba a sonar como un coro de Eurípides. Acariciando la mejilla de Allegra, susurró:

—Eres la reina de todas las mujeres que se han acostado conmigo, Allegra.

—Obviamente, los neutrales no son neutros —dijo Liza.

—Madre, tenemos que irnos. Mi coche estará listo cuando llegemos allí, y me gustaría estar en la comuna antes de media noche.

—Un momento, Marlon —la voz de Liza, crispada, ordenaba obediencia—. Quiero darle a Allegra una recomendación. Allegra, escúchame.

Allegra se volvió haciéndole frente a Liza.

—Querida —dijo ésta—, te estás embarcando en un tormentoso viaje y te deseo suerte, porque vas a necesitar toda la que puedas conseguir. Muchas mujeres han amado a Dorsey, para bien o para mal, y él, de una manera o de otra, afecta a la vida de todas las mujeres a las que toca. Desde que por un tonto y puro accidente se convirtió en el padre de una nueva raza, supongo que me hizo a mí la madre, después de haber probado sin éxito por el método anticuado antes de encontrar un método químico. Pero lo intentará de nuevo, por el método antiguo, y lo descubrirás por ti misma cuando descuelgues más de cuatrocientas veces el teléfono y oigas un clic seguido de un sonido muerto. —Su voz se elevó—. Ahora, a través suyo, puedes convertirte en la madre del último Cro-Magnon concebido en éxtasis mientras yo sufría, pero espero por el bien de ambos que lo que nazca tenga al menos una inteligencia normal, sea de la raza que sea. Y por tu bien, Allegra, espero y ruego que tu hijo no sea una niña.

A Dorsey no le importó la incoherencia de su discurso, pero se quedó estupefacto por su significado. Liza no llevaba solamente una carga de emociones humanas, sino que todavía tenía elementos de sus psicosis primitivas. Pero la revelación de que las supermentes podían también estar dementes no calmó su resentimiento por el golpe bajo contra sus genes y moral que le había lanzado al final de su despedida.

—Si es una niña, Liza —dijo—, me la quedaré. Pero si es un niño pelirrojo se lo enviaré a Marlon.

—Para ti, Dorsey, sólo tengo este mensaje. Como tu esposa te amé con constancia y pureza mientras duró nuestro matrimonio.

Sonrió con su tierna y triste sonrisa de perdón y ladeó ligeramente la cintura, poniendo una mano sobre la cadera y moviendo un poco una pierna. Los casi imperceptibles cambios en su postura hicieron que los perdidos pliegues de su vestido saco se convirtieran en algo armonioso con su pecho, cintura y muslos, y el antiguo atractivo de su dorada Lilit, de su Eva, apareció de nuevo ante él, renovado, proponiéndole con el cuerpo mudas teorías de estética en las que la calvicie era maravillosa y los adornos una violación rococó de la adorable simplicidad de la

desnudez.

Sus argumentos le rodearon como un demonio del desierto, las ráfagas de calor hacían salir a la superficie los fluidos de su cuerpo, inclinándole hacia ella, que sólo sonreía sin decir nada. Sus ojos ahora centelleaban, su sonrisa cambiaba del triste perdón a la invitación, y le estaba encerrando con la verdad de su femineidad.

«Me está hipnotizando», pensó.

Su divagación de despedida, con las sugerencias y manías para sobresaltarle, con los insultos para enfurecerle, sólo había sido un intento de pillarle desprevenido.

Ahora había penetrado sus defensas tan rápidamente que había perdido la voluntad o el deseo de levantarlas. Sólo deseaba a Liza, amable o violenta, tierna o bestial, sana o enferma. Mientras se ponía cada vez más tenso, sintiéndose atraído hacia ella, ladeó ligeramente la posición de la cabeza para lanzarle una mirada oblicua llena de intimidad y de delicias compartidas que administraba el golpe de gracia a su independencia emocional, condenándole a buscarla siempre en sus sueños.

Las ondas comenzaron a vacilar en su cerebro. Estaban perdiendo impulso, haciéndose borrosas. Sus vibraciones eran cada vez más difusas, menos urgentes, estaban en decadencia. Entonces el campo de fuerza encefálico de Liza abandonó su cerebro, dejando únicamente una gran soledad, una tristeza cósmica por todos los amores perdidos.

Allegra, poco más que una esclava campesina, una simple neutral, había conseguido rodearle con una coraza y aislarle del poder del cerebro de Liza.

Aunque aturdido por el conocimiento de lo que había ocurrido, Dorsey continuó la mascarada, aferrándose a los hombros de Allegra mientras se inclinaba hacia Liza, fingiendo amor y deseo, porque Liza no podía saber que Allegra estaba filtrando sus ondas cerebrales.

Sintiéndose vagamente orgulloso de ver a dos mujeres contender por él en una lucha por lo que ellas creían que era su alma, pero que él comprendía oscuramente que en realidad era únicamente su región genitourinaria, esperó que terminara la batalla sabiendo que estaba ganada de antemano por una de su misma especie, Allegra.

Los matrimonios interraciales le eran indiferentes, pero juzgaba imposibles los acoplamientos entre especies.

—Has sido una mujer muy amada, Liza —dijo, entonces amablemente—, aunque sospecho que no lo suficientemente a menudo. Espero, por tu bien, que te unas a una amplia comuna. Serías una madre cavernícola ideal para todos los mozalbetes.

Los ojos de Liza se llenaron de ira ante las connotaciones del comentario. Incluso los ojos de Marlon se estrecharon sobre su mueca infantil.

—Bueno, papá. Siento que no puedas venir con nosotros. Vamos, mamá. Ah, sí, papá, las llaves de tu coche.

Sacó las llaves de sus vaqueros y se las tiró a Dorsey formando un amplio arco. De repente, su voz se oyó lejana:

—Mano izquierda. ¡Tómalas!

Dorsey no respondió a la orden, pero Allegra, moviéndose con la velocidad y coordinación de un acróbata, lanzó su pierna derecha sobre la izquierda, tomó las llaves que ya caían justo al lado de su zapato y, continuando las piruetas, las dejó sobre la mesita de café.

Marlon, tomando a Liza del brazo, salió por la puerta, para entrar en una nueva era de la evolución del hombre.

—Allegra —Dorsey se volvió hacia ella—, los trucos como ése pueden descubrirnos.

—No me importa —farfulló ella—. Esa mujer unilobular estaba tratando de sumir tu lóbulo izquierdo en la melancolía por perderla. Quería tu pellejo, pero la detuve. Tú pensabas que ella te necesitaba a ti y a Marlon. Necesitaba que tú la necesitaras, para poder dominaros a los dos. Cuando perdió el control de ese joven pedante se desmoronó. Pero ahora le tiene de nuevo bajo su poder. Será feliz. Imagínate a ese Neanderthal femenino implicando que daría a luz un Cro-Magnon o lo que sea.

Como si no pudiera controlar mis propios ovarios, que es más de lo que ésa puede hacer si es que le queda alguno.

Concedor de las áreas que la evolución nunca podría modificar, Dorsey dijo:

—No somos domadores de animales, Allegra. Tenemos ante nosotros tareas más importantes que la discusión con un subtipo de nuestras últimas especies. La comida, por ejemplo. Si te haces cargo de las obligaciones como cocinera, subiré y me quitaré de encima todos los residuos de la cárcel.

—Tus prioridades me sorprenden, Dorsey —dijo ella sinceramente—, pero tu olor realmente no es muy romántico... Antes, déjame que te prepare otra sorpresa.

Cierra los ojos. —Obediente cerró los ojos mientras ella proseguía—: No los abras hasta que te lo diga. Cuando me dejaste aquel domingo por la noche, supuestamente dormida, permaneciste un momento a los pies de la cama preguntándote si por alguna casualidad matemática habías hecho el amor a tu propia hija.

—No por alguna casualidad matemática —dijo—. Angela sabía hacia dónde me dirigía cuando terminé el servicio. Podía haberme buscado en el directorio telefónico de Los Ángeles. ¿Lo hizo?

La voz de Allegra cambiaba de posiciones frente a él, y podía prever la sorpresa que le preparaba a pesar de su olor carbólico. Allegra tenía sus propias prioridades.

—Podría contestarte, naturalmente, pero a una mujer le gusta tener algunos secretos. La hace más misteriosa. Más picante. Pero, ¿no te sorprende que pueda leer tus pensamientos?

—No. Sabía que tú eras diferente. Y leías mis pensamientos desde la primera noche en que nos encontramos.

—Cualquier mujer podría haber leído aquellos pensamientos. Ahora, abre los ojos.

Abrió los ojos, pero ella no estaba a la vista.

—¡Sorpresa! —Su voz sin cuerpo sonó en su oído.

—¿Dónde estás? —no hizo la pregunta, sino que la pensó en las áreas verbales de su cerebro, enunciando cada palabra claramente.

—En la cocina —dijo ella, y la ilusión de que su voz se registraba en sus oídos continuaba—. Te estoy preparando unos spaguetti con albóndigas. Como se deben preparar.

—¿Cuál es el límite de la comunicación telepática? —pensó él.

—Veinte metros más o menos —respondió mentalmente ella—. Ahora estoy casi en el límite.

—¿Cuántos más de los nuestros has encontrado en el gueto?

—Tres. Un tendero, un fontanero y una mecanógrafa.

—Nuestro número debería ser entre el veinte y el treinta por ciento de la población neutral.

—¿Cómo lo sabes? ¿Encontraste a alguno de los nuestros en la cárcel?

—No. Hablé mentalmente con un mono con los lóbulos cerebrales sincronizados.

—¿Qué te dijo?

—No lo sé. No sé hablar rhesusio y los monos rhesus tienen una fijación muy corta.

—¿Comprendiste mi carta cuando estabas en la cárcel?

—En parte. No podía permitirme ninguna esperanza, pero pensaba que Marlon nos había emparejado a causa de nuestras ondas cerebrales.

—Es un misterio para mí, Dorsey, cómo permitiste a un cerebro unilobular que te metiera en la cárcel.

—Un padre debe tener confianza en su propio hijo.

—Te estás escabullendo, Dorsey.

—A un hombre le gusta tener algunos secretos. Le da un aire de misterio.

—*Touché* —su pensamiento llegó fuerte y claro—. Ahora vete a lavarte esa porquería.

Se volvió hacia la escalera pensando sólo para sí mismo que había mantenido el voto realizado aquella mañana en el lago Sabrina, después de la noche en que por primera vez había rechazado la exploración cerebral de Marlon. Había protegido y guiado a su mujer y a su hijo en sus mejores intereses. Lo que había ocurrido era que esos intereses no coincidían con los suyos, pero de todas maneras estaba agradecido a Marlon por haber encontrado a Allegra. Y también a Liza. En un sentido real, aunque

no literal, su mujer había muerto lo suficientemente joven para dejarle ganas de intentarlo de nuevo en la lucha por el amor.

Allegra tenía razón cuando decía que tenía secretos. Era un archivo andante de secretos. La mayoría de ellos tendría que ocultárselos también a ella por dos razones: a nadie le gusta que le manipulen y, más tarde, quizá tuviera que organizar un movimiento de liberación masculino.



JOHN BOYD, pseudonimo de Boyd Bradfield Upchurch (Octubre 3, 1919) autor de ciencia ficción. John Boyd hizo un impresionante debut a finales de los sesenta con *The Last Starship from Earth* (*La última astronave de la tierra*), y escribió una sucesión de ingeniosas y a veces brillantes novelas a principios de los setenta. La mayor parte de su ciencia ficción es ligeramente macabra.